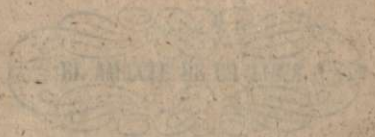






ANT
XIX
275

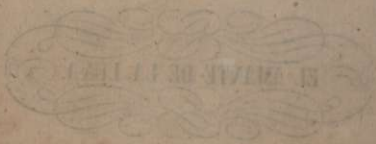




EL AMANTE



T. III. Biblioteca económica popular.

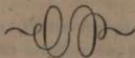


EL AMANTE



Por Paul de Koch.

Traducida por

D. José Ignacio de Michelena.—
TOMO III.

Cádiz.

IMPRESA DE FILOMENO F. DE ARJONA,
calle de la Torre, n.º 58½.—
1847.

EL HAYATE

Es propiedad de la casa de Arjona.

TOMO II.

Imprenta

IMPRESA DE WILHELMO DE ARJONA

en la calle de la Cruz n.º 381

1847

Madama de Nápoles.

EL baile de la Tintin fué para Bouchonnier de una completa satisfaccion, y si bien es verdad que se veia obligado á llevar el prometido schal, item mas, una esclavina de tul: ¿què eran estas pequeñeses comparadas con lo que acaba de saber; que la morena y salada Felicia andaba muertecita por sus pedazos?

Asi es que, el gordo caballero á la salida de la casa, se acercó á su primo Isidoro y como lo creia completamente desbancado, con

aire triunfante y sonrisa irónica le dijo:

—Chico, que no te olvides de madama de Nápoles. Mañana, antes de irme á Corbeil, pasaré á tu casa á saber el resultado de la entrevista.

Pero por qué Bouchonnier al entregar á su primo las señas de la cita amorosa, se sonreía con malicia y se rascaba la punta de la nariz?

Era porque el marido de Elmonda recibiera ya otras veces billetitos, anónimos y citas amorosas, que prometían gran partido. La primera era á orillas del canal, cerca de la plaza de la Bastilla. Era invierno y hacia un gris de mil demonios: el termómetro estaba á doce grados sobre cero. La cita era á las diez de la noche y caía una lloviznita de estas que parecen no incomodan y calan hasta los tuetanos. El amigo Bouchonnier esperó hasta las once helado, tiritando y hecho una sopa, sin ver llegar á la incógnita dama: por último, á las doce y media volvió á su domicilio sin la menor felicidad de entrevista; pero que en su defecto le costó cinco días de cama, acatarrado terriblemente.

Pocos meses después, recibió otro mas dulce, mas amoroso, mas sentimental. En este, la cita era en el baile de la ópera: don-

de en un palco determinado (el número no recuerdo) debía esperar á un dominò rosa, que viniera á pasar con él, unas cuantas horas de felicidad.

Bouchonnier se dijo:

«A lo menos en el baile de la ópera, no corro el peligro de morirme de una pulmonia; y esta vez me predice el corazon que serè dichoso.»

Como es consiguiente, fué á la hora perentoria al baile de la ópera, subió á los palcos terceros y esperó, en el que le indicaran, la llegada de su bella dama (á lo menos él se figuraba que seria bella). Pasò una hora, pasaron dos, tres, cuatro; valgame Dios! no llegaba ningun dominò rosa: en fin, era media noche, los corredores estaban desiertos y ya se resolvía á bajar, cuando aparece, subiendo la escalera, un dominò rosa. El panzado caballero se llenó de alegría, corrió á él y presentándole su brazo, le dijo:

—Oh! ya perdía la esperanza, me habeis hecho aguardar infinito... pero en este momento soy el mas feliz de los nacidos.

La máscara, sin descubrirse, se acercò á él y dándole una terrible bofetada, en cuanto podian sus femeniles fuerzas, le contestó:

—Toma, en premio de tu paciencia.

Y diciendo esto , el dominó rosa desapareció , dejando al enamorado esposo aturdido , avergozado y con la mejilla echando humo.

Despues de estas dos aventuras , es bien fácil concebir que á la tercera no las tendria todas consigo ; y aunque el contenido de la última carta fuera mas àmplio y prometiese unas probabilidad que el de las anteriores , Bouchonnier reflexionó:

«Nada , no hay duda , esta es una muger que me odia , sin saber porqué. No tiene nada de extraño que este tercer billete venga de la misma que los anteriores: sí, pero ahora se lleva chasco , á la tercera vá la vencida ; y como quiera que esto vá en aumento , es probable que en esta me tendrá reservado algo mas de un bofeton.»

Ahora , amigo lector , comprendereis el porqué el gordo pariente, sonreíase con malicia cuando cedia al primo su puesto , en la amorosa cita que le preparaban en casa del pastelero de los Campos-Eliseos. Creyendo que el pobre Isidoro seria víctima inocente de los rencores de la incógnita dama de Nápoles.

Junto esto con que creia haberle conquistado la querida , eran dos triunfos que hacian à Bouchonnier estar mas contento que unas pascuas.

Pero dejémos à este y sigamos al jóven Isidoro que , siempre pensando en su Emelina , se dirige á los Campos-Eliseos , hàcia la pasteleria de Petit-Moulin , convencido intimamente que se divertian con su primo y que lo que probablemente encontraria seria alguna vieja de Satanás , ó quizá otra cosa peor.

El doncel iba sobre-avisado.

Por fin , llegó á la pastelería que sin duda ninguna era de las mas elegantes , y cuya situacion , sola y sombría , era la mas á propósito para citas y entrevistas con las damas que se revisten del misterio.

El jóven Isidoro entró , se dirigió al jardin , que era bellissimo en verdad y que casualmente estaba solo ; sentóse en una mesa , y llamando con una palmada , apareció un mozo. Un grito de sorpresa satisfactoria , escaló el doncel al reconocerlo.

—Calla! eres tú , Deseado?

—Sí , señor.

—Y como has abandonado la hostería de Hamel , donde me has servido tantas veces?

—Oh! ya va para dos meses que estoy aquí.

—Es verdad , hace tanto tiempo que no voy por Palais-Royall.. Vive Dios , cuanto me alegro de verte , Deseado!

—Oh! muchas gracias , caballero.

—Mira , necesito de tí. Oyes?

—Usted puede mandar lo que guste. Puedeis contar conmigo para todo.

—Lo sé. En primer lugar , guardate ese diez y nueve.

—Señor... eso...

—Calla , tonto , guárdatelo y escucha. Aquí tengo una cita y...

—Es usted quizá á quien espera una dama que hará media hora que ha venido?

—Como! ya ha venido?... madama de Nápoles , eh?

—Justamente , caballero , por ese nombre me ha dicho la dama que preguntarán.

—Entre tanto , Deseado , hazme el retrato de esa dama... el retrato esacto... sin lisonja... con la mano en el corazon.

—Pero usted , caballero , no la conoce?

—Voto à brios! si la conociera no te pidiera sus señas.

—Es verdad!

—Vamos , habla.

—Es una dama jòven... sobre veinte y seis ó veinte y siete años.

—De veras?

—Puedo apostar lo que queráis , que ni tiene uno mas que los que he dicho. Luego , de mediana estatura... metidita en carnes , y lin-

dísima en extremo... es divina.

—Dios eterno! tú me confundes, Deseado!.. Y estás seguro de lo que me dices?

—Os repito que es una joven lindísima, morena, ojos negros, pelinegra... es una mujer divina.

—Y tú crees verdaderamente que sea joven? No habrá nada de blanquillo ni arrebol en su cara?

—Os aseguro que no hay nada postizo en la tal señora... No veis que uno está acostumbrado à verlas todos los dias... al momento descubrimos todo.

—Y el vestido... maneras y elegancia...

—El vestido es sublime y elegante, sus maneras distinguidas, en fin, es una dama completa... como pocas.

—Qué! no será alguna actriz?... alguna griseta compuesta? por último, alguna *muger de mundo*?

—No, señor, en cuanto á eso, meto la mano en el fuego, à que es una señora... una verdadera señora... que no está acostumbrada á... Ya me entendeis.

—Pero, vamos, me confundo yo mismo! Mira, Deseado, no confundirás à madama de Nápoles con alguna otra?

—No hay con quien confundirla, escepto

un guardia-nacional , que hace diez horas está ahí con una griseta. Os lo repito , madama de Nápoles es una gran señora: hará media hora que llegó en una primorosa carretela ; apeóse y se entró treyendo un sombrero de paja y un velo que la cubriera toda...

—Y si traia velo , como has visto sus facciones?

—Déjadme , señor , que concluya.

—Vamos. Prosigue.

—Al entrar la señora consabida , parecia trémula y confusa: entre tanto yo me mantenía con aire repetuoso y encojido... Comprenderéis que en nuestro estado se necesita eso...

—Al grano.

—Al fin , me dijo la señora: «Deseo una habitacion para esperar á una persona que ha de venir procurando por madama de Nápoles.» Yo me incliné hasta el suelo. «Hay mas (continuò) necesito que sea un gabinete oculto... Lo tendreis por ventura cerrado con persianas?» «Sí , señora.» «Pues bien , llevadme á él.» Llegamos el gabinete , que es uno lindísimo que tenemos perfectamente amueblado y en donde no falta nada para una amorosa entrevista. La dama se quitó el sombrero y replicó: «Ahora cerrad las ventanas completamente y traed una bujía encendida... no quie-

ro por ahora mas. Yo hice lo que me mandaron y le llevé la luz. Vea usted que manía! en medio del dia cerrar las ventanas y alumbrarse con una palmatoria cubierta con un tafetan verde. No hay duda que hay una semi-oscuridad que... no puedo explicarme.

— Hombre, eso es original... una señora!... poco acostumbrada... y á oscuras... Vamos, me vuelvo loco.

— Quereis, caballero, que os lleve?

— Si... pero, mira, anunciame antes... di que un caballero... un caballero muy gordo. Pregunta por madama de Nápoles.

— Un caballero muy gordo!.. como usted es tan delgado...

— Eso no te interesa.

— Teneis razon, y á oscuras bien podeis parecerlo.

El mozo sube una escalerita y atraviesa un corredor. Isidro lo sigue de léjos.

— Ay Bouchonnier, que hombre mas afortunado; será posible que una dama jòven y distinguida, se haya prendado de semejante masa informe... pero que digo!.. cada uno tiene sus gustos y... que chasco vá á llevar cuando vea que no soy á quien espera!.. No hay duda que el lance es chistosísimo como él solo... En fin, verémos en qué para la fiesta.

— Señor , dijo Deseado volviendo , la señora dice que pase usted adelante.

— Dime , chico , donde està ella sentada en este momento?

— En el divan de la ventana.

— Continúa la luz encendida?

— Y con el velo de gasa verde.

— Debias haberla apagado.

— Si usted me lo hubiera prevenido...

— Es igual!... dime, diablo, cual es la puerta?... no me vaya à encajar donde està el guardia-nacional y la griseta.

— La última puerta à la derecha.

— Corriente.

Isidoro se dirige al indicado sitio , algo confuso y reflexivo: es verdad , se trata nada menos de ver à una dama que ni lo ama ni lo espera; y no sabemos que cara le pondrá cuando conozca el plante.

«Pues señor , à ella; dijo Isidoro empujando la puerta del gabinete.»

La dèbil luz que lo iluminara se estinguiò completamente , quedándose enteramente à oscuras en un momento.

«Pardiez! murmurò Isidoro , la dama ha apagado la luz... me alegro , justamente era eso lo que yo pensaba hacer... ahora puedo sin riesgo venderme por Bouchonnier.»

Y diciendo esto cerrò la puerta trás sí. El roce de un vestido de seda, anunció al jóven que la dama se habia levantado. Entonces el doncel, con las manos estendidas como quien juega á la gallinita ciega, dió unos cuantos pasos en el gabinete.

—Ay Dios mio! (esclamò una voz sumamente delgada y melosa) la vela se ha apagado, pero... me alegro...

—Y yo tambien, murmurò Isidoro que continuando su camino á oscuras: tropezò con un objeto, tentó, y era una muger. Esta lo cojió y lo llevó... sin duda al sofá, pues el asiento era muy blandito.

—Tengo tanta vergüenza, continuò la voz, del paso que he dado... que preferiria estar á oscuras por algun tiempo... pues no quiero que me veais tan pronto.

—Ni yo tampoco; murmurò Isidoro que, como hemos dicho, se habia sentado en el sofá con la incògnita, haciendo todo lo posible por prolongar la pantomima.

El jóven la cojió una mano. Esta era pequeña, finísima y torneada; y acordándose del retrato que el mozo le habia hecho de madama de Nápoles, dijo para sí:

«Deseado es incapaz de engañarme...»

Diciendo esto, besaba la mano con ardor

y la estrechaba contra su corazón: en cuanto á la dueña de la mano, cojió tambien la de Isidoro; pero se la apretaba con una fuerza increíble, y no hay duda que era para molestarlo.

«Esta muger està atacada de los nervios,» murmurò Isidoro palpando el talle y demás de la dama incógnita. Esta no se oponia á nada.

—Que callado estais; dijo la dama.

Isidoro se vió perdido; pero aflautando cuanto pudo su eco, contestó con voz de pito:

—Qué quereis que os diga.

Esta contestacion hecha con una voz tan amariconada, no pudo menos de hacer reir á la dama. Isidoro lisonjeado con su triunfo, pues él mismo se habia creído Bouchonnier murmuraba para sí:

—No hay duda que cuando una dama nos recibe á oscuras, no debemos portarnos con ella como una momia del Egipto.

El doncel continuaba su minucioso ecsamen. La dama no hacia mas que tirarle pellizcos.

«Mientras que no sea mas que esta la resistencia que ella ponga, vamos en popa:» murmurò el jóven.

—No me conoceis? preguntó la voz.

—No le hace; contestò la flauta.

—Y sois libre?... no os estrecha ningun vínculo en este mundo á nadie?

—No, señora, soy libre como el viento. Y el jóven estampó un ardiente beso en una boca... que debia ser muy bonita. Mas la dama levantándose con la celeridad del rayo y corriendo á una ventana la abrió de par en par, esclamando con furor:

—Ah! monstruo... pérfido... cruel... así me pagas la fidelidad!.. te he cogido en el garlito... y...

La dama no pudo continuar, cuando vió á Isidoro: este, por su parte, le pareció conocer el acento de aquella voz enfurecida, y al volverse la dama incógnita, exclamó:

—Dios santo, mi prima!

—Ah! no es mi marido! murmuró Elmonda (porque, amigo lector, era ella en cuerpo y alma) dejándose caer otra vez en el sofá y ocultando el rostro entre sus manos.

La pobre jóven estaba aflijida en extremo. Isidoro permaneció algun tiempo consternado tambien. La aventura no era para menos.

Poco à poco fué saliendo el doncel de su consternacion; miró á su prima y le pareció sumamente bella: no hay duda, el pesar y la tristura, la hacia parecer mas hermosa de lo

que efectivamente era. Isidoro le coje con afecto una mano , que ella retira en un principio , mas que al fin cede. El pronuncia algunas palabras de disculpa... y añade tambien que no olvidará nunca la dicha que hubiera experimentado , dicha que deseaba con ansia y que no hubiera esperado jamás.

Elmonda poco à poco fuè alzando la cabeza; mas no se atrevia aun á mirar al doncel. Con voz preocupada, por hondos suspiros, murmura la jóven:

— Ah! Isidoro , què pensareis de mí?

— Nada , querida prima... hay cosa mas natural , citais á vuestro marido... y á el es aquien solamente aguardais...

— Y como es que vos?..

— Os lo dirè: Bouchonnier , cuando estuvo anoche en mi casa , me refirió haber recibido un billete anónimo ; y como quiera que yo porfiaba ser imposible que recibiera tales cartas , para que me convenciera me obligò á que fuera yo , en vez suya , el que concurriera á la cita de madama de Nápoles.

Elmonda no pudo menos de soltar una estrepitosa carcajada.

— Pobrecillo! dijo , es la tercera cita que le doy. La primera lo tuve una horrorosa noche de invierno cuatro horas de planton muer-

to de frío , en la plaza de la Bastilla. La segunda en el baile de la ópera ; donde , á favor de un dominó rosa , le pegué una terrible bofetada. No es extraño que à la tercera recelase alguna cosa peor.

—Ved ahí porqué, cuando me dicia le refiriera todo cuanto me sucediera con madama de Nápoles , se reia terriblemente.

—Ah! gran Dios!.. No se lo digais , querido primo...

—Callad , por Dios. Me creéis , Elmonda , tal vez un niño de cinco años? Yo que me conceptuaria en este momento un hombre dichosísimo , si vos no lloraseis de ese modo, si no vertierais esas làgrimas, para mí tan preciosas!

—Oh! que aventura tan estraña! Si , querido primo , perdonadme ; pero desde que mi marido perdió el chaleco de franela , recelaba de él ; y por eso queria pillarlo yo misma... Ved ahí el porqué apagué la luz cuando ibais á entrar , para evitar que me conociera... el muy taimado.

—Y yo celebro infinito el haberme hallado en la oscuridad.

—Sí , pero vos , Isidoro , ignorábais que fuera yo.

—Convengo: pero...

—Si, lo ignoràbais completamente...

—No tal, yo me lo figuraba al hacerme el mozo el retrato de una muger hermosa y divina, adiviné al momento erais vos.

—Oh! Dios mio! me dá vergüenza el miraros... despues que...

—Pero que quereis, era indispensable que así sucediera...

—A lo menos, si me amarais alguna cosa, entonces...

—Oh! yo os amo infinito... creedme, bella prima, os adoro...

—Para qué mentís? Creeis que yo no sè estais apasionado de Emelina Clermont?

—Mas eso qué impide para que vos seais tan seductora... tan amable, bella Elmonda?

Isidoro besó con ardor la mano de su prima.

—Dejadme... soltadme por Dios... ahora que sé quien sois... ah! seria afrentoso.

—Ah! si, lo conozco, me odiais, bien lo veo; y jamás me perdonareis... Pero, descansad, divina Elmonda, no me presentaré mas ante vos.

—Ah! callaos, por piedad, destrozais mi corazon; no volvais à pronunciar mas semejantes acentos.

No tengo presente las palabras que cruza-

ron , ni las protestas de amor que diera el
joven primo... solo si dirè, que el asunto con-
cluyó mal para el panzudo Bouchonnier. ¡Po-
bre marido!!!



2.

Temores y reconciliacion.

PASADOS algunos instantes de esta amorosa conversacion, dijo Elmonda á Isidoro con cariñoso acento:

—Es necesario que me vaya, ya hace tiempo que debia haberlo hecho. Quiero estar en Corbeil antes que mi marido; me prometió no faltaria hoy á comer. Pero ahora para salir de aqui... tiemblo!.. seré vista?... reconocida?... Ah! amigo mio, que imprudente he sido... ahora lo conozco... y sin embargo...

—Perded cuidado , divina Elmonda , contestòle Isidoro besándole sus lindas manos; voy á llamar al mozo para que traiga un carruaje hasta la entrada del jardín: de aquí allá quien os ha de ver? Estamos enteramente solos!..

—Pues yo he oído ablar y reir no muy lejos de aquí...

—Es un guardia-nacional y una griseta que... os aseguro no piensan en nosotros.

Isidoro tiró del cordón de la campanilla: el mozo apareció.

—Mira , Deseado , un fiacre al momento: joyes? y que sea cerrado.

—Està muy bien.

—Escucha , todavía están ahí el militar y la griseta?

—Sí , señor , todavía.

—Diablo! y cuanto tiempo!

El muchacho desapareció.

Elmonda cubrióse con el velo cuando el muchacho volvió à anunciar que el fiacre la esperaba.

—Montaré yo con vos? preguntó Isidoro à su prima.

—Oh! no , amigo mio... podríamos encontrar à Bouchonnier y... necesito ir sola al embarcadero... os aguardo cuanto antes.

—Descuida , querida prima... A Dios, hermosa: y estampò un último beso en su blanca mano.

—No tardareis mucho?

—Estaré al momento.

—Y ahora , cuando vayais á Corbeil para ver à la señorita Clermont... no habrá un solo á Dios para vuestra prima? para la desventurada Elmonda?

—Podeis dudarlo?

—Por què no? así como así solamente por ella será por quien vayais allá!

Una lágrima corriò por la mejilla de Elmonda , y la imágen del dolor se pintó en su rostro. La jóven desapareciò por los corredores: Isidoro radiando de alegría, la contemplò en su marcha.

—Pobre Elmonda! dentro de poco volveré à verte y disiparé tus pesares... en suma; bien empleado le está á Bouchoñnier cuanto le pasa... por variable y coqueton ; este es el fruto que cojen los maridos que , poseyendo mugeres jóvenes y hermosas, las tienen, casi siempre , abandonadas , para ir á caza de seres, las mas veces , indignos y despreciables.

Cinco minutos despues , salia Isidoro de la pastelería oyendo aun las risas y chacotas del guardia-nacional y la griseta. Apenas en-

trara en su casa , cuando oye llamar apresuradamente, y Bouchonnier presentóse en su gabinete terriblemente agitado, dejándose caer en una butaca.

—Hasta ahora he estado aguardandote en el café de en frente... Vamos , cuéntame, chico... cuéntame el resultado de tu cita... mejor dicho , de la mia ; porque al fin yo era el citado , siendo asi que tú no has ido mas que en mi lugar... Anda , cuéntame todo sin omitir la mas mínima circunstancia.

Isidoro no habia previsto este ataque ; es decir , lo que habia de contar á Bouchonnier cuando le interrogase. Asi es que, fingiendo un humor endiablado , y con una seriedad increíble contestòle:

—Mira , hazme el favor de no mandarme mas á ninguna cita en lugar tuyo. Malaya sea tû y tu madama de Nàpoles.

—Hola: pues qué , no era jóven?... no era bella?... no...

—Jóven!!! lo menos tendrá setenta y cinco años...

—Cáscaras!

—Una muger enorme... La puerta de san Denis en bata de mañana.

—Fuego!

—Luego , unos ojillos de lagartija... una

nariz de una tercia , atestada de tabaco hasta los topes... la boca como una espuerta , sin dientes y... los cachetes pintados de colorete. La estampa de la herejia personificada.

—Já! já! já! Pobre Isidoro, me parece que estoy viendote hacer las figuras que harías al ver esa tarasca... já! já! já!

—Sí, eso es , ríete ; como á tí no te ha sucedido! pues!

—Bien sabes tú que yo no salí responsable... no conocia el objeto... Pero yo en tu lugar me hubiera largado.

—Acaso , aquel demonio me dejaba? Oh! tiene unas fuerzas de alcides ; cuando me vió exclamò con una voz semejante al chasquido de una caña: «Ah! no sois Bouchonnier? pues no esperéis abusar de mi virtud... y dígame usted, por qué no ha venido ese monstruo?»

—Calla! ella me llamaba monstruo? já! já! já! Es chistoso; tú le debias haber contestado...

—Pues! yo le dije: «El caballero Bouchonnier està indispuerto , señora , y me envia en su lugar à rendiros mil perdones.» Esta respuesta calmó algun tanto à la dama , que se empeñò en que me desayunase con ella. En una palabra , si llego à porfiar saco partido.

—Ya! á mí hasta asco me hubiera dado de almorzar con ella junto.

—Qué querías? era menester tener paciencia, de lo contrario me estrangula.

—Hombre!

—Es muger capaz de todo. Por último, concluido el desayuno, pretesté una gran urgencia y me las toqué...

—Ah! pobre Isidoro! Dime, y será positivamente alguna napolitana?

—Que diablos sè yo! anda y preguntalo á ella misma. Pero, mira, no me mandes mas á tus citas; guàrdate tus billetes, y vè tù si te dà la gana que te chasqueen.

—Y van tres! murmurò el panzudo caballero que mirando el reloj, replicò:

Las tres!.. Diablos! apenas tendré tiempo para llegar al embarcadero.

Isidoro, temiendo que Bouchonnier no se encontrara en Corbeil con su muger, lo detuvo por el brazo.

—Hombre, donde vas tan pronto?

—Vive Dios! al camino de hierro para volverme à Corbeil.

—Pero no puedes demorarlo.

—Quiá! he prometido á mi muger estar allí á la hora de comer.

—Anda, no seas tonto, vete á la noche: comerémos juntos en Palais-Royal... harémos un dia completo.

—Ob! no puedo... me es imposible! Ya que me permitió el que viniera, no quiero disgustarla. Desde la aventura del maldito chaleco de franela, Elmonda está siempre llena de sospechas... Infernal chaleco!.. por el me ha sido indispensable llevarle hoy á la Tintin el schal y una rica esclavina.

—Hombre, ya se lo has dado?

—Sí, hoy por la mañana.

—Vaya un chaleco caro! chico.

—Sí, pero espero sacar mucho de él.

Estas últimas palabras las pronunciò Bouchonnier con cierta convicción de algun proyecto.

—Conque, à Dios, Isidoro... mira, por qué no te vienes conmigo?

El jóven reflexionó que su presencia tan pronto, y junto con el esposo, turbaria algun tanto á Elmonda, y no debia comprometerla de ese modo.

—No, chico, no voy, respondió al fin; tengo que hacer y... mas tarde iré yo.

El gordo caballero llegó al embarcadero, un minuto antes que partiera el convoy de las cuatro. De consiguiente, no tuvo mas tiempo que para subir al carruaje. Mas cual seria su sorpresa, cual su temor, cuando en el lado de en frente vé á su esposa Elmonda!

Esta, por su parte, al reconocer al marido, palideció y tembló, hasta el extremo de parecer iba á desmayarse: (le remordía la conciencia). El marido, atribuyó aquel síncope á efectos de su mal reprimida cólera, tembló y palideció también. El pobre marido creía que su mujer lo había espiado y sorprendido al comprar el schal; y lo siguiera, sin duda, á la calle de Samson número 3.

—Como!... qué! balbució Bouchonnier... has venido á Paris sin avisármelo?... Ah! celocilla, para qué fatigarse tanto y dudar de mi buena fé?... pero estás pàlida.

Elmonda, aprovechando lo ocasion de disimular sus temores y recelos, meneó la cabeza en señal de reconvencion; y valiéndose de las mismas circunstancias que podian perderla, contestó maquinalmente, pero sin poder ocultar su emocion.

—Pues bien, si para eso mismo he venido yo, para espiarte... para seguirte los pasos... Oh! pero hubiera deseado que no supieras si habia ó no venido... porque ahora andarás con cuidado y... no me será tan fácil pescarte en el garlito.

—Tú me crees quizá un don Juan Tenorio?... Te aseguro que soy muy razonable... Ah! querida amiga, tú no sabes el esposo que

tienes... Si te digera que se me presentan buenas fortunas... citas amorosas... y no concurro à ellas, y las desprecio... Tú quizá no lo creeràs, pero es positivo... Mas què tienes, paloma, te duelen las muelas?

En efecto, no pudiendo Elmonda retener la risa, se habia llevado el pañuelo á la boca, y lo mordía terriblemente á fin de ocultarla en algun tanto.

—Sí, tengo un dolor de muelas que me hace padecer terriblemente.

—Pues! vea usted lo que se saca de venir à espiar á los maridos... cojer un resfriado y pasarse la dentadura.

—Y en qué has pasado la noche?

—Una reunion bastante triste: no fué como Isidoro me la pintò; el picaruelo para engañarme!.. como reunion de hombres solos... Allí se jugó un poco, yo gané cincuenta y siete francos, que los destino para tus pastillas y almendras enconfitadas, cuando te alivies del dolor de muelas. Anda, pichona; sosiegate y descansa; yo te jurè que no te soy infiel.

Elmonda cojiò la mano de Bouchonnier y la apretó cordialmente en señal de reconciliacion.

Por último, los dos esposos llegaron á

Corbeil acordes, complacidos y amabilísimos, cual hacia mucho tiempo no estaban. Ved aquí, amado lector, al precio que se restableciera la paz matrimonial.



3.

El pabellon del jardin.

DESDE la ocurrencia sucedida en casa de Petit-Moulin , Isidoro vá à Corbeil mas amenudo que antes. Cada dia está mas enamorado de Emelina , cada dia la ama mas , cada dia le es mas indispensable el dejar de verla; pero al mismo tiempo no pierde ocasion de estar al lado de su prima. Elmonda cada dia está mas seductora , cada dia mas bella ; y aunque ha jurado al doncel el huir todas las ocasiones peligrosas , lo cierto es que se repite muy a-

menudo la escena que tuvo lugar en la pastelería: ocasiones que Isidoro aprovecha á las mil maravillas.

En cuanto á Emelina , como quiera que ve á cada momento al amado de su corazon, como quiera que lo ve á su lado mas amable, mas tierno , mas ardoroso que nunca , radia de alegría y se conceptúa la mas dichosa de todas las mugeres.

Elmonda sigue amabilísima con su marido: ya no lo atormenta tanto: sus celos son menos , y las caricias y agazajos son mas. Ya no es Bouchonnier quien se desvive por ir á Paris: es su muger la que lo manda á cada instante , con mil pretextos , para encontrarse mas amenudo , á solas con su primo Isidoro.

El cambio de la esposa hace á Bouchonnier sumamente dichoso , y lo tiene siempre contento é igual ; y luego, como sabe que una jóven linda y encantadora ha dado quinientos francos por poseer su chaleco de franela , se acrecienta mas su dicha y se envanece terriblemente: pues cree no haya una muger que pueda resistir á su fascinadora mirada.

Mientras que estas cuatro personas (Bouchonnier, Elmonda , Isidoro y Emelina) se creen los mas felices de los nacidos ; hay una otra, que está dada á los demonios , y que la

mayor emoción y zozobra agita su pecho.

Ya me parece que adivinais à quien me refiero. Se trata de Felicia, direis. Justamente, amigo lector, la pobre muchacha se consume en unos voraces celos. Desde que su amante ha entablado un parentesco mas inmediato con su prima Elmonda, sigue en un estado medio, es decir, ni frio ni ardoroso. Desde que Isidoro ha profundizado el corazón de su prima, no es para Felicia aquel jóven que hablara de amor con tanto fuego, que sus miradas fueran tan terribles y su elocuencia tan lisonjera. Es verdad que dirige à su morena mil requiebros y galanteos; pero no es su lenguaje tan espresivo como antes.

La jóven calla, sufre, oculta su tristeza y no le dá à su amado la mas mínima queja: sabe que las quejas no sirven de nada, pues no encienden mas por eso el cariño. Felicia, de un carácter enèrgico y violento, ama y quiere con toda la fuerza de su corazón franco y veraz, como pocos, siendo su mayor tormento el silencio y finjimiento que tiene que aparentar. Mas la jóven, en medio de todo, tiene energía y sabrá sufrir hasta lo último, hasta que llegue la hora que la venganza iguale al sufrimiento.

Una mañana, despues de lo dicho hasta

aquí, el bienaventurado Bouchonnier, recibió una carta cuyo sobre le era enteramente desconocido: luego lo plegado del billete y la esencia aromática que esalara, no le hizo dudar que seria alguna nueva cita.

—Con tal que no sea la infernal madama de Nápoles.

Dijo y continuó desdoblando el billete. Pero ¡oh Dios! que alegría! que satisfaccion! ha reconocido la firma, y despues de asegurarse que se halla solo, enteramente solo, lee; diré mejor, devora con los ojos el contenido de la carta, concebida en los términos siguientes:

«Caballero: mas de una vez me habeis dicho que me amais, tal vez sea verdad; pero para que yo me convenza, necesito pruebas, y una ciega obediencia á mis mas mínimos caprichos. Por ahora necesito la siguiente: Isidoro està en esa, y en vuestra casa, sin la menor duda: pues bien, quiero asegurarme por mí misma si me es fiel ò no, si ama ó no á vuestra esposa. Indudablemente vuestro elegante jardin no carecerà de su precioso pabellon, y si precisamente no es pabellon, será otra cosa que se le parezca: en fin, en cualquiera parte que juzgueis conveniente el ocultarme. Des-

pues que con el mayor sigilo me oculte y vea lo que deseo ver, hablaremos despacio sobre vuestro afecto. Hoy mismo, al medio dia, estaré en el desembarcadero de los caminos de hierro. Id por mí sin falta.»—

«FELICIA.»

Bouchonnier se quedó aturdido: le pareció mentira lo que leyera. No sabia si alegrarse ó entristecerse del contenido del tal billete. Su nueva conquista era incomprensible.

«Que muger! que carácter tan español y original!.. que fuego en su cariño!.. Yo quisiera saber si lleva ó no consigo, mi chaleco de franela... se lo preguntaré cuando la vea... No hay la menor duda, quiere desengañarse si Isidoro le es infiel para darle calabazas, y relacionarse conmigo... Si pudiera hacerle creer que mi muger y él tienen relaciones criminales!.. porque Felicia me amara todo lo llevaria á gusto... Mas eso es imposible... no tengo pruebas!.. Isidoro y Elmonda apenas se hablan!.. ni aun se miran!.. luego, él está tan enamorado de Emelina!.. que!.. pero le he dado palabra de honor de no descubrir su romance pasion... Nada, no tengo mas remedio que echar mano de mi muger; hacer creer que ella me engaña... Es original!.. una ver-

dadera comedia!... Hacer que Isidoro ame à mi muger, y todo nada mas que para desbancarlo... para robarle la querida... Felicia quiere que la introduzca en mi casa... Demonio! que idea! y si no lo hago pierdo lo que llevo adelantado. Donde la meteré para no comprometerme?... Calla! sí, en el pabellon del jardin... justamente está acabado de hacer... pero apes- ta á pintura terriblemente... mas no le hace, allí la he de encerrar... todo se reduce á dos ò tres horas de jaqueca... Corrámos á tomar la llave.»

El pabellon, al cual Bouchonnier se refi- riera, estaba contra la tàpia del jardin, y te- nia una puertecita falsa, que daba al campo. Para citas amorosas era el solo. Además, tenia su puerta al jardin y dos hermosas ventanas à cada lado; tràs de las cuales podia obser- varse y verse todo cuanto en el jardin pasara.

Al medio dia en punto, Bouchonnier fuè al desembarcadero. Ya estaba la bella Felicia esperando. El gordo señor empezò un diluvio de piropos y ternezas.

—Conducidme à vuestra casa, caballero. Supongo habreis tomado todas las precau- ciones convenientes para evitar que sea vista.

—Oh! todo està calculado. Venid, criatu- ra celestial.

—Una palabra , caballero.

—Cuarenta si quereis.

—Isidoro está en vuestra casa?

—Sí , señora , en ella ha pasado la noche... probablemente estará al lado de mi mujer!.. siempre están juntos.

—Pues vamos corriendo.

Cinco minutos despues , los dos individuos (ella y él) estaban en el pabellon del jardin. Felicia habia corrido una persiana , para ver , y no ser vista.

—Oh! que delicia: esto está que ni à pedir de boca. Mas esta otra puerta...

—Oh! no hay miedo , yo solo tengo la llave. Nadie vendrá , os lo aseguro... Además , está acabado de pintar!.. no veis? ni aun está siquiera seco.

—Pues oiga usted , caballero. Ahora mismo vais à donde está Isidoro y vuestra esposa , y bajo cualquier pretesto... hareis que bajen al jardin para...

—Ya os comprendo. Además , eso es bien fácil. Mi esposa le gusta mucho el pasearse por esta calle de tilos. No veis aquel banco de cespèd , al pié de aquella madre-selva?

—Lo veo.

—Pues ahí es donde generalmente se sienta.

—Id y haced que...

—Cielos! ya no tengo para qué ir, exclamò Bouchonnier reparando al fondo del follage. No veis á Isidoro del brazo con mi muger, por aquella calle de jazmines? Oh! no lo dudeis, vendrán aquí... A mi muger le gustan mucho lo sitios ocultos... los sombríos... donde el follaje está mas espeso... Ea, miradlo, ya están ahí... ya se sientan.

Felicia mira en efecto á Elmonda del brazo de Isidoro. La tierna esposa, cojiendo con dulzura el brazo de su primo, llevaba su cabeza apoyada en el hombro de este, dirigiéndole unas miradas de amor y felicidad.

—Canario! murmurò Bouchonnier: será posible!... que miradas... que balanceo... No, es ilusion; eso debe ser convenio entre ambos... un milagro con el cual quiere Dios favorecerme... Haciéndose la coqueta!... Pero eso no tiene nada que ver; ella se hace la amable con cualquiera; aunque sea con un unico... es su temperamento... Oh! Dios proteje mi idea... Elmonda le coje la mano é Isidoro se la estrecha... Bueno, buenísimo!

Y el confiado consorte dirigiéndose á Felicia, continuò:

—Qué tal os parece mi muger?

—Me se figura como todas.

—Bajo qué aspecto?

—Es bien fácil comprenderlo.
Bouchonnier cayó; porque por su parte nada comprendia.

Elmonda llegó al banco de cespèd, y sentándose en él, le dijo à Isidoro que lo hiciera tambien. Mas el jóven estaba en extremo preocupado: se conocia que sus ideas estaban bien lejos de allí. Elmonda pareció incomodarse, pues su alegre semblante se entristeció.

—Qué demonio le habrá dado á mi mitad? murmuró Bouchonnier. Vea usted que triste se ha puesto; no hay duda, le estará preguntando al primo por mí, este no habrá sabido darle razon, y se habrá incomodado por eso... pobre Elmonda; tus celos me pierden.

La llegada de madama Clermont y de su hija, cambió, en algun tanto, el aspecto de aquel interesante cuadro. Las bellas damas desembocaron por una alameda de azucenas, dirigiéndose hácia madama Bouchonnier. Esta, despues de lanzar á el primo una mirada expresiva, se dirigió con amabilidad, á las bellas damas. En cuanto à Isidoro levantóse tambien, y una transfiguracion completa y rápida como el pensamiento se operó en sus facciones. Una alegría íntima se pintó en ellas, y sus ojos se fijaron sobre la interesante Emelina.

Felicia que no pierde de vista á su amante,

ha observado todo esto. Bouchonnier entonces trata de distraerla, entablando una conversacion inaguantable.

—Qué tal van los asuntos de madama Mi-robelly?.. sus empresas y comercio en los caminos de hierro?.. Es una verdadera muger de fortuna. Y su amiga Mazzepa la de los mostachos, se afeita muy amenudo?.. Buen bigote, se lo envidio. Y vos, divina Felicia, lo deseais tambien?.. Cuanto daria, pichona mia, por poseer en este mundo unos pelitos tan rizados como los suyos, y además un...

—Callaos.

El gordo caballero cerró el pico. La sociedad se reunió al pié de la madre-selva, sentándose en el espacioso cespéd. Emelina que no sabe ocultar el placer que siente cuando se halla cerca de Isidoro, no hace mas que mirarlo y contemplarlo estasiada. Isidoro la mira tambien y la contempla con meditacion religiosa.

Elmonda, hablando con madama Clermont, volvía á cada instante la cabeza atrás, para observar á los dos amantes; sin duda buscaba algun motivo para cambiar de sitio y sentarse al lado de su primo. La llegada de Mr. Pastoureau puso fin á su suplicio.

El vecino se presenta llevando su guitarra y los papeles. Elmonda se levantó y aprove-

chando la ocasion , propuso el que fueran al salon de música. Todos se advinieron á su parecer , y se levantaron encaminándose hacia la casa. El velo de Emelina que se enredara en un rosal , fuè causa de que se retuviera. Isidoro paròse tambien. Los dos amantes estaban solos. El doncel , aprovechando la ocasion , cojiò una mano de la jóven y la llenò de ardientes besos: esta sonrióse de placer ; y poco despues desaparecieron.

Feticia todo lo habia visto , todo lo había observado ; y temblorosa , lívida como un cadáver , llegòse á Bouchonnier , que contemplando à los jóvenes , decia entre si:

—Habrá brutos... estos enamorados son imprudentes cual ellos solos... Oh! Isidoro, tanto peor para tí: así como así... Pero què tenéis, señora? (volviéndose à Felicia) estais pálida... sin duda el olorcillo de la pintura... estareis quizás en mala disposicion.

—Caballero , murmurò la jóven con voz breve y entrecortada: quienes son esas mugeres?... quien es esa jóven á la que Isidoro ha besado con ardor... su mano?

—La señorita?... Creeis que le ha besado la mano?... yo no he visto tanto.

—Contestad pronto... esas mugeres...

—Esas son vecinas mias... madre é hija;

la madre es viuda , segun dicen.

—Viven aquí en Corbeil?

—Sí , muy cerca de aquí... á la entrada de la calle...

—Sus nombres?

—Madama Clermont y Emelina , su hija.

—Son ricas?

—En mi concepto son bastante pobres... Viven retiradas en extremo... no reciben á nadie...

—Escepto á Isidoro... Sí , ya lo he visto... esa jóven es á la que èl quiere... á la que èl ama... á la que èl adora... por la cual me engaña... y me abandona.

—Lo creéis así?... pues mire usted , yo creí que era á mi muger á la que èl amaba... Pero en fin , bella Felicia , si Isidoro os engaña , es una razon poderosa para que os vengueis. Y bien sabéis que os amo... que os adoro... que os...

—Sí... sí , mi venganza será terrible.

Diciendo esto , la jóven salió del pabellon por la puerta que daba al campo , hecha una hiena de furia.

—Eh! bella Felicia , aguardaos que yo os siga... iremos á Paris y nos vengaremos de Isidoro...

El gordo esposo corrió trás la jóven.

—Cuidado, dijo esta volviendo la cara, os prohibo que me sigais.

—Cómo? murmuró el gordo seductor: me prohibis que os siga?... y cuando volveré á veros?... cuando?..

Felicia estaba bien lejos; de consiguiente no podia oirlo. Bouchonnier se quedó atónito y estupefacto: en consecuencia de esto se rascó las narices.



El banquero Mr. de Riberpré.

HAY en Paris ciertas gentes que se llaman banqueros, jurisconsultos, abogados, comerciantes, y no son nada de esto; y si, unas momias perniciosas que viven sobre el país, chupando la sangre del pueblo infeliz de donde proceden, y engañando á cuatro tontos y habiecas que se deslumbran con la apariencia.

Sin embargo, si por banquero entendiéis un hombre que presta el dinero con usura, un hombre que compra títulos á un ínfimo

precio para aprovechar la ocasion y darle un valor enorme ; un hombre que corre con los negocios de cuatro pobres diablos , cuya ganancia toda se la lleva él , un hombre á quien le mandan perseguir á un deudor , aun artista que no paga ; un hombre que corre con los intereses de un hijo de familia , de un heredero en expectativa ; que se mezcla , se aturde , se embrolla en los negocios mas claros , y luego el corredor se lleva todo el producto: un hombre que tiene relaciones secretas con lo mas viciado de la ciudad , que muchas veces tambien podrá dar señas á la policia de algun famoso ladron , á quien no pueda echar el guante ; y que , por último , trata en todo , y hace de todo , menos negocios de banca ; entonces , no lo dudeis , amigo , hay en Paris muchos individuos de esta calaña , que pueden llamarse banqueros.

Mr. Riberprè , à quien cuatro tontos deslumbrados con la fama de sus riquezas llaman *de Riberpré* , puede tambien entrar en el número de los banqueros que acabamos de describir. Triste especie de la sociedad que se alimenta en su seno , y se llena de oro y plata en medio del dolo , de la traicion , del robo y de la hipocresia.

Mr. Riberpré , posee una bella fortuna: si

puede llamarse así, la que se obtiene à costa de la desgracia é infortunio. Nuestro banquero empezó por lo que se llama en Paris *pequeños negocios*; donde se adquiere el dinero sin sentir, y en los que se le hace crecer como la espuma. Al principio, Mr. Riberprè giraba al descuento, mas tarde prestaba con usura, luego por semanas, corriendo la ganancia mas que la cantidad prestada; todos los medios fueran los que fuesen, le parecian buenos para enriquecerse y aumentar sus fondos. Unase à todo esto el tratarse y relacionarse con las gentes de mas probidad y fortuna, y se obtendrá un negocio completo.

Mr. Riberprè, por los medios indicados, habia llegado à poseer cuarenta mil francos de capital. Logrado este objeto, el caballero tuvo la pretencion, de todos los que como él llegan à una posicion brillante y ventajosa, la de titularse gran señor; y si bien no se poseyeran los títulos, supliase bien la falta afectando grandes maneras y modales pomposos. Con este objeto habitaba un escelente departamento del barrio de san German, amueblado y alajado à la última moda; tenia cabriolé para sí, y carretela para madama. En fin, recibia infinitas visitas, daba conciertos y bailes brillantes, y suntuosos y opiparos convites;

en consecuencia de lo cual , todo el mundo corria á su casa ; pero ese mundo que se deslumbra y aturde con la opulencia ; ese mundo presuntuoso é inconsecuente que sin ecsaminar de donde provenga la riqueza se apiña y agita en casa del que la posee, con tal que este dé buenos saraos, y las viandas esten abundantes. A la verdad , es preciso confesar que este mundo asi corre è esas casas como pudiera hacerlo al teatro ó al café... para pasar el tiempo y gozar de la vida.

Sin embargo , en casa de esas gentes cuya posicion social no està bien basada en la virtud , vereis que la reunion es variada en infinito. Para dos ó tres personas perfectamente acomodadas y por el òrden recto de la justicia encontrareis una docena cuya fortuna es tan fabulosa como sus discursos. Casi siempre son generales retirados , diputados reformistas ó partidarios de la antigua dinastía. Cuando estos sugetos os hablan por vez primera , lo hacen con una amabilidad, con una dulzura è hipocresía extrema , à fin de sondearos y jugaros despues con vuestras mismas cartas. Ojo, amigo , alerta siempre.

Mr. de Riberprè poco á poco habia llegado á este grado de fortuna , y por consiguiente habia ya renunciado á sus *pequeños negocios*.

que le habian dado una reputacion bastante mala. Ahora eran en grande, y si por esto no eran mas virtuosos que los anteriores, no por eso dejaban de producir mucho mas, evitándose el frecuentar à cuatro pobres diablos, á cuatro pillos de tomo y lomo, que eran sus antiguos camaradas.

En la época que nos ocupamos de Mr. Riberpré, tendria sus cincuenta y ocho años: era alto, delgado y sus cabellos negros aun como el azabache, disimulaban mucho el número de sus años; y podia venderse por un hombre de cuarenta lo mas. Boca pequeña; nariz regular; ojos negros, espresivos y llenos de fuego (recomendacion particular para sus queridas). Si bien la espresion de su mirada no revelaba franqueza y rectitud, en cambio descubria la malicia, la desconfianza y la astucia en que rebosaba su corazon. La voz de este caballero, es muy fina y melosa, pero toma una entonacion imponente si llega á persuadirse que necesitais de él.

Camila es el nombre que Mr. Riberpré dá à madama: una muger de cuarenta años; pero bella en extremo. Camila es de esas mugeres que seducen á primera vista; pues sus bellas formas, robustas y frescas, cautivan à los amadores de los contornos pronunciados.

Camila era una morena clara ; nariz aguileña ; la boca grande (pero le daba un bonito juego) la barba redonda ; la frente alta é imponente ; tal es la persona à quien llaman madama Riberpré , y á quien persiguen una infinidad de adoradores ; porque á pesar de sus maneras imponentes y altaneras , la bella Camila está siempre vestida con una munificencia y elegancia escesivas.

En vano algunas damas , queriendo mitigar los elogios que á la bella Camila prodigarán , murmuraban entre sí :

«Sí , es guapa ; pero tiene un aire tan seco y tan duro... una mirada tan... maligna... tan afectada... una sonrisa tan falsa...»

Pero no por eso los hombres dejaban de rendirle sus obsequios ; tal vez para ellos la hermosa Camila no fuera tan dura y severa.

Al lado de estos dos seres que se elevaban en medio de un mundo de placeres y delicias , se criaba à su sombra una jòven tierna , delicada , embellecida por la primavera de sus pocos años y por su inocencia natural. Esta era Elvina , la hija de Camila y de Mr. Riberpré. Elvina , que tendria ahora quince años , y cuya belleza infantil distaba mucho de la de su madre y de la insolente y altanera de su padre.

Elvina es delgada y pequeña ; rubia , pá-

lida y ligeramente sonrosada; ojos azules, tiernos y dulces; su sonrisa es agradable como su voz, como todas sus maneras; hay en toda su persona una gracia que seduce y encanta. La jóven Elvina no será una belleza como su madre; pero su pié pequeño, su linda mano, sus rizos rubios, que caen por su frente cándida y pura, la reputan por tal, y bien puede pasar por divina.

Esta niña es la delicia de la madre. Camila tan fiera, tan envanecida con su belleza, esta muger tan imperiosa en su interior, dura con los que la rodean y déspota con todo el mundo, hasta con Mr. Riberpré que obedece ciegamente al menor de sus caprichos, esta muger no es la misma con su hija para ella late su pecho y parece comprender hasta el último grado, el cariño maternal; así el que indiscretamente causara el menor disgusto á la jóven Elvina se atraeria toda la cólera de la madre.

Mr. Riberpré, ama tambien á la jóven Elvina, si es que alguna vez este hombre habia sabido amar, y un amor puro penetrara en su gastado corazon; pero como es tan duro, tan seco y tan orgulloso, estiende todos estos dotes hasta el lado de su hija, que mas de una vez ha repelido de sí con desden y enojo; pero entonces la bella Camila ha ido al bufete de su

marido hecha una furia, y le ha echado en cara el que no ama à su hija, y lo amenaza conque se retirará con esta á ocultarse en un parage donde jamás las vea.

Estas amenazas son siempre acompañadas de hondos suspiros, de gemidos, algunas veces de lágrimas tambien, y en medio de su desesperacion la bella Camila encuentra medio de lucir sus bellas formas y deja entreveer su linda pechera, sus bellos dientes, dando á sus ojos una espresion irresistible y provocativa. Mr. Riberpré que debe conocer *muy á fondo* los encantos de su muger (y como llevo dicho dominado por esta) y que continua enamorado de ella como el primer dia, se apresura á complacer à Camila à contentarla y á prometerla, que satisfacera los menores caprichos de Elvina. Casi siempre concluyen las contiendas de los dos esposos de este modo.

No habrá sin duda quien deje de sorprenderse de ver un marido y sobre todo, un hombre de plata, como es un banquero, enamorado hasta los topes de su muger. Mas no es menos extraño el ver tantas mujeres guapas, como Camila, tomar un dominio absoluto sobre un hombre ¿Por qué medio, que secreto tienen ellas para obtener este imperio, y las mas veces con los mas volubles y libertinos? Este es

un misterio incomprensible.

Mr. Riberpré, habitaba como hemos dicho, una casa principal de Paris. A mediados del estío, la salud de la jóven Elvina parecia alterarse en sumo grado, al momento la bella Camila se dirigia al gabinete del banquero y le decia:

—Caballero, nuestra hija está mala. Nuestra Elvina tiembla y palidece, mientras que vos, despreocupado de todo esto, no pensais mas que en vuestros cálculos y especulaciones... Mas yo, caballero, que velo sola sobre ella, que la quiero por vos y por mí, he llamado á un doctor y le he hecho ver la enfermedad de mi hija; el físico me ha contestado que no le estaria mal unos cuantos meses de campo. Lo cierto es, que en esta estacion todos marchan al campo, y nosotros no.

—Pero, señora, contestaba el banquero; ignorais que mil veces me habeis dicho que os fastidia el campo, y que no comprendéis como ecsistan personas que abandonen á Paris, para solo ver yerbas?

—Si, es verdad que lo he dicho, mas lo que á mí me importa es la salud de mi hija. Mi Elvina ante todo. Es preciso que comprémos una casa de campo tambien.

—Querida Camila, una casa de campo no

se compra así como quiera; es preciso ver... reflexionar... prometer condiciones...

—Pues bien, alquilarla; para eso no se necesitan condiciones.

—Sin embargo, siempre...

—Ah! Caballero, que indiferente estais para todo lo que concierne á mi hija... Lo veo bien, no la amais, os seria indiferente el perderla... Pero yo que la quiero, yo que la amo con pasión, no dejaré que esta flor pura perezca en vuestro París: yo me iré con ella... Tranquilizaos, no perdereis vuestros negocios... pues yo partiré sola... Lo veo, no nos amais, caballero.

A todo esto contestaba Mr. Riberpré como de costumbre, anticipándose á satisfacer sus caprichos y voluntad. Al día siguiente, en una hermosa carretela, se dirijieron á Eughien á habitar una casa muy bonita que habia encontrado casualmente amueblada y lista del todo. Elvina, consultada por su madre, habia contestado á todo que sí, y que el país aquel le parecia muy bonita. Al momento Camila se estableciera en él. En cuanto á Mr. Riberpré pasaba al lado de su mujer todo el tiempo que le permitian sus ocupaciones.

Y cuando la hermosa dama veia que en todo le daba gusto, premiaba con una tierna

mirada el desvelo de su complaciente amador.

—Ya tenemos casa de campo nosotros.

—Sí, y bastante linda por cierto.

—Carilla me ha costado, pero con tal que no me digais esas palabras tan terribles y alarmantes...

—Lo digo así porque lo siento, porque os amo.

—Y Elvina qué tal va ahora?

—Está bastante mejorada.

—Mirad, conozco que la quiero mucho: ¡pobrecilla!

Entonces Camila lo colmaba de caricias, contestando con ellas a lo que su esposo le dijera.

—Eh! bien, estais contenta conmigo?.. Hago todo lo que me decis? Os atreveréis a decir aun que no os amo?.. que vuestra hija me es indiferente?

—Oh! no, ya lo veo... conozco que nos amais: continuad siempre mereciendo de ese modo nuestro afecto.

Y la hermosa Camila, apretando la mano de su consorte, salia del gabinete sumamente complacida.

Mr. Riberprè la contemplaba. Despues apoyaba su cabeza en la mano derecha y parecia sumirse en una meditacion profunda.

Esta meditacion parecia molestarlo mucho; pues se ponía lívido como un cadáver, su cabello se erizaba, y no hay duda que su corazón era víctima de un horroroso tormento; pues al cabo de un buen rato de tan penosa lucha, murmuraba:

—Oh! que desgracia!... Jamás seré feliz mientras ellas ecsistan... siempre serán un poderoso obstáculo para mi completa dicha y felicidad.



El anciano abogado.

Los aires puros del campo , restablecieron prontamente la salud alterada de la niña Elvina: bien entendido que tampoco era su estado alarmante como la bella Camila la ponderaba. Mas como en Enghien tenia un espacioso jardin donde podia correr y brincar à placer, flores que cojer, y bellas mariposas que perseguir, estaba la niña à sus anchas ; no asi la madre que odiaba el campo y deseaba volverse à Paris cuanto antes; mas como quiera que la salud de

Elvina la interesaba tanto , tenia que conformarse à todo y sufria aquella contrariedad de buena voluntad.

Ya hemos dicho y es así , que Mr. Riberpré permanecia aun enamorado de su muger y por consiguiente , sujeto à sus menores deseos y caprichos , mas cuando por una casualidad trataba de resolverse la bella Camila tenia tanta maña que lo arrastraba à sus pies ; como un niño ! Solamente le decia dos palabras , que otros las mirarian desapercibidas pero que Mr. Riberpré cenocia y penetraba su verdadero sentido ; sentido que lo hacia estremecer y lo llenara de confusion.

Mas una persona ecsistiera ante la cual madama Riberpré depusiera su altanería y orgullo ; y esta era , un caballero anciano llamado Duvalin.

Este Mr. Duvalin , era un anciano abogado , pero un abogado verdadero , como los priscibe la rectitud y el deber. Hacia tiempo que el tal personaje renunciara á su bufete pues su bien administrada pluma le habia reputado un capitalito muy decente , y lo que es mas , una reputacion honorífica y brillante. Ved aquí por que á pesar de estar este hombre separado de la curia tenia una infinidad de clientes , que venian à visitarlo y lo respetaban como á un oráculo.

Mr. Duvalin tendria setenta años; alto, delgada, mirada severa, y paso lento y pausado. Cerca de un año hiciera que el tal individuo no se presentara en casa de Riberpré; mas cuando lo efectuara; el banquero abandonaba todos sus quehaceres y negocios por recibirlo con muestra de alegría y satisfaccion. Sin embargo, bien fácil era conocer que la tal visita no le diera el mayor placer, todo lo contrario, lo incomodaba bastante. El banquero temblaba, su frente se oscurecia al solo nombre de Duvalin. Mas à pesar de todo, lo recibiera, como hemos dicho, con política y con toda la cordialidad que el buen abogado se mereciera. Honor que los mas viciosos rinden siempre al hombre probo y virtuoso. Serà la hipocresia? es indudable: mas sea lo que sea, lo cierto es que así sucede.

Qué venia à hacer el bienaventurado Duvalin, dechado de los justos, en casa de Mr. Riberpré, dechado de los pillos y tunantes? Esto lo ignoraba todo el mundo; pues así que el abogado entrara en el gabinete, Mr. Riberpré cerrara sigilosamente la puerta, despues de prevenirle á el ayuda de cámara que mientras no viera salir al caballero Duvalin, no estaba visible para nadie.

No sabemos si la consigna se estenderia

hasta la bella Camila; lo cierto es, que así que esta sabia que Mr. Duvalin estaba en conferencia secreta con su esposo una viva inquietud la sobrecojiera hasta el extremo de no poder sosegar en ninguna parte. Sus ojos tomaban una espresion furibunda y sombría; corría á su hija, la miraba, la contemplaba; mas no la abrazaba, ni la besaba; no parecia sino que el terror pánico que el anciano le inspirara, se estendiera hasta el mismo cariño maternal. En vano la jòven Elvina la preguntara la causa de su emocion y zozobra; pues la madre no le contestara sino con frases entrecortadas y misteriosas, que la hija no entendiera su sentido.

Mas de una vez, el acaso la habia puesto en presencia del anciano, y se sintió desvanecerse, tratando en vano de dar á sus ojos una espresion afable y complaciente. Ella hacia en saludo profundo al anciano, casi una reverencia hasta el suelo; mientras el abogado apenas moviera la cabeza con desden y menosprecio.

Luego que el anciano saliera de la casa, Camila corría al escritorio, y arrojándose á los piés de Mr. Riberpré, lloraba, suplicaba, y exclamaba que ella y su hija no nacieran sino para el dolor y el sufrimiento; y una con-

vulsión violenta agitaba todos sus miembros.

Estas escenas, perfectamente jugadas, siempre destruían y echaban por tierra los consejos y reconvenciones del lejista. Riberpré cojía á su esposa, la alzaba del suelo y la estrechaba con amor. Otra vez caía el glacial velo en el corazón de aquel hombre.

Seis semanas hacía sobre poco más ó menos, que Camila y la bella Elvina habitaban la casa de Eughien; en la cual Mr. Riberpré las acompañaba todo el tiempo que su tráfico le permitían.

Sería la una de la tarde y Mr. Riberpré habiendo despachando sus negocios se disponía á marchar á Eughien al lado de Camila y de su hija, cuando le anunciaron la llegada de Mr. Duvalin.

El banquero arrugó el entrecejo y se crujó los dedos murmurando:

—Nueve meses hace que no venía!... ya yo lo creía muerto... Oh! maldito hombre.

Y después, componiéndose la corbata, el chaleco y dándose un aire satisfecho, exclamó:

—Que pase adelante.

El anciano entró en el gabinete: su cuerpo estaba más agoviado, y su paso era menos firme que lo ordinario. Sin embargo, su penetrante mirada era la misma; siempre escri-

tadora , siempre terrible y su voz conservaba aun el acento firme de la justicia.

—A Dios , querido Duvelin ; sentaos... y como vais de salud? preguntó Riberpré presentándole un sillón con suma amabilidad y cortesía.

—Siempre lo mismo: contestó el anciano sentándose con suma pausa. Mis achaques son crónicos y continuos ; y solo tendrán remedio con la muerte ; mientras tanto miro por mis hermanos , y hago por ellos todo el bien que puedo. . Mas los años se avanza: de un día á otro me llamará Dios así, y quiero aprovechar los pocos instantes que de vida me quedan, para emplearlos en su santo servicio y aparecer ante su tribunal , sino justo , á lo menos contrito y humillado... Pero una cosa espero de su misericordia; y la pido con ahinco á su Santísima madre, y es, que antes que concluya la carrera de mis dias , vea asegurado el reposo y bien estar de esas dos personas que me inspiran tanta lástima y compasion.

El anciano callò. Riberpré estaba consternado. Duvalin lo contempló un buen rato: despues continuò:

—Me parece , caballero, que me comprendis... bien conocereis á lo que se reduce mi venida...

Riberprè , saliendo de su meditacion profunda , contestò al fin:

—Me parece , Mr. Duvalin , que no teneis de que quejaros... cumplo relijiosamente mis promesas... pago puntualmente los semestres... y no se que querais mas de mî...

—No lo sabeis! exclamó el viejo con enérgico acento. Hombre , así lo decis?... Pues entonces tendré que esplicarme mas claro.

—Pero , caballero , yo no veo la necesidad que haya de tratar de un asunto que tanto me fastidia... asunto en el cual , os lo repito, Duvalin , jamás estaremos acordes. Hace cuatro años que me hicisteis ver que la pension que pagaba á... esas mugeres no era suficiente... Hubiera podido rehusar vuestra demanda; sin embargo , no quise oponerme abiertamente y cedí. En lugar de mil doscientos francos que disfrutaban, les designé mil ochocientos. Con esto esperaba librarme de... vuestras majaderias, y lo consideraba precio suficiente para arreglar el negocio y... no oir hablar mas de ellas.

—Ah! esperabais no oir hablar mas de ellas... Si os atreveis , hombre desalmado , à decirmelo á mí mismo... no os avergonzais de hablarme así!..

—Caballero... olvidais...

—No olvido nada... y tengo derecho para

hablaros de este modo... Cuando un hombre se conduce como lo habeis hecho vos, como lo estais haciendo aun y... callaréme? Pues bien, para hablar con semejante hombre no se debe tener consideracion ni miramiento; y así, hablaré cuanto me dé gana.

—Bien, lo hareis; pero será á solas, os lo prevengo. Si insistis en tal tema, os vuelvo la espalda, Duvalin, y quedareis predicando... en desierto.

—No, caballero, no; gritó el anciano con voz mas fuerte y varonil: os engañais... yo no puedo quedarme solo, ni vos abandonarme, porque entonces... (el anciano se puso en pié) entonces gritaré y diré por todas partes... en vuestra casa... à vuestros domésticos... que sois un malvado, un hombre sin fé ni conciencia, que teniendo una esposa bella, y una hija linda y hermosa, una esposa virtuosa cándida y pura; una esposa... que no mereceis sea vuestra, hombre cruel y desapiadado, la habeis repudiado sin motivo alguno, la habeis alejado de vuestro lado para traerla á vuestra querida... á una muger de vuestra misma calaña, à la que habeis dado à reconocer por legítima consorte... cuando existe aun la que lo es realmente, cuando...

—Caballero... caballero... por Dios, mas

quedo... no griteis tan fuerte; murmuró el banquero, pálido como un cadáver y temblando como un azogado.

—Yo diré, continuó el anciano, que tenéis una hija hermosa cual ella sola, pura y cándida como un querube: cuya educacion sólida y completa, por fortuna (gracias á los esmeros de su madre), es el dote principal de ella; cuyo padre no quiere conocerla, cuyo padre la abandona y, emancipándose de ella, la reduce al olvido y la miseria... á la miseria! oh cielos! cuando debian estar aquí! disfrutando de estas riquezas!... se ven desterradas y proscriptas... de estas riquezas de las cuales algun dia dareis cuenta á Dios de su indigno uso.

Riberpré, recostado en su poltrona, se mordía las uñas de despecho.

—Es inútil, caballero... enteramente inútil que habéis tan rëcio... no me veis hecho un oyente resignado?

—Ah! oyente resignado! replicó Mr. Duvalin con penetrante acento. Dios os conceda la penitencia. Cuando os hablo de vuestra esposa y de vuestra hija, con aquel lenguaje que la religion y el deber me prescriben... seria una lástima que no me oyerais con resignacion. Os lo repito, Riberpré, yo creí

que los años , el tiempo mismo traería á vuestro pecho , vivos remordimientos y que vuestra alma despertáse de su letargo: yo esperaba ver aquí otra vez á aquellas personas dignas de una corona ; pero que el infierno las ha colocado cerca de uno de sus satélites. Sin embargo , me lisonjeaba de que renacería *aquel día* de paz y reconciliacion ; pero veo , caballero , que me voy llevando chasco.

Riberpré sonrióse.

El furor del anciano llegó al extremo.

—Sí , reios , exclamò: es lo único que os faltaba... Oh! Dios mio! Dios mio! iluminad á este hombre!... iluminadlo por piedad.

—Caballero , contestó el banquero esforzándose hasta el extremo y aparentando una serenidad completa ; aunque debiera incomodarme de vuestras palabras y resentirme de ellas... no lo hago , os perdono y compadezco los devaneos de vuestra encanecida cabeza. Por que , caballero , miradlo bien ¿qué hay de extraordinario ni criminal en mi conducta?... Me he separado de mi muger à los tres años de casado... esto todos los dias está sucediendo... Se casa uno creyendo que es partido ventajoso... y luego se separa uno ó bien porque los génios no convienen , ò bien por incompatibilidad de medios... Ya veis , no es esto mejor

que estar siempre de peleas? Mi... mi... mi...

—Mi muger! exclamó el abogado acsortando al banquero.

—Sí, señor, mi muger, me propuso que le dejase llevar á su hija consigo... se lo concedí. Le puse una pension, me parece que bastante regular para que no se viera en el caso de trabajar para vivir. ¿Mas de cuatro hubieran hecho esto? Ah! si cuando me casé con la señorita Marigny hubiese traído un gran dote me podría decir: «Dame lo que es mio.» Pero bien sabeis, Duvalin, vos que estais tan enterado en las interioridades de mi casa, bien sabeis, digo, que la señorita Clemencia Marigny no trajo de dote sino diez mil francos... esto no es nada: una cosa insignificante... además que el contrato se celebró en esa forma. Yo no me casé apasionado como un estudiante, sino por cálculo y prevision. Y bien, no doy yo á ellas mas de renta, que su dote les proporciona? mil ochocientos francos me parece que no son dos cuartos, Duvalin. No obstante me direis que es obligacion, pues tengo una hija y que debo coadyuvar á su educacion: me parece, caballero, que con la pension designada, hay lo suficiente para ello. Ahora, si despues que me separé... de mi muger, mi fortuna ha ido en aumento, nadie

tiene que ver con ello... pues es fruto de mis trabajos y desvelos. Por último, caballero, nada me ha llegado al corazón tanto como las palabras que se os han escapado sobre Camila y Elvina... sobre esos dos seres que tanto me interesan en este mundo. Porque si à la primera la amo y le doy el título de esposa... qué cosa mas natural? por qué no he de llamar así à una muger que me colma de caricias, cuyos cuidados son extremos y me consagra todos los instantes de su vida?... Por otra parte, el mundo no tiene precision de penetrar en todos los secretos de familias. Cuantos matrimonios no encontraremos en Paris á estilo del mio?... Oh! infinitos! si fuéramos á penetrar en el interior de cada casa, veríamos que casi todos los casamientos son así... Queridas y nada mas... queridas con el título de esposas. Esta es la forma, y el mundo no está mas que por ella. En cuanto á... Emelina, la otra hija mia, bien sabeis que me llama su padre... no puedo hacer mas, le doy un nombre y un título que merece. Pero volvamos á mi Camila y Elvina: os parece acaso monstruoso el cariño que les he prodigado?... es sin embargo tan natural, caballero. Separado de una muger... que no me convenia, habia de renunciar por esto à las delicias y pla-

ceres. El amor es un sentimiento que no puede preverse ni combatirse: pues bien, os lo confieso, amo à Camila, amo á su hija, mia tambien; me aconsejareis quizá que ahogue los sentimientos de la naturaleza, caballero?

El banquero calló. Mr. Duvalin que lo habia escuchado sin interrumpirlo y con una atencion profunda, contestó al fin:



6.

Ultima exhortacion.

Yo bien sé, caballero, que una pasión es digna de indulgencia; yo sé que el corazón es susceptible al imperio de estas, y por consiguiente debémos comprender las miserias humanas, mas no escuso el vicio y el desorden, originándose por este obsecamiento. Que una muger viva con un hombre, que el mundo los conceptue casados, sin serlo, es demasiado frecuente por desgracia. Cuando ambos son libres, el mal no puede caer sino sobre

ellos mismos , sobre sus conciencias , y nadie tiene derecho para zaherirlos y criticarlos, aunque estemos , como lo estamos , convencidos de que el matrimonio , obra de Jesucristo, sea el único vínculo verdadero del amor sobre la tierra, de esas simpatías , que uniéndose entre sí , llegan à alevarse hasta su autor divino como un incienso de holocausto y espiacion celestial. Quedos esposos reconozcan que sus gènios discordan y que sus inclinaciones son enteramente opuestas , entonces muy santo y muy bueno ; que se separen , porque así conviene para la tranquilidad de sus almas: pero que esto sea hecho con òrden , en paz , y despues de haber hecho un convenio legal y justo, sin embargo , algunos me creeràn demasiado indulgente ; mas en esto opino como vos , mas vale una separacion amigable , que una vida en peleas y discordias como la de un condenado. Por último , que una esposa se conduzca mal y falta á sus deberes y obligaciones, y entonces el marido la repudie y busque otra que le proporcione la paz y tranquilidad que la primera le quitara , tambien lo disculpo y lo conciento... Os lo repito , en todo esto estamos conformes ; pero desgraciadamente, caballero , vos no habeis hecho nada de esto: todo lo contrario ; y voy á probároslo muy

sucintamente. Mr. Marigny, el padre de la amable Clemencia, era el único vástago de una familia tan noble como antigua; pero pérdidas irreparables y contratiempos inauditos, le arrebataron bien pronto toda su fortuna, dejándolo en una triste medianía. Sin embargo, el buen anciano, del cual me envidio de haber sido su amigo, supo tolerar sus desgracias y soportar su infortunio; por que tenia una hija, una hija hermosa que era su único delirio, su único consuelo ya. Vos visteis á Clemencia una vez y á su hermosura os sentisteis sojuzgado... os apasionasteis de ella como un niño... Entonces pusisteis en juego vuestro arte maquiavélico, aparecisteis el amable... el sábio... el católico: pedisteis su mano presentando en garantía vuestra inmensa fortuna. Mr. Marigny os hizo presente que no podia dar un buen dote á su hija; mas que podia Clemencia contar con diez mil francos. Aceptásteis, caballero, aceptásteis, desgraciadamente á todo os convenisteis, sugerido por el ángel malo; y el infeliz padre, creyendo un partido ventajoso, os entregó su hija... la amada de su corazón. En cuento á Clemencia, conoció fuera gusto de su padre, y se sometiera al sacrificio de buena voluntad: puede ser que su jóven corazón, amante y ar-

doroso, os creyera justo y apasionado; porque su padre os escogia. Pobre muger!.. pero pronto la desengañasteis vos. Marigny murió seis meses despues del casamiento de su hija... Gran dicha para él! pues creia dejaba asegurado el bien estar de su hija... Què hubiera sucedido le si presenciara un desengaño tan terrible? No obstante, vuestra pasion durò algun tiempo; pero yo que os conocia perfectamente bien, veia que no habia de ecsistir mucho. Clemencia era sábia, virtuosa y cristiana; y una muger asi no podia conveniros de ningun modo. Necesitábais vos pues, una muger que no se opusiera á vuestros manejos indecorosos y mezquinos. Y bien, para que he de cansaros mas repitiéndoos lo que tambien sabeis: baste decir que á los tres años arrojásteis la máscara, atrayendo á vuestra casa la desolacion y la intranquilidad; llegando al extremo de traerlos con vuestra muger à vuestra querida misma, y viendo que Clemencia se opusiera à una medida tan caprichosa y brutal, le dabais unas palizas terribles para que huyese... Oh! Dios! la infeliz lo hizo al fin, llevándose á su hija; y entonces la infame Camila entrò en esta casa triunfante y victoriosa. Caballero, os lo repito, el hombre que se conduce como vos lo habeis hecho, es un pillo, un cana-

lla , digno de que el mundo lo desprecie y afrente.

—Caballero , me insultais.

—No , caballero , no , no trato de eso; os he llamado un canalla , es verdad , la palabra es algo dura ; mas soy legista y la curia tiene sus términos propios y particulares.

Riberpré se levantó , paseándose à pasos acelerados por el gabinete: una palidez terrible se pintaba en sus facciones y temblaba à la vista del anciano , lanzándole unas miradas aterradoras. Mr. Duvalin se hacia el desentendido.

Un ruido sordo resonara de pronto en el aposento; Riberpré se inquietó hasta lo sumo: creyó que sin duda la conversacion habria sido entendida por alguno. Corre , registra , se informa y no vé nada. Tal vez se haya equivocado: seria el viento: seria... quien sabe!

No obstante este incidente maravilloso, cambió en parte su cólera , y lo calmó un poco dirigiéndose con dulzura al anciano , continuò:

—Caballero , por última vez ; si dais en la gracia de venir aquí hecho un padre misionero , os suplico que no vengais: pues , la verdad , no me gusta tratar mucho con personas que me llamen... canalla.

—De veras? preguntó Duvalin con acento burlon, impropio de su actitud y adustez. Pues mire usted, creyera yo que esa palabra os fuera bastante familiar. Pero bien, sea así, caballero, yo no volveré mas... ya se concluyeron mis visitas... Teneis razon, acabèmos de una vez y arreglémos el asunto para siempre. Vuestra hija... cuidado que hablo de vuestra hija legítima; porque yo, á la verdad, no conozco otra, y ni vos la conocereis ante la ley. Vuestra hija Emelina tiene diez y siete años y es hermosa chica... eso á vos no os importará nada, como *buen padre*... Pero no obstante esa niña será algun dia vuestra heredera... qué tal, os disgusta, eh? pues á mí no... Tal vez me digais que podeis hacer bancarrota y... estoy en todo y os creo capaz de cuanto malo haya en el mundo. Sin embargo, arreglémos el negocio lo mejor que podámos: tengo entendido que se le ha presentado á la muchacha un partido ventajoso. Pues bien, dõteme usted á la chica que voy á casarla y os dejo en paz, gozando de vuestras delirios y placeres.

—Casarla!

—Sí, señor, voy á proporcionarle un hombre que haga su felicidad, un protector, ya que su padre no quiere serlo.

—Pues, caballero, id á las que os envian y decidle que no doy nada mas que lo estipulado.

—A las que me envian! si à mí no me envia nadie... Esas desgraciadas que habeis rechazado de vos, son demasiado buenas, demasiado indulgentes para pedir os nada. Son capaces de sufrir la miseria hasta lo sumo, sin que de su boca salga la mas mínima queja.

—Me parece que con mil ochocientos francos no llegará ese caso.

—Pues bien, yo he venido á veros porque creia era mi deber, porque sueño con el porvenir de Emelina, porque no deseo mas que hacer feliz á esa inocente. Sois rico, caballero, y no os conceptuo ton tacaño que rehuséis un dote á vuestra hija legítima... aunque sea modesto... se contentará con cualquiera cosa à fin de poder establecerse... Ese es vuestro deber.

—Caballero, yo haré lo que mejor me parezca y quiera... y vos no teneis derecho alguno para dictarme leyes... Repito que nada me obliga á dotar á esa... hija. Yo he recibido diez mil francos de su madre, al casarme con ella... Si es estolo que quieren, estoy pronto á darselo... pero retiraré la pension asignada.

—Hombre indigno! exclamó el anciano di-

rijiendo á Riberpré una mirada de desprecio. Y no temereis que yo mire el asunto de otro modo?... que patentice vuestra conducta y la haga pública quitándoos la máscara que os encubre?..

—Podeis hacer lo que gustéis... Asi como asi, serán pocos los que os crean... los mas lo atribuirán á... chochera... un devaneo de vuestros muchos años.

—Ah! bien conozco de donde parte vuestra confianza. Sabeis que la misma muger á quien tanto habeis ofendido, será la primera en suplicarme vuestro perdon, será la primera que me ruegue os deje; que no descubra la corrompida conciencia del padre de su hija. Si vos sabeis todo esto... porque conoceis sus virtudes, su corazon y sus puros sentimientos, y fiais en ellos. Pero me conoceis á mí y debéis estar convencido que sabré acallar los ruegos de vuestra legítima esposa y... vengarme de vos terriblemente; porque desoís los gritos del deber y la conciencia... Confiais en vuestros amigos tan malvados, los mas como vos mismo; pero ignorais que hay ciertos crímenes que horrorizan al hombre mas desalmado?

El banquero paseábase por el gabinete desentendiéndose de cuanto hablara Duvalin, y talareando una cancioncilla. El virtuoso an-

ciano , despechado con tanta audacia y altanería , cojió el baston y el sombrero , y con toda la ligereza que sus años le permitieran, corriò á la puerta del gabinete. Entreabriò la mampara , y volviéndose al indolente padre, le dijo con dignidad y calma aparente:

—Caballero Riberpré, en el largo periòdo de mis años , siempre he visto que el malvado , tarde ò temprano la paga. Dios es justo... algun dia quizà os acordeis de estas mis ùltimas frases... pero serà tarde.

Duvalin partiò. El banquerò miró hácia la puerta y sonrióse con malicia: despues sentóse en la butaca , y metiéndose las manos en los bolsillos del pantalon y estirándo las piernas, exclamó:

—Por fin, se fué. Habrà viejo marrullero!.. vamos , está el pobre de remate... chochea á mas no poder... Vea usted que amenazas!.. què podrà decir de mí?.. Que he dejado á mi mujer y estoy viviendo con otra?.. El mundo se reirá de él ; y mientras que yo tenga dinero, buena mesa , coches y lacayos, à mí me dará la razon... Lo que es menester que ese viejo de Satanàs no venga mas por aquí: cada visita suya es una enfermedad para mi pobre Camila.

De nuevo oyóse el anterior ruido. Riberpré corriò hácia dentro y volviò á registrar.

—Nada. Ni lo mas mínimo. ¿Serán contagiosas las chocheras de ese viejo? Pues señor, con su endiablada conversacion me olvido de Camila, de mi adorada Camila, que será la dueña de mi corazon, á pesar de ese fervoroso misionero. ¿Que lástima no fuera capuchino! Remi! Remi! (llamando y tocando la campanilla.)

El criado se presentó.

—Que enganchen mi berlina.

—Está bien, señor. (El criado se inclinó hasta el suelo.)

Dos minutos despues, Mr. Riberpré partia para Eughlien, en una primorosa carretela.



7.

El robo.

TAL vez se haya ya olvidado un cierto Garguille , personaje bastante ignoble y mezquino , que figurò en el capítulo quinto del tomo segundo , hablando con Roberdin , leñador y propietario de la miserable choza que habitara el Amante de la luna , el mismo dia en que madama Clermont y su hija Emelina fueran á ella , para dar gracia à este por la salvacion de la tierna jòven.

El tal Garguille , ladron de profesion y

maestro consumado en el arte de las cinco uñas, habia ido, segun vimos, à hablar à Roberdin de un *cierto negocio* muy importante.

Roberdin que parece estaba ya haciendo penitencia de sus culpas, resistiò en un principio las ofertas del espiritu tentador; mas al fin, dominado por el aguardiente, se desvió un poco de la senda de los cielos, y preguntò à su interlocutor:

—De qué se trata?

—He hecho una conquista.

—Bueno.

—Moza de casa.

—Retebueno.

—En Paris, calle de Saint-Germain-des-Pres, es donde vive mi nena.

—De mistò.

—Pues verás, la tal, en un principio me creia dorador, y yo no quise desengañarla en este buena creencia. Por supuesto, al segundo dia ya me habia yo colocado en su boardilla. Mi primera operacion al entrar, fuè mirar el cuarto haber si podia cojer algo: mas pronto me desengañé que no tenia mas que siete francos y dos sueldos. Quitar aquello à la pobre, hubiera sido una infamia. Un dia, estando asomado à la ventana de mi princesa, noté que la casa

contigua era suntuosa y que tenia una chimenea, por cuyo cañon, construido á la antigua, podia descolgarse por él un hombre; y no como las de hoy dia que apenas caben por ellas un gato. En una palabra, *miré y comprendí*. Cuando de repente sale un humo espeso de la chimenea y dice mi chiquilla:

—«Calla! parece que el señor banquero Tirapies tiene frio.»

—«Monona, el vecino de la chimenea es un banquero?»

—«Y con muchos jandeles.»

—Ya tu comprenderás si empezaria yo à meterle los dedos para que vomitara todo lo que supiera. Por último, he sabido que es un ricacho consumado; y es de fijo un gran golpe manejado con tino. Y ahora qué esperamos?... una ocasion oportuna en la que la casa esté sola y presentarnos tranquilamente en ella, colando por lo chimenea. Yo espero este momento... cuando llegue te avisaré. Bien sabes tú que soy *un excelente corredor en negocios de ese género*. Lo que es este lo haremos entre los dos y partiremos como amigos, que no hay duda sacaremos bastante *parné*.

Roberdin, por toda respuesta, abrazó á Garguille; la santificacion se la llevó el diablo en un segundo.

Ahora , con este pormenor me parece que conoceréis , amado lector , la causa de aquel duplicado ruido que inquietara , por dos ocasiones , al afortunado banquero.

Cinco minutos harian que Mr. Riberpré hubiera salido , cuando dos hombres salieron de la chimenea. El primero era Garguille , el segundo Roberdin.

Garguille , à gatas , apareció en la escena; despues se levantò , y andando de puntillas, se dirigió á la puerta del gabinete , la abrió y mirò á todos lados.

—No hay nadie , dijo á Roberdin , ya han tocado de suelas... Pero voto á Cribas! que hoy se ha detenido el tal banquero, mas de lo regular... No obstante mis informaciones estaban bien tomadas: todos los dias à las dos, se marcha el principal á Eughien á ver su consorte. Entonces la casa queda sola... y lo demás es claro como el agua de la roca... embrollas no hay... todo es limpio... de manera que podemos *trabajar* con todo reposo... con la mayor tranquilidad posible.

—Entonces por qué habia aquí tantas gentes charlando ahora poco? preguntó Roberdin mirando à todas partes con desconfianza.

—Tendria visita.

—Canario con la visita! que nos hizo tre-

par dos veces para arriba , que por poco nos espaturrarnos.

—En primer lugar , asaltèmos á la caja y forcèmos los candados.

—En primer lugar , asegurémonos de que estèmos solos... enteramente solos.

—Hombre , tienes miedo?

—No , pero la prudencia es madre de la seguridad.

Garguille fuè , empujó la mampara del gabinete y penetró por las habitaciones interiores.

Mientras tanto , Roberdin sacó un manojó de ganzúas y empezó á probarlas en los candados y cerraduras.

—No hay nadie , exclamò Garguille volviendo de allá dentro ; no hay mas que un gato que duerme con todo descanso en la hornilla. Amigo , hemos topado con un palacio... que alajas!.. que muebles tan ricos!.. Vamos , si tenemos donde pescar en grandola... Todo està abierto , por manera que no tenemos mas que cojer y marchar.

—Eso serà si tenemos lugar.

—Pues quien nos dá prisa. Pardiez! el amo se queda en Eughien á pasar la noche... nada , estàmos en nuestra casa ; podemos comer y beber con todo descanso.

—Mas tarde... mas tarde... apresurémonos ahora, que no sabemos lo que podrá suceder

—Sabes tú, camarada, que eres pájaro de mal agüero?

Roberdin, sin escuchar à Garguille, siguió en su faena, que si bien trabajosa en un principio, al fin cedieron las argollas y pestillos à los repetidos y sordos golpes.

La caja cedió al fin. Abrieron los cajoncillos y los encontraron llenos de oro, plata y de billetes de bancos.

—Magnífico... soberbio... exclamò Garguille contemplando tanta riqueza.

—Ea, pues cojámos lo que podámos, y toquémos de suelas cuanto puedan nuestros *pin-reles*; dijo Roberdin siempre temeroso, y desconfiado.

—Cá, chico, toma, toma, vé poniendo todo esto sobre la chimenea.

—Roberdin iba llevando los sacos de monedas.

—Dime, y como diablos vamos á llevar todo esto? No hay una cosa mas pesada que el dinero.

—Llamarémos á los guardias-civiles para que nos ayuden.

—Garguille, tú te chanceas y pierdes el tiempo: anda, deja eso y vamos ya.

—Bá! bá! bá! pues si nos queda lo mejor. Los diamantes y los cubiertos. No sabes tú que los banqueros guardan tambien todo esto como parte del tesoro general?..

—Pero despáchate , no vengan.

—Que han de venir! si estamos en...

Garguille no pudo acabar: sintióse el ruido de una llave que abria una puerta y despues voces de algunas personas que entraban con alegría y algazara.

—Perdidos , estamos perdidos!.. balbució Roberdin con terror. Ya llegan... ya...

—Voto á brios! que la hemos hecho... Par-diez! donde he puesto los billetes de banco?.. donde?.. uf! que horror!

En su terror y agitacion violenta , el ladrón no viera los objetos que sobre la chimenea pusiera , no teniendo tiempo mas que para echar á correr , llegar al dormitorio , abrir la ventana , medir la distancia que habia de esta al corredor y tirarse por ella. Garguille llega al corredor sin la menos lesion , gana este y sale por la puerta cochera, antes que el robo fuera conocido.

Roberdin , teniendo menos ánimo y espíritu , huye tambien al dormitorio y mira la distancia de la ventana al corredor: mas era tarde , el conserge se paseaba por delante , ad-

mirado de haber visto salir à un hombre que no viera entrar. Roberdin hubiera marchado por la chimenea, mas no era tiempo tampoco; el pobrete no le quedó mas recurso que envolverse entre las colgaduras del balcon.

En el momento en que el banquero llegaba à la barrera de san Denis, acordòse que Camila le habia encargado espresamente que se llevara una cajita de colores que habia comprado para Elvina, y que estaba en su costurero. No queriendo que su muger le riñese por cosa tan corta, Riberpré mandó volver à tràs, llegando de nuevo à la puerta de su casa.

En un principio tuvo la idea de subir solo, pero se acordò que tenia que llevar unos libros à Camila, y le dijo à Remi que lo acompañara; encargàndole al portero que tuviera cuenta con el cabriolè.

Al entrar en su casa, en vez de directamente dirijirse à la cámara de Camila, un presentimiento instintivo lo llevó à su escritorio.

Apenas diera un paso en su gabinete, presentòse à su vista el espectáculo triste del robo; la caja abierta, el dinero y billetes esparcidos por el pavimento. Un grito sordo cesalara el banquero à vista de aquel desastre: detiènese, y apoyàndose en el dintel de la puerta,

murmuró con una voz sumamente debilitada por el terror:

—A mí!.. Remí!.. Robado!.. me han robado!.. me han robado!..

El criado entró y se quedó estupefacto como su amo; mas pronto recobrándose de la sorpresa y entrando en el gabinete, miró á todos lados, registró, no vió nada, y asomándose á la ventana que continuaba abierta, llamó al conserge que seguia paseándose por el corredor.

—Picard, cierre usted la puerta y subid con el fusil. Han robado al amo.

Entre tanto Riberpré, tomando ánimo y sacando fuerzas de flaqueza, corre á la caja, la registra y la encuentra medio vacia. Oh! un grito doloroso escapóse de su pecho; mas vuelve la cara y vé la chiurenea sembrada de sacos y billetes; corre á ella, cuéntalos detenidamente, y dejándose caer en su poltrona, esclama radiante de alegría:

—¡Oh Dios mío! todo está completo... nada se han llevado, gracias al cielo, he llegado á tiempo... mas no hay duda, los ladrones están en casa, puesto que no han tenido tiempo de llevarse nada.

En este momento el portero entró con su fusil asustado y contraído. Mientras que Re-

mi , andando de aquí para allá , dió un grito de alegría , exclamando:

—Ya tango uno... venid... venid... lo he cojido en el garlito.

En efecto , el criado , registrando por el gabinete , dió fácilmente con Roberdin , que , al envolverse entre las cortinas , se habia dejado un brazo fuera: cojióle por él y sacólo sin que el ladron hiciera la menor resistencia.

A la vista de este individuo , en blusa , que Remi tuviera cojido por el brazo , y que estaba tan tranquilo como si viniera á despachar algun negocio , Riberpré , armado con dos pistolas , no pudo reprimir su cólera y exclamó:

—Miserable! y eras tú el que me ibas à robar?... mas tú no estarás solo... tus compañeros se habrán escondido tambien... Picard, id y avisad á los gendarmes... Un momento, aguardaos , no quisiera que os fuèrais, porque si hay aquí alguna cuadrilla... Remi y yo no somos suficientes para contenerla.

—Oh! no temais nada ; dijo Roberdin con suficiente calma y clavando sus ojos en el banquero. No èramos mas que dos , mi camarada que era mas ligero que yo , tocó de súelas por la ventana y se marchó por el corredor. Es imposible que el conserge no lo viera salir.

—En efecto , dijo Picard , un hombre que no viéramos entrar, ni mi muger ni yo , salió por la puerta cochera , con infinita calma y tranquilidad.

—Y no lo detuvisteis? exclamò el banquero.

—Y por qué habia de hacerlo? yo no sabia que os habian robado; y luego, como el perillan iba con tanta calma , pues al pasar me dijo: «Beso á usted la mano.» Quien habia de creer?..

—Y no érais mas que dos? volvió á preguntar Riberpré dirijiéndose á Roberdin. Vamos , habla y no me mientas... ya estás cojido y de nada te serviría el engañarme ; mientras que si me dices la verdad y me nombras tus cómplices , te servirá , á lo menos , para estar en prision pocos meses.

Roberdin, como hemos dicho , miraba de hito en hito á Riberpré como si quisiera acordarse, y no pudiera, de cierta persona que en otro tiempo le era muy familiar.

—Os repito , caballero , que no éramos mas que dos: podeis creerme ò no: en eso hareis lo que gustéis. Mi camarada salió por la ventana y de esta por la puerta cochera; prueba de ello que vuestro portero lo ha visto salir. En cuanto á lo de denunciar á mis cóm-

plices ; no está eso en mi cálculo , caballero ; aunque ladron , tengo mis principios y sé portarme como hombre de honor... El otro se las tocò: ese fué mas afortunado... Todo se reduce á que yo pague por el y por mî...

—Mas , al fin , por donde habeis entrado? Este portero ya veo que es un... bribon. Pues! no hay mas que dejar entrar y salir en casa á todo el que quiera y le dé gana?... Hoy mismo voy á ajustarle á usted la cuenta...

El conserge iba á hablar , con los ojos bañados en lágrimas (efecto de la amenaza de perder su empleo), cuando Roberdin lo detuvo.

—No temais nada , portero , estais mas blanco que la nieve , y... por la puerta que nosotros hemos entrado no està bajo vuestra salvaguardia. Sí , señor (volviéndose á Riberprè) la puerta por donde hemos entrado es por el cañon de la chimenea. Nos estábamos paseando por la azotea , y reparamos en vuestra chimenea , que nos convidaba con su enorme boca ; entonces se nos ocurriò le idea de descender por ella y venir á hacer una visita... al amo de la casa.

Apenas el banquero oyera hablar de la chimenea , corre á ella , y montando una pistola , la dispara por el cañon de esta. Todos escucharon á ver si se oyera algun doloroso

grito; mas no se oyera sino el silvido de la bala que se perdiera en el vaclo de los aires.

Roberdin sonrióse.

—Y creiais que hubiera ahí todavía alguien escondido?

—Ya vè usted, mi amo, que no ha sido culpa mia ni de mi muger, esta ocurrencia; dijo el portero con aire fiero y engreído. Nosotros tenemos obligacion de guardar las puertas, mas no los techos. Y sin embargo, ya nos ibais á despedir, cuando nos desvivimos en vuestro celo y en vuestro servicio.

—Bien, ya estoy convencido de todo, Picard; lo que se necesita ahora es que marcheis á casa del comisario y que se presente aquí inmediatamente, con sus agentes... En casa de Mr. de Riberpré.

Pero Roberdin al oír el nombre de Riberpré, escapó una ligera sonrisa, clavó en el banquero una mirada penetrante y exclamó:

—Sí, sí, que vengan á prenderme... Par diez! ya es tiempo de retener al compañero de Montriél... á su amigo de galera... Sí, que venga el comisario, justamente tengo que delatar tambien por mi parte, quien fué el individuo que robó á Montriél, á ese honrado comerciante... que hizo la barbaridad de fiarse de un pillo.

Al nombre de *Montriel*, Riberprè palideció y sus ojos se fijaron en el suelo. Despues, deteniendo al conserge que se disponia á cumplir sus órdenes, esclamò:

—Picard, aguardaos... he reflexionado, y tal vez sea inútil la delacion. Remi, registrad á ese hombre... aseguraos de que no viene armado.

Remi ejecutó la órden de su dueño. Roberdin dejóse registrar sin oponer la menor resistencia.

—Nada: dijo el criado.

Riberprè reflexionó algunos momentos.

—Alejaos, replicò dirijiéndose á los criados; idos al corredor, os llamaré cuando os necesite... Al primer grito, á la primera exclamacion, estad prontos. Necesito interrogar á solas á este hombre. Marchaos.

Los criados salieron con no poca sorpresa, pues les parecian mentira lo que vian.



El convenio

RIBERPRÉ, siempre armado con la pistola, cerró la mampara del gabinete, y volviéndose á Roberdin, le dijo:

—Creo que ahora poco pronunciasteis el nombre de un tal Montriél, detenido en galeras... Conoceis à ese hombre?

—Me parece... Y vos tambien.

—Yo!!! por què lo pensais?

—Oh! estoy convencidísimo de lo que digo; vos tal vez no me hayais conocido, mas

yo sí. Cuando os ví, una ligera reminiscencia hirió mi cerebro y... ya lo creo! ocho años que hace de que os ví por vez primera, cuando estaba en galeras con el tal Montriél á quien le haciais muy amenudo visitas y...

—Etais, hombre, engañado completamente.

—Oh! no lo creais; al principio fluctuaba en la incertidumbre, mas vuestro nombre Riberpré me ha sacado de ella. Sí, me acuerdo de que el pobre Montriél cuando estaba confiado conmigo, me decia: «Ay amigo Roberdin! de quien podrá uno fiarse en este mundo? Yo habia puesto toda mi confianza en un banquero... un traficador de negocios (cuidado que hablo por Montriél) que habrás visto venir aquí varias veces á hacerme su visita... un tal nombrado Riberpré, que tiene la habilidad de enriquecerse á costa del prójimo, robándole hasta los tuétanos. Poseia yo un cuartito, única cosa que habia podido escapar de las manos de la justicia, perfectamente amueblado, en el que tenia bastantes riquezas, alajas y objetos preciosos. Remití á Riberpré la llave de este cuarto que tinia bajo un nombre supuesto, y en el cual habia de riquezas sobre unos diez y seis mil francos lo menos. Pues bien, estaba yo hacia tiempo en galeras, cuan-

do presentándoseme ocasion , mando á un conocido , bajo mi recibo , para que le pidiese algo á cuenta ; y sabes tú lo que le contestó el tunante (hablo por Montriél): «Amigo , no entiendo jota de lo que me decis ; no conozco á semejante hombre.» Por último , me ha robado y me lo ha negado todo.»

Durante la narracion de Roberdin , Riberpré estaba mudo y consternado. Algunos momentos se pasaron en la cabilacion mas íntima: al fin dijo con un desahogo increíble:

—Me estais refiriendo una historia que ignoro completamente... Maldito si conozco mas que de oidas á ese galeote.

—Tal vez! mas yo le contaré al juez de instruccion esta misma historia , y puede ser que él dé con el otro Riberpré... que sin duda será algun pariente vuestro muy cercano.

—Què decis? delirais! ese Montriél murió el año pasado ahogado en el rio.

—Ah! cielo! murmuró Roberdin sonriendo con malicia. Usted , caballero , no conoce á Montriél , segun decis , mas á mí me parece que solo su nombre os hace temblar. Es verdad , el infeliz murió el año pasado! apuesto á que bailaríais unas boleras de gusto ; diríais para vos: «Se murió el perro se acabó la rabia: seguro está que me reclame ahora el

depósito confiado.» Pues se engañó usted de medio á medio, señor mio. Porque conservo en mi poder documentos incontestables, en que se prueba sois un tramposo, embustero y defraudador de bienes; el cual declara como y cuando se os hiciera la antrega; y número de alajas que contuviera la habitacion. Hay mas, una nota en que dice, que si algun dia puedo yo haceros *aire*, es decir, demandaros, me nombra su único heredero. Conque ya lo veis; mandadme vos prender, y contad yo vuestra anecdota con Montriél, será todo una misma cosa; luego añada usted el que yo presente mis documentos al juez de instruccion y ya vereis como os divertis, camarada.

Riberpré meditó un buen rato: despues, sentándose en su butaca y soltando la pistola, exclamò:

—Bien, arreglèmos este asunto de una vez, y compongàmos pacíficamente el negocio.

—Pues! esa es mi intencion, yo estoy por la calma y tranquilidad... ahora, el que me busca me encuentra.

—De nada serviría llevar contigo adelante la ficcion, y por lo tanto te harè ver que ese documento que posees es lo mismo que un papel mojado. Y mucho mas, que los tribunales no daràn la razon á ningun galeote, puesto que

yo haré ver que es un golpe que se me dirige para deteriorar mi probidad y honradez.

—Ya! pero el portero del cuarto que Montriel ocupara, os reconocerá y dirá fuisteis vos el que sacara los muebles.

—Calla, tonto, me crees tan habieca que haria yo por mí mismo la comision? No: mandè un individuo con un billete que decia: «Al dador de este le dejarà usted sacar todos mis muebles y demás de mi pertenencia, despues de pagaros el alquiler del mes de la fecha.» La firma de este billete era *Ledoyen*, nombre que habia tomado tu camarada cuando arrendó la vivienda: conque ya ves tú que relacion tiene este negocio con el galeote Montriel y el banquero Riberpré.

Roberdin se rascó la oreja y murmuró:

—Mi amigo tenia razon, ya veo que sois un pillo de siete suelas... pero aunque ganeis el pleito, siempre os pondreis en berlina y vuestra fama decaera y no poco... pero dejémos eso, y arreglémonos pacíficamente.

—Mas no creas que tema tus documentos; prueba de que tu mismo conoces su poco valor, cuando no has tratado nunca de hacer uso de ellos.

—Eso no. Ya veis que en mi posicion para hacer una demanda á la justicia, se necesita

una ocasion como la presente. Y luego yo ignoraba completamente vuestro paradero... y à no ser por esta ocurrencia...

—Pues bien, siendo asi que no habeis consumado el robo, escepto algunas piezas de à cinco francos que se ha llevado tu colega, te perdono y te dejo libre; y tñ callaràs sobre el asunto de Montriél.

—Convenido: trato hecho.

—Y tñ me entregaràs esos documentos...

—Y para qué diablos los quereis, sino os interesan?... vamos, será un capricho. Pues bien, señor banquero Riberpré, yo quiero quinientos francos por esos papeles... no es mucho en verdad, para un hombre de un fortunon como vos.

—Bien, nos verémos, contestòle Riberpré... Por lo pronto, donde vives tñ?

—Oh! yo soy ahora un hermitaño... un monje recoleto; y maldito si pensaba ya en robar, si ese canalla de Garguille no hubiera venido à tentarme... Mi domicilio politico lo tengo ahora en Corbeil... es decir, fuera de la villa; pero no hay mas que preguntar por el leñador Roberdin, y todo el pueblo os darà razon... Además que mi choza es fácil de encontrar... yendo por Champrosay à mano izquierda,

El nombre de Corbeil hizo que el banquero frunciera el entrecejo.

—Ah! tú habitas en Corbeil?... y hace mucho tiempo?

—Desde que cumplí mi tiempo... vá para tres años.

—Y vas tú muy amenudo à la aldea?

—Muchas veces, pues en ella tengo mis visitas... mis conocimientos. Y ademàs, como ahora poco os dije, tengo sentada mi fama de hombre de bien.

—Y conoces en Corbeil dos personas... dos señoras... madre é hija... la madre tendrá treinta y siete años... la hija sobre diez y siete... llaman á la madre madama Clermont...

—Madama Clermont y su hija! exclamò Roberdin mirando con intencion á Riberpré y riéndose con malicia. Ya!.. os comprendo, amiguito... os veo venir.

—Por qué dices eso?... crees por ventura que yo...

—Perdone usted, caballero. Son dos mugeres tan hermosas!.. Sobre todo, la madre es de aquellas cosas que le hacen à uno perder la chabeta... Pues y la hija!.. es buen bocado tambien.

—Luego, la conoces?

—Quien no ha de conocer á esas mada-

mas? hacen raya en Corbeil por lo bello. Sobre todo la hija.

—Hombre, tan guapa es?

—Como pocas, creo no habrá en Paris... que digo, en Paris! en toda Francia, una jò-ven como ella.

—Y sabes tú, si tienen muchas relaciones... muchos conocimientos, con las personas que van de Paris á pasar la temporada?

—Tanto como eso no dirè; pero si quereis lo sabrè muy pronto; pues en Corbeil, como en todo pueblo chico, se sabe toda la vida y milagros de cada vecino... si duermen ó no con gorro... &c., &c.

—Pues bien, me alegraria saber algo concerniente à esas damas, y para cuando vaya à verte...

—Oh! para entonces os contaré todo del pé á pá.

—Sobre todo, maese Roberdin, mucha discrecion, que no se sepa jamás que tienes relaciones conmigo.

—Descuidad: de mi silencio pende mi seguridad.

—Y entre tanto, espero no vengas mas á robarme, y puedes decirle à tu camarada que voy á poner dos rejas en la chimenea, una arriba y otra abajo.

—Descuidad, caballero, no os he dicho, que yo ya estaba haciendo vida penitente? pero mi cólega me ponderò tanto el *negocio*, que fué imposible resistir. Lo que es por él no tengais tampoco cuidado; tiene hechovoto de no volver á ratonera donde estuvo á pique de ser pillado. Asi es, que cuando vayais à Corbeil, podeis hacerlo con toda seguridad de que os conozcan; pues mi barraca está en la floresta desierta, y no concurren á ella mas que carreteros y pastores.

—Pues bien, iré; no te digo cuando, pero te aseguro que iré. Ahora, *marchate*.

—Estais, señor, seguro de que nadie correrà trás de mì?

—Segurísimo. Veràs como arreglo el *negocio*.

El banquero abrió la mampara del gabinete y llamó à los criados. El portero corrió con el fusil, y el ayuda de càmara con el estoque.

—Señores, dijo Riberpré señalando à Roberdin que, con la cabeza baja, parecia sumido en la mayor vergüenza y bochorno. Este pobre hombre acaba de confesarme su crimen, y al mismo tiempo la historia de su vida. El infeliz tiene hijos... sumidos en la miseria y sin tener un pedazo de pan que darles... en

fin, él está arrepentido y me promete que si lo deajo libre se enmendará. Ya veis, señores, es menester compadecer al desgraciado... así como Dios perdona al pecador. Anda, desgraciado (volviéndose al truhan de Roberdin) toma esos diez francos, socorre con ellos á tu familia... Vete, busca trabajo y trata de ser hombre de bien... Anda, infeliz.

Diciendo así puso en la mano de Roberdin dos monedas de cinco francos. El pecador arrepentido los tomó y salió del aposento con una cara compunjidísima.

Remi y Picard estaban atónitos: no sabían que creer, y les parecía mentira lo que acababan de ver.

El banquero que notara la admiración de sus domésticos, echó el último ribete á la empanada con estas místicas palabras:

—Hijos míos, odiemos el delito y compadezcamos al delincuente... Ese pobre hombre se enmendará, esta lección de moral ha obrado en su corazón con más poder que el más severo castigo.

—Oh! que caridad tan acendrada!

—Oh! que corazón tan cristiano!

(Coro de los criados, amado lector.)

—Tú, Remi, continuó Riberprè, así que conceptuara á Roberdin bastante lejos: vas á

dormir esta noche aquí , completamente armado , y mañana harás que venga un albañil y ponga dos rejas en la chinemea , una arriba y otra abajo.

—Está bien , señor.

—Tú , Picard , vigilancia , cuidado con dejar entrar á nadie cuando yo esté fuera ; y sin que diga su nombre cuando esté en casa.

—Descuidad , señor.

Los criados se alejaron.

—Pobre caja , que ataque has llevado ; pero por fortuna , tengo la Amsterdam , vacía hace tiempo , y la ocuparemos ahora.

Diciendo esto , el banquero empezó à meter en la referida caja , el oro , plata , y billetes de banco , que los ladrones habian esparcido por la chimenea.

Pocos momentos despues , habiendo vuelto á encargar à sus sirvientes el celo y vigilancia , montò solo en su cabriolè , y se dirigió hácia Eughien.

Durante el camino , asaltaron á su cerebro las diversas incidencias que le habian pasado aquel día. Las palabras de Duvalin herian su alma y su corazon ; y el robo , afortunadamente librado , lo creia como un castigo del cielo. Pero poco durò esta meditacion , pues Riberpré la rechazó de sí , como se rechaza todo

lo que nos inquieta y molesta. En seguida presentóse á su imaginacion el retrato que Roberdin habia hecho de la belleza de su hija y murmuró estas palabras:

—Es indispensable que yo vea á Emelina... tendré cuidado que Camila no se entere... para esto tomaré yo mis precauciones.

Poco despues, añadió:

—Por otra parte, necesito cuanto antes hacerme de esos papeles de Montriél... el tal negocio me costará quinientos francos... pero tambien me reporta diez y seis mil... es un negocio como otro cualquiera... aunque no esté admitido en las reglas de comercio.



Sabiduría de Saucissard.

Los dias se suceden y el tiempo pasa volando para unos, y eternizándose para otros, lo cual depende de la inversion que à este se le dá.

Desde la observacion hecha por Felicia en el pabellon del jardin, no habia vuelto mas Bouchonnier á saber de ella; esperando, aunque en vano, una carta de la linda morena, en la que le previniese fuera à verla. Mas á pesar de no realizarse esta esperanza, no se atrevia el panzudo caballero el ir á su casa, temien-

do no encontrarse con Isidoro ; pues este, desde que era tambien el amante de su prima, fingia à Bouchonnier estar apasionadísimo por Felicia.

En su defecto Mr. Bouchonnier ha ido à casa de Adela Rotin , pues como le hubiera entregado lo prometido , el ingrato consorte se creia con derecho de frecuentar su casa, en la que esperaba encontrar á lo menos noticias de Felicia.

Pero la señorita Tintin no tenia por el gordo señor mas que un capricho interesado. Habiendo una vez llegado á obtener su schal y esclavina, que aquella opinaba , lo tenia reganada ya , Bouchonnier se le importaba nada ; por lo cual tenia prevenido à su doncella que siempre que el tal individuo se presentara en su casa , contestara que su señorita estaba en el Havre.

Bouchonnier suspiraba , no tanto porque deseara ver á Tintin , como por saber algo concerniente á Felicia. Para consolarse y dar aumento á su agotada paciencia , murmuraba el robusto señorito:

«Una muger que hace tan grandes sacrificios por poseer un chaleco de franela , no será para olvidarse tan breve del que lo ha llevado sobre sí. Probablemente aguardará una

circunstancia favorable para darme una cita, y esta circunstancia aun no se le habrá presentado.”

Pues vamos á su esposa, á la apreciable Elmonda, que cada vez se le van haciendo mas insupportables los amores de Emelina y de su primo.

En un principio de sus relaciones, creia que jamás esta circunstancia la mortificase ni tuviera celos de Emelina; pues reflexionaba que las de esta eran relaciones platónicas, y las suyas positivas; así es, que este derecho tan exigente, la hacia soportar con agrado los amores de su amante. Mas luego que Elmonda conoció estaba real y efectivamente enamorada de su primo, unos voraces celos, por la virtuosa jóven, consumian su pecho; y deseaba con ansia el rompimiento de su primo con la casta jóven.

Mas á pesar de todo esto, la linda esposa continua visitando á sus vecinas y tratándolas con el mismo afecto que antes, porque ve que Isidoro la observa y conoce que el menor acto de indiferencia, por su parte, hacia madama Clermont y á su hija, seria causa de un disgusto inconcebible para su tierno amante. Por último, si casualmente estas damas dejaban de ir algunos dias á casa de madama Bouchon-

nier, el jòven primo preguntaba á esta la causa de esta estrañeza y obligaba á su querida á que fuera á hacerle visita.

Algunas veces la pobre Elmonda no puede disimular su tristura, y confiesa á Isidoro cuan penoso le es verlo junto á Emelina, y su corazon se deshace de sentimiento; llora, suplica... la tierna esposa en estos momentos está interesantísima. Entonces Isidoro la consuela y le jura un amor eterno; mas á pesar de esto, se vá y està mucho tiempo sin parecer.

Estas escenas tan tristes para su corazon, amante, tierno y decidido, hacen que madama Bouchonnier esté siempre de un humor endiablado; que todo le fastidia, todo le choca, todo le contraria: en vano el pobre marido se afana por contentarla y darle gusto en todo cuanto puede; pues no consigue mas que perder el tiempo. Pero como Elmonda tiene que dar alguna disculpa de este cambio repentino, en su afable carácter, vuélvese á Bouchonnier y llenándolo de improperios, le prohíbe vaya á Paris bajo ningun pretesto. Entonces el bienaventurado esposo conoce es un acceso de celos y se sonrie; pero deseando ver siempre entrar por las puertas á Isidoro para marcharse á la capital.

Entre tanto la pobre jòven pasa su vida

en la pena , en la incertidumbre y la esperanza ; agitado su pecho por los embates del amor y martirizada su alma por el fuego de los celos. Dime , criatura , ¿qué se han hecho de aquellos dias tan felices y placenteros en los cuales no pensabas mas que en las modas y teatros y en la variacion del tocador? Ah! aquellos tiempos de calma y sosiego han pasado como el humo y han dejado en su vez voraces celos y agitacion permanente. Ved aquí el corazon de una muger, luego que el amor llega de él á apoderarse; mas como quiera que este amor es su felicidad , es su vida; Elmonda lo prefiere á su antiguo estado de calma y sosiego.

Amar! para eso está formado nuestro corazon. Para colmo de desdichas, á las cuales están sujetas todas las damas que se encuentran en la situacion de Elmonda: no solamente le fastidia todo cuanto se encuentra en el interior de su casa , sino tambien en el exterior, llegándoles á ser insoportables las visitas y tratos de ciertas personas , á las cuales antes mirase con indiferencia.

En este número de personas , respecto á Elmonda , podemos contar al hijo de madama Michelette ; al cual , mientras està su marido y su primo en casa , jamás se niega ; por

que la llegada de Almenor cambia algun tanto su situacion ; y tiene mas tiempo de verse á solas con Isidoro. Las mugeres aprovechan hasta las mas insignificantes circunstancias. Elmonda , como es de suponer , se burlaria de su marido porque no queria jugar al billar con Mr. Almenor ; y Bouchonnier , picado sin duda por las hablillas de su consorte , aceptaria las continuas porfias de Almenor , y marcharian á la sala de villar. Mientras que el hijo de madama Michelette y Bouchonnier estaban en la sala haciendo carambolas y agotando toda su ciencia por no perder los cuartos , es fácil suponer donde estarian los primos y en que se ocuparian , lo cual dejámos á la consideracion del piadoso lector.

El bello y derrotado Almenor estaba maravillado de la acogida tan sincera y afectuosa que recibiera en casa de Bouchonnier ; mucho mas , cuando antes casi siempre le daban con la puerta en los hocicos. Mas esto no le impedia para que tratase de ganarle á Bouchonnier para hacer su agostillo ; pues como era de esperar , la fortuna brillantísima de Mr. Creps no podia durar mucho tiempo. Tiempo sin duda muy corto para él que lo pasaba tan regalon , y mucho mas para aquellos que lo acompañaban á menear las quijadas.

Ya os acordareis, amado lector, de aquel tan famoso desayuno que formó, y trabó la amistad de Almenor y Saucissard con Creps, y puso al flaco Tourinet en aquel estado tan deplorable para su hermano Periquito. Pues este festin digno del gran Baltazar, donde hubo Burdeos y Champaña, en abundancia, se repitió varias veces, aunque por lo que hace á José Tourinet no concurriera; pues despues que se refrescara de su borrachera, conoció cuan imprudente era el relacionarse con un hombre cuyos misteriosos antecedentes eran desconocidos para todos el mundo.

Esta circunstancia no arredró por cierto á Almenor, y al mugriento Saucissard, que aceptaban las ofertas de buen agrado y se ponian la barriga como un tambor.

Un dia, al fin de la comida en la cual se habian escedido mas de lo ordinario, Creps dijo á sus nuevos amigos:

—Señores, ya esto se acabò, por ahora los fondos tocaron á su fin; y ya no tengo ni un ochavo; ya no nos regalarémos mas... ya no nos apiparémos. Para qué cansarnos en vanos discursos? Lo cierto es que hemos gozado y nos hemos divertido: esto es lo positivo. Mi opinion es agotar el dia de hoy; que mañana... sabe Dios si vivirémos. Conozco perfec-

tamente que mis fondos eran suficientes para pasar tres meses, lo menos, en un módico descanso; mas me he querido divertir á lo príncipe... Ya pasó, bueno, vaya con Dios; pero siempre nos quedará un recuerdo, y es, el de haber gozado... el haber disfrutado... Entre tanto, vuelta á la vida antigua, á la de vagamundo... á la de pobre diablo... comiendo lo que se encuentre, ó las mas veces no comiendo nada... Mas si algun dia vosotros os regalais y os acordais de mí, yo aceptaré vuestras ofertas como ustedes han aceptado las mías.

Almenor habia escuchada á Creps con toda la atencion que puede tener un hombre que se ha bebido una cuarterola de vino. Sin embargo, el discurso de su nuevo amigo habia hecho alguna impresion en su alma; pues al cabo de tiempo tendiòle la mano y contestòle con una seguridad increíble:

—No teneis ya un cuarto?... eso no le hace; no abandono á mis amigos en el infortunio... mucho menos cuando me han hecho partícipe de su fortuna; y sino, preguntadle á Saucissard si lo he abandonado nunca, á pesar de que jamás ha tenido un cuarto. Queriendo Creps, vuestra filosofía es la mia. El dinero es redondo... luego se ha hecho para que

ruede. Máxima que creo y practico como hombre de honor. Mi señora madre es rica en extremo, pero no participa de mis ideas, y à pesar de que Saucissard y yo tenemos un trato escogido, sin embargo, mi madre guarda y retiene cosas que no me acomoda por cierto. La mamá pretende y me hace ver, que ya he agotado mucho mas de mi legítima, y por consiguiente no puedo aspirar mas que à lo que ella buenamente me proporcione. No obstante se saca partido con referirle cualquier anécdota, por insignificante que sea, con tal que sea sentimental. Por último, amigo mio, esperamos aun referirle alguna historieta de esa clase, y no huy duda que sacaremos algo. Es verdad, Saucissard?

El harapiento doctor mirò al Amante de la luna, haciendo una terrible figura; y con una voz embargada por el Champaña, preguntó:

—Es posible, amigo, que no tengais ni un cuarto?

—Como lo ois, mi querido Mr. Saucissard... estoy completamente seco.

—Pardiez!... eso es terrible. Os creia yo un rico negociante, al ver el trato que os dábais y que no os privábais de nada.

—En efecto, mientras he podido, amigo,

jamás me he privado de nada cuanto pudie-
ra lisongear mis sentidos... esta es la causa
porque, he llegado à la pobreza... Mi mácsi-
ma es esta: *agotémos el dia presente y no pensé-
mos en el de mañana...* Pasò el tiempo? tam-
bien lo disfruta uno.

—Bravo... bien dicho, exclamò Almenor
estrechando con entusiasmo la mano del A-
mante de la luna: bien dicho; qué me impor-
ta que ahora esteis en pobreza? La pobreza no
es deshonra... La verdad, no os conozco, mas
tompoco le hace. Os he juzgado á primera
vista. Habeis vivido en el gran mundo... ha-
blais bien... y apuesto cualquier cosa á que
sois mas doctor que mi amigo Saucissard, á
pesar de ser un hombre de mundo... Por úl-
timo, estoy contentísimo con ser vuestro ami-
go. Ahora vos, si quereis, sin compromiso,
nada, de vuestro motu proprio, podeis con-
tarme vuestra historia...

—Sí, amigo, puedo; mas no quiero: res-
pondió Creps. Como pienso que no he de ser
mas lo que he sido, quiero olvidar lo pasa-
do... á lo menos para ello hago mis esfuerzos.
He muerto para el mundo... y no deseo re-
sueitar... porque seria para el oprobio... para
la afrenta... He dicho bastante.

Diciendo esto, el Amante de la luna in-

clinó la cabeza y pareció sumirse en un éxtasis profundo.

—Amigo, siento mucho el haber escitado ideas que veo os incomodan bastante, replicó Almenor observando el cambio que se habia operado en la fisonomía de Creps. Amigo, perdone usted, lo he hecho sin intencion... porque maldito si soy curioso. Yo he sido amigo íntimo de mil personas, que ni las he conocido, ni he sabido quienes sean... A mí me basta que una persona sea de mi agrado; todo lo demás me es indiferente. Aquí donde me veis, tan intimado con Saucissard, maldito si sé quien es ni su procedencia: él se obstina en que es un ex-diputado à cortés; mas á mi parecer es un ex-colillero.

Mr. Saucissard que no le gustara por cierto, la narracion de su amigo, trató de interrumpirla declarándose à favor del Amante de la luna.

—Veo, amigo Almenor, que los aires libres del campo os van pervirtiendo. Jamás debe uno preguntar ni inquirir vidas ajenas; mucho mas, cuando los individuos tratan de ocultarla. Sencillamente habeis agraviado á nuestro amigo Creps con una pregunta tan inoportuna. Tambien habeis sospechado de mis antecedentes... sin embargo, os perdono. Y vol-

viendo á nuestro esausto amigo , repito , que siendo así que nosotros , con nuestra hambre canina , hemos apresurado el *ultimatum* de su pecunia ; soy de parecer que cuando nos veamos con dinero , paguémos como caballeros los cuatro desayunos que nos ha dado , dignos del gran Lucullus. Lo que es por mi parte , no aguardo mas que la muerte de cuatro tios , de quienes tengo que heredar un soberbio fortunon.

—Dejad que vivan vuestros parientes , dijo Creps sonriéndose... nosotros aguardaremos... no tenemos prisa...

—Sí , señor , pero ahora que yo no puedo , teneis ahí al caballero Almenor , que puede bien hacerlo ; pues su madre es riquísima en extremo.

—Cachaza , señores , cachaza ; replicò Almenor : ya emplearemos los medios de ataque. Y decidme , amigo Creps , donde os encontrèmos cuando tratèmos de regalarnos?

—En la cabaña de Roberdin.

—Es ese vuestro retrete?

—Sí , señores , mi retrete durante el dia , pues en la noche , cuando hace buen tiempo...

—Se pasea usted á la luz de la luna como los grillos.

—Justamente.

Despues de este diálogo , se separaron los tres amigos carpantunos.

El harapiento Almenor desde este dia empezó su plan, principiando por atraerse la voluntad y el cariño de la gorda mamá Michelette.

Para conseguirlo , durante dos dias no bebió mas que vino aguardo. Por consiguiente juró y gritó menos. Haciéndole continuamente cariños á su mamá y besándole la mano al tiempo de acostarse. Por último , en este tiempo no habia fumado mas que cinco pipas.

Saucissard , queriendo tambien atraerse por su parte al afecto de la mamá de su amigo , habia imitado tambien à este en el nuevo método , bebiendo menos , y preponderando por riquísimo el vino de Corbeil , que madama Michelette queria hacer pasar por de Borgoña.

Habia escuchado con atencion las diferentes anécdotas y ejemplos que la mamá tenia por costumbre de referir todas las noches. Por último , se habia abstenido de hacer cosquillas à Justina.

De vez en cuando habia dado tambien el señor doctor una prueba de sabiduría; contando alguna cosa de lo que habia visto en sus viajes

al rededor del mundo. Saucissard habló de la China, de la India, del Asia y del Africa.

Contò à la mamá de su amigo que, los chiriguanes, pueblo de la América meridional, andan completamente en cueros, y aunque tienen unas especies de esclavinas las llevan terciadas sobre el brazo, cuando se van paseando.

Madama Michelette contestó entonces que sin duda los elegantones de Paris, por imitar à los chiriguanes, llevaban en invierno sus tuis ó gabanes terciados al brazo, en vez de llevarlos puesto.

Saucissard contò tambien, que en Mingrelia, los amantes que son cojidos *infragantis* por los esposos, son condenados à pagar un buen desayuno, al cual puede asistir como otro de tantos, en casa de la querida.

Madama Michelette encontró esta ley demasiado suave y contestò, que no habia duda que en la Mingrelia, el primer cornudo habria sido hostelero.

El doctor refirió tambien la observacion de Plinio, tocante à la castidad instintiva de las mugeres (con la diferencia que no podia afirmar, si la nota era de Plinio el mayor ó el menor). Estas, cuando aparecen ahogadas, están boca abajo, al contrario de los hombres,

que aparecen boca arriba y en una postura bastante indecente.

Madama Michelette respondió, que eso dependia seguramente de que los hombres son muy puercos y cínicos bañándose.

Por último ; el sábio de la calavera le repitió infinitas veces que , Lucullus , solamente en su comida gastaba nueve mil trescientos setenta y dos francos en el salon de Apòlo.

Madama Michelette hacía entonces una fuerte exclamacion , y decia que ella tambien se habia regalado en el salon de Flora , en los Campos-Eliseos ; mas que el gasto nunca habia pasado de tres francos y diez sueldos.

No hay duda que lo gorda mamá estaba maravillada de ver la conducta que sus huéspedes observaban ; y para que todos sus conocimientos se penetraran hasta donde llegaba la sabiduría de Saucissard , referia todo cuanto este le contáse ; con la diferencia de que, como madama Michelette tenia tan mala memoria, cambiaba las especies y armaba una ensalada de todos los diablos.

Ved aquí porque ella referia que Lucullus corria con la esclavina terciada al brazo, que Plinio se bañaba panza arriba y en una postura indecentísima y que los maridos de la Mingrelia , cuando cojian à sus mugeres en

el adulterio, las ahogaban boca abajo para que los chiriguanes no les vieran... el estómago.

Ya se vé, las personas que oían tanto desatino, abrían tanto ojo y ponían tanta oreja; pero madama Michelette los sacaba de su duda, afirmándoles que lo contaba tal como el doctor Saucissard lo había referido.

Una semana hacia que durara esta vida tan ejemplar, cuando una mañana, creyendo Almenor fuera ya tiempo, se aventuró á pedirle á la mamá un poco de dinero para un apuro. El bello Almenor con la humildad de un cordero y cojiendo una mano de su madre, le dijo con un tono compunjado:

—Hermosa, fresca y honorable mamá, yo y mi amigo Saucissard, hemos recibido mil obsequios de un extranjero, un señor, finísimo, cual pocos, que en este momento hemos sabido está en París y quisiera remunerarle sus obsequios dándole una opípara comida en Palais-Royal. Para esto he contado con vuestros fondos y munificencia, porque yo mamaita me hallo pelado completamente.

—Cómo! es imposible; todos los días os paso cuarenta sueldos para vuestros gastillos. Me parece que es bastante para que ahorreis.

—Ahorrar! querida mamá, yo os probaré

evidentemente que no ahorro mas que el polvo de las calles en mis botas, pues Corbeil no está embaldosado como Paris. Los cuarenta sueldos apenas me alcanzan para el tabaco diario.

—Vaya que los hombres están insufribles con el tabaco... un gasto tan enorme para tener las narices hechas una chimenea: desengáñate, Almenor, debes renunciar á tus pipas y cigarros.

—Pero, saludabilísima mamá, debeis saber que la costumbre es una segunda naturaleza; y sino, preguntad al sábio Saucissard y os contará mil historias à cual mas interesantes, sobre el uso del tabaco.

—Es inútil... volviendo al objeto de vuestra demanda, si quereis obsequiar á ese caballero, convidadlo á comer, que yo le aseguro saldrá gustoso de mi cocina.

Almenor dirigió una guiñada á Saucissard que queria decir: «Qué diria la mamá Michelle si supiera que el caballero era el Amante de la luna á quien tantas veces tratára de vago y sospechoso?»

—Lo siento mucho, mamá; pero no puedo acceder à vuestra fina atencion, ese caballero, tiene hecho voto de que mientras esté en Francia, no comerá mas que en Palais-Royal,

Ya veis , es indispensable que sea en Paris donde lo convide.

No se convenia madama Michelette por cierto ; paseándose de un extremo á otro de la sala , Almenor la seguia con mano estendida como si pidiera una limosna.

—Anda , pichoncita mamá , haz alguna vez una cosa buena , es preciso que vuestro hijo sostenga su nombre con honor. Acordaos de los convites de Lucullus... Ah! Saucissard , ruega tambien conmigo.

—Mis ruegos no servirán de nada á tu madre , ni mis razones tendrán mas fuerza que su buen corazon y su finisima condescendencia , pues sabe , hasta el extremo que espone á un hombre un lance de honor como el presente.

—Señores , hablen ustedes claro , teneis hambre canina tal vez?

Los dos amigos se inclinaron hasta el suelo.

La gorda mamá se metió la mano en el seno. Almenor y Saucissard vieron el cielo abierto; habia la mamá sacado varios papeles, sin duda eran billetes de banco.

—Mira , mira , continuó la mamá enseñándole los papeles. Esta es la cuenta de un tabernero que me ha pedido veinte y siete francos que tú le debias de aguardiente. Esta es de un pastelero: esta del tabaquero: esta o-

tra de un confitero. Ya ves, Almenor, es preciso que te corrijas; pues yo no estoy todos los días para hacer estos gastos.

—Hay un modo bien sencillo de evitarlos, dijo Saucissard.

—Cual?

—Que vuestro hijo tenga siempre en el bolsillo el dinero suficiente para pagarlos.

—Sí, querida mamaita, replicó Almenor; dadme hoy una cantidad decente y yo os ofrezco ser mas razonable. ¿No habeis visto como me voy enmendando?

—Así debes hacerlo; no eres un niño de diez años; ya eres un hombre y debes reflexionar.

—Oh! bien sé que no soy ningún niño, y por eso mismo debiais entregarme las llaves de la despensa y de la bodega... Ah! ya veriais, madre mia, que bien arreglado marchaba todo... viento en popa.

—En lugar de correr á los cafes y las hosterías, debias visitarte con lo mas escogido de Corbeil, á fin de hacer un buen casamiento...

—Yo visito al vecino Bouchonnier que tiene un villar soberbio; pero no puedo aspirar á su muger porque aun no es viuda. Os lo digo francamente, buscadme una muger jóven,

linda y rica, y me casaré sobre la marcha: buscadle otra á Saucissard y hará otro tanto. Los dos estamos mutuamente por el matrimonio.

—Y por qué no sentais ya la cabeza?

—Justamente por eso mismo.

—Cómo!

—Porque pensámos casarnos. Què opinas tú, mi amigo, de la vida conyugal?

—Que es una vida con yugo.

—Pues eso mismo digo yo, y hasta que no encontremos una muger tan hermosa como vos... tan oficiosa como vos... tan generosa y larga... como vos.

—Como pelo de huevo; murmuró Saucissard.

—Hasta entonces no me caso.

Madama Michelette se guardò los recibos de las deudas de su hijo, y sacando unas cuantas monedas, las entregó á Almenor diciéndole:

—Toma y sin ejemplar.

La gorda mamá salió de la habitacion.

Almenor miró las monedas, y tirándolas con frenesí, exclamó:

—Ira de Dios! siete francos!! tener valor de darme siete francos, cuando, digo, quiero convidar á un amigo en Palais-Royal. Es-

to es hecho. Declaracion de guerra ; ya que por la paz no sacamos nada , la mamá Michelette verá en su casa una invasion de cosa-cos. Guerra ; ya que respetando el techo de mis abuelos, no han querido escucharme, guerra, si, guerra. Anda, Saucissard, vamos á la cabaña de Roberdin á ponernos de acuerdo con el invencible Creps.

—Allà voy... espérate, voy á tomar el sombrero.

En vez de buscar el sombrero , como decia el doctor , se puso á gatas á cojer las monedas que , en medio de su frenesí , habia tirado Almenor.



La pesca de las botellas.

SEGUN manifestara Creps á sus amigos , los fondos se habian finalizado ; de consiguiente, el Amante de la luna habia vuelto à su vida anterior. Casi todo el tiempo lo pasaba tendido sobre las blandas pieles , en el interior del establo de la cabaña de Roberdin ; y su alimento se componia de unas sopas engrudas y desabridas , que le hiciera la sirviente del leñador. Cuan diferentes eran estos manjares de los que en otro tiempo ofreciera á sus amigos!

á juzgar por la vida tan regalona que se diera y como derrochaba el dinero , pudiera creerse que aquel oro le pesára y tratára de disiparlo cuanto antes.

El sol , en todo su lleno , inundaba , con sus ardientes rayos , prados y campiñas ; cuando Almenor y Saucissard llegaban á la encrucijada de la floresta , deteniéndose á admirar la barraca.

—Debe ser esta , dijo Almenor.

—Sin duda , contestó Saucissard , y á mi ver , la tal posada del amigo Creps , ofrecerá poca conveniencia para su descomunal apetito.

—En efecto , la cocina debe estar en agón ; pero bien sabes , querido doctor , que no venimos á llenar la barriga.

—Pues entrémos.

—Una palabra... dime , Saucissard , ahora que estamos solos , francamente ; qué opinas del amigo Creps?

—Me parece que la última vez que estuvimos con él , te persuadistes que era un hombre de la alta clase... algún personaje distinguido , acosado por el infortunio.

—Sí , esa es mi opinion , mas te pregunto , cual es la tuya?

—La mia? sí , en efecto , creo que debe ser alguna cosa... mas de qué género , lo ignoro

completamente. Sin embargo, si juzgámos por su descomunal apetito, ese ansia por huir y esconderse... luego, pasearse à la claridad de la luna... es sin duda para que no lo atrapen... Ah! y aquellas palabras que se le escaparon cuando tú le preguntabas... «Si yo resucitara ahora, sería para la vergüenza, para el oprobio.»

—Dijo eso?

—Positivamente.

—Soy de tu opinion, voy creyendo que es un pillastron consumado. Entrémos.

Los dos amigos penetraron en la cabaña. Roberdin estaba en ella. A la vista de los dos desconocidos temblò y palideció. Desde la última aventura ocurrida en casa de Mr. Riberpré, el leñador no se conceptuaba tranquilo; temia que el robo hubiera sido publicado; aumentando sus sospechas el no saber nada desde dicho dia, de Garguille y el banquero.

—Hola! eh! amigo, exclamò Almenor mirando al rededor de sí, para orientarse mejor; es esta la cabaña de un tal Roberdin?

—Sí, señor, contestó el leñador mirando hácia la puerta, y temiendo ver llegar á los guardias civiles.

—Diga usted, mi amigo, no para aquí un caballero que vive como los murciélagos, dur-

miendo de dia y velando de noche?

—Serà sin duda á Creps à quien buskais? replicò Roberdin, cuya fisonomía apareció mas tranquila, à proporcion que sus terrores se disipaban.

—Justamente, es al caballero Creps à quien queremos ver: no está ahí quizà?

—Sí, señor.

—Hácia qué lado? nosotros lo buscaremos.

—Es que está durmiendo.

—Bien, lo despertaremos.

—No le gusta que lo desvelen.

—Pues, querido, es indispensable.

—Pues, señores, entren ustedes en el establo, todo derecho, á la izquierda.

El establo estaba construido de ramas y palos de encinas; las paredes de un barro negruzco y salitroso, despedían un olor corruptible y nauseabundo. En un rincon habia formada una camilla de pieles bajo una especie de tinglado, en el cual, el Amante de la luna, tendido á la bartola, dormía á pierna suelta. Aunque el local era bastante oscuro, sin embargo, una dèbil claridad, que antrara por los resquicios de la puerta, iluminaba lo bastante para notar los objetos.

Creps, aun dormido, tenía empuñado su enorme garrote. Su cabeza enteramente des-

cubierta ; pues tuviera caído el sombrero , sirviéndole en parte de almohada , dejaba campo ancho para observar sus facciones.

—Este hombre no tiene por cierto fisonomía de tunante , dijo Almenor ecsaminando al dormido , sabes tú , Saucissard , que si estuviera bien vestido , es bastante gnapo?

—Ya! pero tiene las narices coloradas y muy porronas: contestò el doctor.

—Hola , amigo , despiertaos , somos nosotros... abra usted un poco esos reverberos.

Diciendo estas palabras , Almenor sacudia con fuerza el brazo de Creps , que despertándose al fin , empezó por una letania de votos y juramentos , que hacian temblar la barraca: despues enarbolò el garrote y sentándose en el lecho , exclamò:

—Quien es el que se atreve à estorbar mi reposo?... Serà preciso que le mida las costillas?

Saucissard al oir esto , diò un brinco , plantándose á una distancia respetable ; pero Almenor , sin intimidarse lo mas mínimo , continuó gritando:

—Ira de Dios! no os incomodeis , somos nosotros , los niños bonitos , que tratando de jugar esta noche una mala pasada á la mamá Michelette , hemos contado con vos para el

efecto. Rehusareis tal vez el ser de la partida?

Creps contempló à Almenor con aire so-
fioliento: al fin contestóle:

—Esta noche cuanto querais , pero ahora
dejadme dormir.

—Es que necesitamos acordar el medio mas
seguro para atacar el corral y penetrar en la
bodega.

—Traeos un garfio... unos cordeles y un
saco ; que de lo demás me encargo yo.

—Un saco... unos cordeles y un garfio...
Bien , lo traerémos: y despues qué harémos
con eso?

Creps lanzó una mirada fulminante á los
dos amigos: despues se acostò de nuevo y les
volvió la espalda.

Almenor y Saucissard se vieron precisados
á abandonar el establo , sin obtener una pala-
bra mas del misterioso personaje.

—Diablo de hombre , dijo Almenor , no
es amable mas que cuando traga... Mas no im-
porta , tengo confianza completa en el. Ocu-
pémonos por lo pronto en lo que nos ha pedi-
do. La cuerda es bien fácil.

—Y el saco?

—Lo pedirémos en la hosteria.

—Y el garfio?

—Yo sè donde està amarrada la canoa de

Mr. Pastoureaux, dentro habrá sin duda algún garfio y lo tomaremos sobre la marcha.

—Sin su licencia?

—Entre amigos honrados, cumplimientos son escusados.

Serian las once de la noche, y el pueblecito de Corbeil se hallaba entregado à un general reposo, las calles estaban silenciosas y desiertas, las tiendas hacia tiempo estaban cerradas y las personas que casualmente se habian retardado en casa de un amigo, ó de un vecino, se apresuraban à ganar su respectivo domicilio, como si fueran las dos de la madrugada.

Sin embargo, á pesar de este general silencio, tres hombres, viniendo de la vecina floresta, se dirigian con acelerados pasos hacia la aldea, tomando las calles que conducian á la casa de madama Michelette:

El uno de ellos llevaba un lio de cordeles, el segundo un saco y el tercero un *vichero* al hombro, haciendo mil gestos y contorciones á cual mas grotescas.

—Caballeros, dijo Almenor, que era el conductor de los cordeles; saben ustedes que si por casualidad nos encontrase cualquiera, no las tendria todas consigo? Sin duda creeria

que eramos esbirros que ibamos á prender algun pròjimo.

—Es consiguiente, contestò Creps, cargado con el saco; ó tambien le pareceria que eramos ejecutores secretos como los del tiempo de Margarita de Borgonia, en el cual se metian á los delincuentes en un saco y se arrojaban al rio.

—Pues á mí me parece, replicó Saucisard, que iba detrás con el vichero; que en atencion á la hora tan avanzada de la noche, nos tomarian por privaderos que ibamos á limpiar alguna secreta.

—Muchas gracias, caballero, por la comparacion, contestó Creps; prefiero las anteriores suposiciones.

—Escucha, Almenor, contestò el doctor de la mugre, llegaremos pronto? me parece que hemos atrasado el camino en vez de adelantarlo.

—Calla, zopenco, que no sabes lo que dices; tan sábio como eres no conoces á Corbeil tanto como yo.

—Es que esta enorme palanca pesa tanto... y luego, si alguien nos encontrase á estas horas...

—Le diriais que ibais al rio á pescar atunes: murmurò Creps sonriéndose.

—Por cierto que la hora es á propósito para ir á pescar.

—Silencio, Saucissard, en cuatro minutos llegamos... y entonces... ah! Pardiez! siento pasos.

—Pues arrimémonos á la pared, y cuidado con respirar siquiera; dijo Creps.

Almenor ejecutó este movimiento: Saucissard trató de hacer lo mismo, pero embarazándose con el vichero, en vez de ponerse paralelamente á la tãpia, contra la cual estaban, lo dejó caer atravesado en el camino.

La persona que habian sentido, llegó en efecto á ellos; mas no los viera en atencion á que la noche estaba bastante oscura, y los individuos casi se habian embutido en la pared. Mas en el momento en que el desconocido iba á pasar por encima del vichero, Saucissard tuvo la desgraciada idea de alzarlo para dejar el paso libre; al efectuarlo, el harapiento doctor, se encontró al individuo montado á caballo repentinamente.

El paseador nocturno, sorprendido de tan rápido y brusco movimiento y creyéndose juguete de hadas infernales, cayó alsuelo anonadado.

Almenor se salva: Creps lo imita: y poco despues aparece Saucissard con el vichero al

hombro , corriendo tràs de ellos.

—Vive Dios! Saucissard , que estás terriblemente desgraciado... A qué diablos vas à meterle á los transeuntes el vichero por entre las piernas?

—Yo no: los transeuntes son los que se me atraviesan à mí... Lo que es aquel pobrete cayó à tierra y creo que pasará allí toda la noche.

—Ahora voy yo á ver quien es , dijo Almenor.

—Calla! replicò Saucissard ; qué diablo negro tengo yo pinchado en la punta del vichero? serà por ventura el sombrero de aquel pròjimo?

En efecto , bajò la palanca , y el objeto negro que notáran enganchado , era nada menos que la guitarra de Mr. Pastoureau.

—Pardiez! exclamó Almenor: es el guitarrero del vecino Pastorelo... de ese hombre tan sentimental... que no sale jamás sin su guitarra... Vendrá sin duda de suspirar una romanza al pié de la ventana de alguna dama.

—Cómo! es ese quizás el propietario del garfio?

—Justamente.

—Entonces estoy contento de haberlo montado à caballo en él... Esto es mas chisto-

so... Mas qué harémos ahora de su guitarra?

—Estos objetos nunca faltan donde colocarlos, dijo Creps... Justamente apercibo una casa de muy buena apariencia... los habitantes sabrán sin duda la música... Los obsequiarémos con esta guitarra.

—Esa casa, repuso Almenor, me parece que es la de madama Bertrand, una amiga de mi noble madre.

—Tanto mejor... será agradecida á tal presente... Estoy viendo un balcon en el cual la dejarémos.

Diciendo esto, Creps levantò la guitarra en alto y la dejó caer dentro del balcon de madama Bertrand.

Terminada esta operacion, los tres hombres continuaron su camino sin la menor novedad.

Pocos momentos despues, se hallaban al pié de la tápia del corral de madama Michélette. La puerta falsa era bastante endeble y cedió al mas ligero impulso; encontrándose nuestros individuos dentro del corral, junto el gallinero, el palomar y la madriguera de los conejos.

—Bravo! hasta ahora camina esto á las mil maravillas, dijo Almenor; pero hay una dificultad que es indispensable vencer. El ga-

linero y palomar, están cerrados con una puerta doble, y los conejos están encerrados con un fuerte candado, y la bodega tiene la puerta por la parte del jardín, y está afianzada con barras de hierro. Ved aquí la claraboya; como diablos romperémos tantas llaves sin hacer ruido?

—Sabeis á punto fijo hácia qué lado se halla ese vino tan preponderado?... Está muy lejos de esta claraboya?

—No, está bien cerca... á mano derecha bastante arrimado á la pared.

—Bueno. Entre tanto vamos al avio... el saco... ah! aquí está... Traigo el cuchillo?... Sí, aquí está su merced.

Creps estendió el saco en el suelo, y sacando el cuchillo, lo cortó en dos pedazos iguales cuadrados haciendo un agujero en cada extremo.

—Los cordeles?

—Aquí estan.

Creps amarró un cordel al extremo de un lado y llamando á Almenor y Saucissard, les dijo:

—Haced otro tanto con los otros picos.

Mientras que ellos hacian lo que Creps les dijo, este trepó por la deteriorada pared y llegando á la claraboya metió por ella la cabeza y examinó el recinto.

—Bueno, dijo, es negocio facilísimo.

—Es un hombre admirable, murmuró Almenor à Saucissard, yo no se lo que và á hacer pero tengo en él la mayor confianza.

—Silencio, respondió Saucissard, no se despierte la mamá.

—Oh! por eso no hay cuidado; tiene el sueño como un gran sultan. Y en cuanto á Justina, nadie como tú conoce lo pesado de su sueño.

—Yo!!

—Si ella se hubiera despertado, cuantas veces has tratado de hacerlo...

—Es porque iba à experimentar unas píldoras dormitivas que...

—Yo no se la clase de píldoras que fueran las que ibas á experimentar: mas lo cierto es que tú tratabas de...

—Chiton, que nos llama nuestro capitán.

Creps acababa de introducir en la bodega el vichero consabido, y despues de haberlo hecho maniobrar algun tiempo por la clara-boya, habia al fin tropezado con las botellas.

—Habeis atado ya los cordeles al saco como os previne? preguntó Creps volviéndose à los compañeros.

—Ya està hecho.

—Venga á cá, sugetad los extremos de los

cordeles , y estad prontos á tirar cuando os avise.

El animoso Creps volvió á introducir el vichero por la claraboya y con él , el saco amarrado por los cuatro picos: despues que este llegó al suelo , lo estendió y empezó á maniobrar con el garfio... Tris! (eco de una botella que se hizo tiestos).

—Es una desgracia , dijo Creps ; pero para ganar una batalla , los ma diestros capitanes se ven en la dura presicion de sacrificar algunos soldados. Nosotros para cojer nuestras botellas , será indispensable que dolorosamente rompámos algunas.

—Es justo , replicò Almenor , lo que es necesario que pesquemos algunas , aunque las demás se las lleve patetas.

Despues de un buen rato de operacion con el garfio , dijo Creps á Almenor y à Saucissard.

—Ahora tirar de las cuerdas ; pero con cuidado , con precaucion.

—Comprendo... Vamos á tirar de las redes , Saucissard , que ya se han enredado los atunes.

Los mugrientos y carpantunos amigos , empezaron á tirar de las cuerdas.

—Pesa? preguntó Creps.

—Sí, amigo. Los pescados se han tragado el anzuelo.

—Con tiento, señores, con tiento que son para colgar.

En efecto, subieron el saco à la claraboya: Creps le cojiò y sacaron tres botellas llenas y los tiestos y pedazos de otra.

Saucissard dió un grito de alegría. Almenor abrazó à Creps con frenesi.

—Hombre sublime, le dijo, tu buena accion no quedará sin recompensa... cuando yo tenga posibles.

—Echëmos de nuevo las redes: repuso Creps.

Vuelve el saco à la bodega: el Amante de la luna manioobra con el vichero, retiran las cuerdas y salen cinco botellas intactas.

Almenor hace una terrible pirueta. Saucissard abraza las rodillas de Creps.

—Sacámos mas? preguntò este.

—Sí, señor, mas... todas las que se puedan... Bien se lo decia yo à la mamá: «Ese vino debe usted gastarlo; se vá à evaporar.

Se repite otra vez la anterior operacion y salen tres botellas mas.

—Ya tenemos once botellas, dice Almenor; para nosotros creo hay bastante... Pero y las gallinas ahora?... y los conejos?

—Bá! bá! ese es un juego de niños. Ya vereis.

Diciendo esto, el Amante de la luna mete el vichero por entre las rendijas de las tablas; las cuales, no estando muy nuevas, saltan en astillas à tan furibundo empuje y los amigos empiezan á cojer á roso y velloso. El diablo del gallo empezó à cacarear terriblemente.

—Calla, maldito, que nos vás á perder: esclama Almenor.

—Y la mamá Michelette creerà hay variacion de tiempo: añade Saucissard.

—Ahora á los conejos.

Creps de un solo golpe hace saltar el candado en dos pedazos, la puerta se abre y los prisioneros se aprovechan de la libertad que les conceden, y toman las de Villadiegos. En un instante la madriguera queda vacia y los conejos corren de uno à otro lado y se van al jardin.

—Ah! los tunantes!... los pillos! como saltan, como brincan... ay! ay! que se me van! esclama Saucissard corriendo trás los conejos.

—Ya tengo uno; dice Creps.

—Y yo otro! esclama Almenor cojiendo à uno por las patas. Ahora, señores, soy de parecer que nos retirèmos con nuestro botin.

Los dos conejos , los pollos , una gallina y las botellas , se lian en el saco y se amarran con las cuerdas. Saucissard carga con el viche-ro: Almenor y Creps llevan las provisiones. Salen por el jardin y se apresuran cuanto antes á ganar la cabaña de Roberdin.

Así que Almenor y Saucissard se vieron fuera de la aldea , empezaron á bailar de contentos.

—Me parece , dijo Creps , que ya tenèmos para una buena cena.

—Ah! soberbia , cosa grande , amigo mio, contestòle Almenor; gracias á vos , hombre de génio. Razon tienen cuando dicen *que la amistad de un gran hombre , es un beneficio de los dioses.*

—Sí , replicó Saucissard ; y el mejor de todos es que ya sabémos como tenémos de gobernarnos otra vez que querámos... aunque conejos creo encontrerèmos pocos.

—Un inconveniente hay ahora , interpuso Almenor , y es , que en la cabaña de Roberdin creo no nos guisarán bien esto y...

—Por mí , si quereis ir á otra parte , me es enteramente igual: dijo Creps deteniéndose Vamos , decidios.

—Y á donde diablos hemos de ir tan tarde ; observò Saucissard. Todas las hosterías

están cerradas, y dado caso que nos abran, mañana se sabrá por todo Corbeil que nosotros hemos estado á media noche con vino y provisiones... y entonces la mamá...

—Es justo, reflexionò Almenor; por otra parte, à los hosteleros no les gustan que lleve uno los manjares de fuera; mientras que à maese Roberdin se le darà poco que uno los lleve.

—Lo que yo puedo afirmaros es, que la sirvienta que tiene es una excelente cocinera. En cuanto à los pollos los comerèmos con tomates y la gallina se la daremos à él por su trabajo.

—Bravo. Viva la alegría!

—Y viva el amigo Creps que està en todo.



II.

La orgía.

LA una había dado en el reloj de la aldea, cuando los tres amigos llegaban á la cabaña de Reberdin. Este estaba aun despierto, igualmente la sirviente y en la chimenea ardía un brillante fuego.

—Que nos aderecen esto cuanto antes, dijo Creps soltando su carga. Los conejos en manteca y los pollos con tomates.

—Y una buena fuente de ensalada, añadió Almenor.

—Todo lo tendreis ; además una buena tortilla de huevos.

—Sea así , dijo Saucissard: la tortilla de huevos nos servirá para postres.

—Y la mesa la queremos en un sitio oculto , en el cual podamos cantar , chillar y reir sin incomodar á nadie.

—Oh! en cuanto à eso no hay cuidado, respondió Roberdin ; casualmente esta noche no hay mas que cuatro arrieros y están los pobres tan cansados , que creo no se despertarian aunque disparàran un violento cañonazo junto à sus narices.

La mesa se puso en la sala baja de entrada que era la mejor de la choza. Almenor fué simétricamente colocando las botellas en un aparador inmediato. Saucissard las contemplaba estasiado: despues , agitado por el apetito, se fué à la cocina à avivar la comida ; no dièmos à la cocinera , pues esta era sumamente horrible , y Saucissard , á pesar de ser la estampa de la herejía , era muy delicado con respecto á amores.

—Volvereis el garfio á su dueño? preguntó Creps á Almenor.

—Jamàs. Lo dejarèmos aquí ; pues es una cosa utilísima para semejante ocasion... la cual creo se repetirá muy amenudo.

—Pero vuestra madre verá mañana que se han ido los conejos, que le han robado una gallina y que el vino ha mermado y...

—Tanto peor... eso me importa nada... Creedlo, amigo, no pienso ahora en semejante cosa.

—Señores, á la mesa, exclamò Roberdin poniendo en ella una cazuela; aquí tienen ustedes la tortilla de huevos; ya podeis ir tragando, que no tardarán nada los conejos.

—Sí, sí, á la mesa, á la mesa.

—Destapémos y bebámos el rico vino.

Creps sentóse: Saucissard hizo otro tanto y Almenor lo efectuó tambien, entremedio de esto dos individuos, despues de haber puesto sobre la mesa cuatro botellas para empezar. Llenò los vasos y aguardó con impaciencia á que Creps determinara á su paladar, si el vino era bueno ó malo.

El Amante de la luna, como hombre perito en este ramo, lo saboreó un buen rato, lo tragó y al fin exclamó:

—Escelente.

—Oh! para escojer buenos vinos se pinta sola mi madre.

—Sí, amigo, lo podeis decir; el tal vino es superior.

Almenor, satisfecho de que un hombre co-

mo Creps, tan delicado para vinos, encontrara tan rico el suyo, llenó su vaso y chocándolo con el del misterioso personaje, exclamó:

—A la salud del valiente, por medio del cual lo estamos bebiendo. Yo; amigo, no podré daros los opíparos convites con que me habeis obsequiado; mas ya veis que hago cuanto puedo...

—Os repito que este vino es exquisito. Con él y las provisiones que atrapámos, nos darán una cena sublime y abundante.

—Sí, perdiez! y yo pido á Dios que se repitan muchas noches como la presente: exclamó Saucissard.

—Oh! tú, amigo mio, eres un excelente gastrónomo, dijo Almenor destapando la segunda botella. Tú, Saucissard, no has comido nunca perdices rellenas?

El mugriento caballero dió un profundo suspiro, y exclamó:

—He hecho tantas locuras por las mugeres!

Almenor soltó una estrepitosa carcajada; Creps lo hizo tambien al ver la inoportuna contestacion del doctor.

—Que! creen ustedes que es mentira quizá el que yo he cometido mil locuras por las mugeres?... Lo dudais acaso?

—Oh! no , amigo mio , y yo afirmo que tus queridas te habrán chupado hasta las entrañas... dirè mejor , hasta los cabellos.

—Yo les he dado cuanto he podido... y aun en el dia las amo de corazon... Señores, á la salud del bello seco.

—Señores , aquí están los conejos en manteca , dijo la sirviente poniendo un enorme plato en la mesa , capaz de contener cuatro docenas de conejos.

—Ole! el olorcillo no es desagradable ; ya veo que el amigo Creps no nos engañó cuando nos dijo que tenia una excelente cocinera.

La sirviente hizo una profunda reverencia y Saucissard , tirándole un pellizco , exclamó:

—Chica , si fueras mas guapa te pellizcaria mas alto... pero eres fea cual tú sola... no sè si mas tarde iluminado con el vino pueda...

La sirviente le dió un bofeton á Saucissard y se alejó diciendo:

—Cuando las personas son tan horribles como vos , no deben echarle en rostro á las damas su fealdad.

—Y tiene razon , replicò Almenor, tú eres un retrato esacto del Antecristo... Bebámos: y volviendo á lo conversacion anterior de las mugeres , digo , por mi parte , que me pirro por

ellas ; lo mismo requiebro á las bonitas que á las feas... Y vos , amigo Creps , sois tambien enamorado?

Creps sacudió la cabeza en señal de disgusto y contestó:

—Yo!.. en otro tiempo... No me acuerdo.

—No se acuerda! la està echando de viejo petate.

—Què edad tendreis , amigo Creps?

—Tampoco me acuerdo.

—Ah! que chistoso! una coqueta no hubiera respondido de otro modo.

—Positivamente que no me acuerdo ni lo que he sido , ni lo que he hecho... Bebámos... bebámos... puede ser que con el vino me acuerde... Ah! las mugeres!.. tambien me han gustado... Las pasiones!.. quien está libre de ellas?... Qué es nuestra vida sin el amor?

—El amor! quien piensa en semejante bicho?... Yo no estoy mas que por el sentimiento. Pero bebámos... Leñador, destape usted la tercera botella.

A la tercera botella sucedió la cuarta , á esta la quinta... despues la sesta , &c. Por lo que hace á Saucissard á la cuarta estaba ya medio achispado.

—Caramba! dijo con lengua tartajosa , ya veo que hicimos mal con traernos once bo-

tellas solamente... debíamos habernos traído veinte y dos... no, treinta y tres... once para cada uno.

—Cuidado, amiguito, que este vinito es muy espirituoso y se sube á la cholla.

—Oh! no hay cuidado, soy una bodega andando... Maese Berendin... digo Roberdin, destape usted otra botella... Señores á la salud de las mugeres que me adoran.

—Bueno, Saucissard, esta noche estás hecho un enamorado elegantísimo. Yo, amigo Creps, en cuanto á damas estoy fastidiado en este pueblo... no sé á cual rendir mis obsequios... Ah! á mí me gusta infinito la esposa del vecino Bouchonnier; pero la muy tonta se hace la... ciegucecita. ¡Habrá marica como ella!...

—Oh! yo sé donde hay otra cosa mejor, replicó Saucissard... mucho mejor... infinitamente mejor...

—Qué cosa es esa, amigo doctor?

—Eh! pardiez! una dama y su hija que he visto de visita en casa de Bouchonnier.

—Apuesto cualquier cosa á que vas á nombrar á madama Clermont y su hija...

—Justamente: esas sí que son dos mugeres hermosas y bien hechas... Las conocéis, amigo Creps?

—Las conozco y no las conozco... Una vez me hallaba yo á orillas del lago, era de noche, y unas cuantas personas alegres y risueñas se paseaban por él en un ligero esquife... Poco despues oigo un ruido; algudo sin duda habia caído al agua. Yo, amigos, soy un excelente nadador y me precipité al lago á salvar al infeliz... lo cojo entre mis brazos y era una hermosa jóven. Yo no oia mas á mi rededor que estas palabras: «Es la hija de madama Clermont la que habeis salvado.» A mí me importaba poco: yo habia salvado á uno que se ahogaba y nada mas, fuera quien fuera. Al dia siguiente, dos damas vinieron aquí para darme las gracias. Yo estaba en el establo durmiendo á pierna suelta... Roberdin vino á despertarme; mas como no tenia necesidad de verlas rehusé el levantarme.

—Ah! tunanton, vos rehusasteis el verlas porque ignorabais lo bella que eran... eh?... segun eso las conocerá maese Roberdin.

—Oh! y tanto. No hay duda que son dos bocados buenos... Sobre todo, la madre; yo prefiero á la madre.

—Y yo tambien. Bebàmos, señores.

—Voto á brios! que ya no nos quedan mas que tres botellas... Leñador destape usted... que corra el vino.

—Cuidado como están buenos los conejos, dijo Saucissard chupándose los dedos y relamiéndose los labios.

—Estoy pensando en mi querida mamá, los espavientos que hará cuando vea el asalto tan terrible que ha llevado su despensa... De juro le vá á dar un torozon.

—Y yo estoy pensando en el vecino Pastoureau à caballo sobre el vichero.

—Yo en su guitarra que amanecerá mañana en el balcon de Madama Bertrand. Mañana hay tela en Corbeil.

—Ah! estarán chistosos los comentarios. Bebàmos.

—Cantémos. Tengo esta noche una voz soberbia.

—Riamos. Estoy dispuesto á ello.

—Fumémos. Fumémos á muerte ò á vida.

—Gritémos. Viva el ruido.

—Viva la orgia.

—Vivan los tunantes.

Las botellas se vacian, los vasos se chocan, las pipas se encienden y las cabezas se estravian. El vino de la mamá Michelette era en efecto muy espirituoso: luego que llegaron à la décima botella, Almenor tenia los ojos como dos tomates; Saucissard hablaba con infinito trabajo y aun el mismo Creps pasabase la

meno muchas veces por su frente para esclarecer sus ideas.

Roberdin puso la ensaladera sobre la mesa.

—Bien, gritò Saucissard... muy bien... perfectamente bien... Vivan los... pi... pillos... yo quiero ser pi... pillo... hasta que cierre el... ojo... Señores, Vènus y Baco; esa es mi... di... divisa.

—Bravo, y la mia tambien, exclamò Almenor. La copa y el amor... Bien.

—Sublime. Viva la copa.

—Vi... va el... amor.

—Hombre, que te atorrullas. Vaya otro vaso.

Ya se habian agotado las botellas, todo se habia concluido ya; cuando Almenor, levantándose y apoyándose sobre la mesa, dijo con voz algo cascada:

—Señores, voy à haceros una proposicion.

—Ya sé... lo que... que vas á pro... poner.

—Ya! lo has adivinado?

—Tú quieres que vol... vamos á pes... pescar mas botellas, eh?

—No, no es eso. Ahora poco acabas tú de decirlo, no hay en este mundo mas que dos cosas para los niños buenos: Vènus y Baco. Ya hemos gozado à Baco: no podíamos buscar à Vènus?

—Eso es, marchen: bus... quèmos á Vénus.

—Esas dos damas tan hermosas, la madre y la hija... viven solas y... no podíamos ir á darles las buenas noches?

—Ole!... me... me gusta la pro... posicion.

—Yo sè donde viven.

—Ah! ahora que me acuerdo, en la casa hay una jovencita sirvienta... Ah! que dicha... son tres... y nosotros somos tres... cada uno la suya.

—Eso es; si Dios quisiera que pasàramos la noche acurrucaditos como tres niños de pecho!... Tres palmitos y tan bellos!... Oh! poco á poco, yo no sé si la sirvienta es bella; pero lo que es la madre y la hija son divinas.

—Y la sirvienta tambien, balbució Saucissard.

—Vive Dios! señores, un poco de audacia... una aventura á lo Richelieu... Vamos, Creps, qué decis vos?

El Amante de la luna que se hallara sumido en un profundo letargo... incorporóse, se frotó los ojos y poniéndose en pié, exclamó tambien:

—Sí, harèmos todo lo que querais... soy enteramente vuestro... Viva la dicha!... Ah! encontrémos algo de nuestra antigua ecsistencia.

—Sí, encontrémosla; de eso depende el

asunto , de que la encontrémos: balbució Saucissard.

—Entonces, señores, no perdámos el tiempo; la noche se pasa y...

—Sobre la marcha.

—Saucissard , coje el vichero otra vez.

—Vamos á pes... pescar mas botellas?

—No , hombre , pero siempre hará falta para abrir un boquete ò forzar una reja. Ya comprendereis , amigos , que no hemos de entrar por la puerta... Ea , señores , marchémos. Justamente hace una noche de luna brillante... La querida de Creps nos servirá de linterna.

—Poco à poco , señores , dijo Roberdin, voy à regalaros una cosa que en la presente expedicion os servirá mas que vuestro vichero.

—Ea , veámos esa cosa.

El leñador salió de la estancia: un momento despues entró llevando una cuerda larga con unos gruesos nudos de trecho en trecho y con un gancho de hierro en la punta.

—Con esto , señores , dijo , podeis asaltar cuantas tápias y ventanas os acomoden.

—Oh! magnífico!.. soberbio!.. exclamó Almenor tomando la cuerda. Maese Roberdin, no olvidaré vuestro presente , y cuando tenga posibles os lo remuneraré con generosidad.

— Me alegro , dijo Saucissard , eso es me-

jor que no este maldito vichero que obstruya el paso á los transeuntes... Y diga usted, compadre Borriquin, donde diablos se ha hecho usted de semejante ganga?

(El lector no olvidará que Saucissard estaba completamente èbrio; por consiguiente, todo lo que hablaba lo hacia con voz entrecortada è ininteligible).

Roberdin frunciò el entrecejo é hizo una terrible mueca.

—Es una casualidad que yo tenga semejante chisme... Fuè un pasajero que se lo dejó olvidado una noche... y despues no lo he vuelto à ver...

—Probablemente, repuso Almenor, seria algun ladron... algun salteador de casas y caminos... Pero á nosotros qué nos dá de eso?... Nada, completamente nada... su cuerda nos va á servir à las mil maravillas. No es asi, Creps?... los ladrones y los amantes siguen la misma marcha.

Creps no pareció poner atencion á lo que Almenor dijera; con el vaso aun en la mano, habia vuelto à su meditacion anterior. Despues como agitado por un movimiento nervioso, tiró el vaso al suelo y esclamò:

—Vamos, señores, viva la orgía... viva la locura. Tratèmos de resucitar nuestro estado

antiguo alegre y risueño y despues... murá-
mos si es preciso.

—No, pardiez! nada de morir, dijo Al-
menor. Yo quiero vivir mucho tiempo... me
espera un porvenir brillante.

—Y yo tambien, replicó el doctor de los
harapos... divirtámonos y murámos despues...
Pero el amor nos aguarda para coronarnos de
mirto.

—Tienes razon. Cupido nos espera.

—Para colmarnos de delicias y placeres.

—En la casita aislada, amigos mios.

Los tres hombres abandonan la cabaña.
Enlazados del brazo uno de otro, se sostenian
mutuamente. El aire fresco y hermoso de la
noche, aumentaba su embriaguez y su ci-
nismo.

—Ya diviso lo casita aislada; dice Alme-
nor. Ah! cuando pienso en la linda viuda...
en su hija... en la criada... oh! siento un ca-
lambre terrible por las piernas... un sudor
frio...

—Y yo, añade Saucissard, me siento ena-
morado como treinta mil hombres... Oh! mis
queridas gatitas, esta noche no hay que resis-
tir!... porque declaro que soy capaz hasta de
penetrar en la pared.

—Oh! las mugeres!.. el amor!.. no hay en

el mundo otra cosa mejor! repuso Creps. Y sin embargo, es lo que mas nos pierde.

—Oh! yo quisiera perderme todos los dias, amigo... *el buen artillero ha de morir al pié del cañon.*

—Que descuidadas estarán las monisimas! no aguardarán una visita tan escojida!

—Es verdad, tres hombres amables y ardorosos cual ellos solos! Porque à la verdad, amigos, aunque no soy un niño... caramba! cuando llega la hora cumplo con mi obligacion.

—Y yo declaro y afirmo que...

—Silencio, ya llegamos.



Tentativa nocturna.

EN efecto, los tres calaveras habían llegado á la casita aislada, habitada por madama Clermont. Toda la casa estaba en un silencio profundo y la campiña tambien, á pesar de ser ya las cuatro de la mañana; pero era á fines de Noviembre y las noches en este mes, son largas y frias.

Los tres hombres se pararon, observaron la puerta, las ventanas, todo estaba bien cerrado. Sin embargo, Almenor, con la cuerda

en la mano y procurando guardar el equilibrio, decia:

—Echèmos la cuerda... subámos... atropellémos todo...

—Y por donde diablos quereis entrar? preguntó Creps: à donde quereis afianzar vuestra cuerda?

—A mí me es igual... en cualquier parte... en entrando, sea por donde sea... ¿Es verdad, Saucissard?

—Es consiguiente... Subo ya?... Chilla mucho la mamá?... Es menester procurarle algun alivio?

Almenor no hacia mas que tirar la cuerda por alto para engancharla; mas nunca atinaba; viniendo á caer el enorme gancho, la última vez, sobre las narices de Saucissard.

—Voto à Cribas! que he visto estrellas siempre salgo yo perdiendo en todo. No seria mejor que las llamàramos y les explicàramos nuestro otrevido pensamiento... que no dudo que nos abrirán.

—Pareces un niño!

Saucissard empezó á cantar:

Abrenos niña bonita que te espera tu galan.

—Quieres callar, alma de mona! pues no và este bellaco à despertar á todo el vecindario!

—Quiero cantar , me dà la gana.

Durante esta discusion , Creps que habia dado vuelta á toda la casa , volvió á los dos amigos y les dijo:

—Venid , he dado con el jardin ; escalaremos la tãpia y entraremos por él , que despues...

—Es verdad , entrèmos por el jardin.

—Sí , eso es. Pero por donde? preguntò Saucissard.

—Pardiez! por donde ha de ser? por encima del muro... con esta cuerda es sumamente fácil.

Creps echó la cuerda sobre la tãpia y quedándose el gancho prendido , subió el primero ; Almenor lo hizo tambien ; mas cuando Saucissard sintió el bamboleo de la cuerda y lo poco segura que estaba su cabeza , se le fueron las manos y plan , cayò al suelo de tres pies de alto.

—Animal! gritó Almenor , te has matado?

—Ay! he pegado un solemne costalazo , contestò el doctor levantándose á duras penas... Por piedad , amigos mios , tendèdme una mano , que este templo de Vénus tiene una escala sumamente difícil de subir.

Por fin , ayudado por Creps que tendió un brazo vigoroso , pudo el molido Saucis-

sard subir à lo alto de la tàpia y bajar al suelo del jardin ; pero el señor doctor estuvo mucho tiempo dando volteretas antes de afirmarse en sus piès.

Los tres individuos se encaminaron hácia la casa. Como Creps lo habia previsto sucedió: todas las puertas estaban nada mas que entornadas ; de consiguiente , no tardaron en entrar en la casa.

Mas como ellos no conocian las localidades , tenian que conducirse á tientas. Saucisard , abrumado con tan densas nieblas , tropezò con un banquete y estendiendo sus manos para sostenerse en cualquier parte , tirò una cacerola al suelo.

—Que la peste te ahogue! murmurò Almenor: este alma de miércoles và á despertar toda la casa.

—Tengo yo la culpa?... Me parece que estamos en la cocina.

—Habrán oido el ruido.

—Tanto mejor... con eso se despertarán... no me gusta enamorar à gentes dormidas.

—Ved aquí una puerta.

—Yo tiento un escalon... Subámos, es imposible que no sea arriba donde duerman.

—Canario! donde estoy yo?... me estoy enganchando en todas partes... Aguarden uste-

des, hombres... que demonios! parece que van de cuca!..

Creps subió la escalera y se encontró en una pieza bastante espaciosa... tentó y halló una puerta, abrióla y quedóse parado.

—Quien anda ahí? preguntó una voz melosísima... Eres tú, Catalina?... Eres tú quizá, Emelina?... Estás mala, hija mía?

El Amante de la luna se quedó estupefacto: aquel eco parecía haberlo magnetizado. La voz había callado: mas él escuchaba aun. No parecía sino que trataba de retener en sus oídos aquellos ecos fugitivos que habían herido su tímpano.

Almenor, habiendo tropezado con otra puerta, empujola y estaba abierta.

—Vamos, dijo, aquí se cuele uno como por su casa... esto va sobre la marcha.

Al ruido de sus pasos, una voz dulcísima cual la de un ángel, murmuró:

—Eres tú, mamá?

—No, hermosísima, contestó Almenor dirigiéndose al sitio de donde partía la voz. No, monona, no es mamá, es un amante ardiente, un hombre apasionado, un doncel echando mas chispas que un triquitraque.

Emelina dió un grito de terror, saltó de la cama y echó à huir. Mas Mr. Almenor la

cojé entre sus brazos y estrechándola contra su corazón, exclamò:

—Uy que finita!.. uy que mona!

La jóven redobla sus esfuerzos y logra desprenderse de los brazos del atolondrado jóven y trata de huir à la alcoba de su madre; mas en tan densas tinieblas, no habia reparado en Saucissard que acababa de entrar en el aposento y se precipita en los brazos del harapiento doctor.

—Ya pillé à una, grita Saucissard... ya tengo una... No sé cual es... pero me es igual... Sea la que sea, ya tengo una.

—No, exclamò Almenor, esa es mia; la he cojido antes que tú.

—Déjate de pamplinas, porque esta no la suelto... busca otra... Y que suavita es, cielos!

La tierna doncella no hacia mas que llamar à su madre con lastimosos gritos. Madame Clermont, asustada hasta el extremo, saltò de su lecho; echase una blusa, enciende una bujia y corre al cuarto de su hija.

A la vista de su madre, Emelina redobla sus esfuerzos y logra evadirse del doctor, echándose temblorosa al cuello de su mamá.

—Ya hay dos, grita Saucissard al ver à madama Clermont, cada uno la suya.

Diciendo esto, corren à las bellas damas...

la lucha era terrible... El Amante de la luna apareció repentinamente en el dintel de la puerta.

Apenas madama Clermont lo viera, corre á él y enseñándole á su hija luchando entre los brazos de Almenor y Saucissard, póstrase á sus pies y abrazando sus rodillas, esclama llorosa y compunjada.

—Ah! caballero, por piedad!.. salvad á mi hija!.. Ya os debe la vida, que os deba tambien el honor!.. Tened piedad de nosotras... que somos victimas de esos miserables!.. Oh! protejednos! defendednos!

Crepes tenia los ojos fijos en madama Clermont: durante el tiempo que esta le hablara una mutacion completa obróse en toda su persona. La opaca nube que cubriera su vista, disipóse cual una eesalacion; el color sonrosado de su rostro, se vió remplazado por una palidez extrema; su cuerpo fué agitado por un temblor nervioso; y luego que la madre de Emelina hubo concluido su súplica, se inclina á ella y la levanta del suelo donde yacia prosternada.

Mas como quiera que su amigo de orgía no intimidara á Almenor y á Saucissard, los dos calaveras continuaban forcejeando y luchando con la tierna virgen.

—Bà! bá! exclamó Almenor, creéis que el camarada os và á defender? pues os llevais chasco. Es un amigo... es uno de la partida... con la diferencia que como ya nosotros os hemos cojido antes, èl se contentará con la sirviente.

—Sí, amigo, añadió Saucissard, anda, busca á la criada y déjanos aqui loquear un poco.

Aun no habian los dos arambeles concluido de hablar, cuando Creps, con mano vigorosa, se echa sobre ellos y cojiéndolos en la posicion que figuran à hércules con los dos leones, los arrastrò hácia la puerta.

—He aquí la salida, les dijo con furor... salid pronto... al momento... haced un solo gesto, proferir una sola palabra en contra del honor de estas dos damas, y no respondo de mi cólera.

Los dos borrachos estaban admirados de oir hablar de aquel modo á su compañero de mesa... y de vino.

—Y bien, no habeis oido? añadió Creps dirijiéndose á Almenor que parecia menos dispuesto á marchar. Ved aquí la puerta, salid pronto.

—Pero estais loco, amigo?... què ataque nervioso os ha sobrecojido?... No hemos veni-

do aquí acordes y conformes en el plan de ataque? Vos mismo no nos habeis indicado los medios?... y sin embargo, ahora volveis la tortilla!

—Es que à Mr. Creps se le habrán antojado las tres, murmuró Saucissard que iba bajando la escalera.

—Es porque cuando antes acepté vuestra infame proposicion, estaba ébrio... sin razon, ni juicio... estaba loco... Mas ahora, gracias á Dios, he recobrado mis sentidos y me horrorizo de pensarlo... Vamos, salid ligero.

Almenor mirò al Amante de la luna con indignacion y dándole un puntapié, exclamó:

—No, gran pillo ¿piensas que no entiendo tu plan?

Pero Creps, dándole un empuellon enorme, lo tirò por la escalera viniendo á caer redondamente sobre el doctor Saucissard, que con suma precausion bajaba ya los últimos escalones. Creps baja tambien, y cojiéndolos de nuevo y abriendo la puerta de la calle, los puso fuera; Almenor jurando como un poseído y Saucissard gritando que se contentaba aunque fuese con la sirvienta.

Despues de haberlos puesto en la calle y de haber cerrado la puerta, Creps se quedó en el vestibulo como dudoso en el partido que

debía tomar cuando, Clemencia (porque nosotros sabemos ya que este es el nombre de madama Clermont) Clemencia, digo, acompañada de Emelina, había bajado también, y dirigiéndose á Creps, le dijo con una emoción terrible:

—Caballero, cuanto os debémos ya!.. no solamente es la vida, sino también el honor!

Al ver á Clemencia tan cerca de sí el Amante de la luna, sintió un terrible estremecimiento, y por un movimiento tan rápido como el pensamiento, se caló el sombrero hasta los ojos y se dobló el ala sobre su rostro.

—Nada me debeis, señoras, nada; contestó Creps con voz entrecortada que en vano procuraba hacerla firme y seguida. Mi intención ya lo habeis oído, ahora poco, era tan depravada como la de esos infelices estraviados, que acabo de echar á la calle. Ya sé que para disculparme podía decir que estaba ébrio... que el vino había adormecido completamente mi alma... pero esto no es disculpa, señoras... El estar embriagado no puede servir de pretexto para cometer tales infamias... Así, os lo repito, no me deis gracias á mí, dadlas sí, á Dios, que ha sabido obrar en mis facultades un cambio tan repentino

—De todos modos vos sereis siempre el

instrumento de su misericordia. Si dasgraciadamente vuestro honor y hombría de bien no se hubiera despertado con mis súplicas ¿qué hubiera sido de nosotras?.. Ah! de ningún modo podeis escusar nuestro agradecimiento... Y, os lo juro, un sentimiento cierto é instintivo me dice, que vos no vinisteis con esos foragidos, sino para protejernos y ampararnos.

—No... no, señora, yo era un miserable... estaba loco... La nudosa cuerda que está enganchada a la tapia del jardín, he sido yo el que la ha puesto... yo el que subí primero... pero en efecto, madama, despues de Dios, una sola de vuestras palabras ha sido suficiente para disipar la terrible nube que ofuscara mi cerebro... Ah! si yo hubiera sabido que...

Crepes callòse: temió haber dicho demasiado. Madama Clermont escuchaba al misterioso personaje con un profundo interés y admiracion.

—Mamá, dijo Emelina viendo que Crepes continuaba callado. No has caído en quienes eran esos dos hombres que estuvieron aquí ahora poco?.. Será posible?.. no me habré quizá engañado?.. creo que era el hijo de madama Michelette y el otro estafermo á quien él llama su amigo.

—No he visto mas que uno; y en efecto,

ahora caigo ¡Dios mio! sería por ventura Mr. Almenor!.. el que quisiera deshonrarnos?

—Sí, señora, él era. Los hombres que ceden á sus desenfrenadas pasiones y no detienen su impulso, son capaces de hacer todo el mal imaginable, por horrible que sea... Pero, señoras, compadezcámoslos, estaban locos... el vino escesivo que habian bebido habia turbado su cerebro, habia incendiado su sangre. Sí, madamas, Mr. Almenor y su amigo eran efectivamente... Mas podré dirijiros una suplica?

—Oh! hablad... hablad... caballero.

—Yo no dudo, señoras, que Mr. Almenor y su amigo cuando vuelvan á su razon, no se horroricen de la conducta que han observado con respecto á vosotras... El crimen que iban á cometer es demasiado grande para que á sangre fria no se odie mortalmente. Y bien, madamas, si fuerais tan generosas que consintièrais en guardar silencio sobre este terrible asunto... del que nada mas que vos y la señorita han sido testigos... gracias al cielo! á pesar del ruido, vuestra sirviente no se ha despertado. Pues bien, salvad el honor á esos infelices, que puede ser que vuelvan la cara algun dia á la virtud y á la religion.

—Caballero, guardaremos silencio; jamás

saldrá de nuestros labios una palabra de la escena que ha tenido lugar esta noche: es verdad Emelina?

—Descuida, mamá... No hay duda que esos hombres estaban locos... cuantas penas le está dando ese hijo a madama Michelette, despues que ella lo quiere tanto!... Solamente... que cuando nos encontren en cualquiera parte bajarán los ojos avergonzados.

—Yo les diré, señorita, que ni vos ni mamá los ha conocido... es preciso que el perdón sea ámplio.

—Ah! es verdad, teneis razon, continuó Emelina, con eso estarán menos confusos y avergonzados cuando nos vean.

Madama Clermont no contestara nada; pero su entusiasmo por el Amante de la luna crecia por momentos; porque los sentimientos de este hombre no estaban en relacion con su exterior; su lenguaje correcto y esmerado, indicaban una elegancia exquisita.

—Señoras... me voy... Podeis retiraros a descansar... no temais ya nada en este mundo... sabed que ecsiste un hombre que velará sin cesar por vos.

—Y ese hombre sereis vos? preguntó Clemencia con violencia.

—Es mi deber, señora... procuraré con

ello espiar el crimen que iba á cometer esta noche.

Creps se dirige hácia la puerta.

—Vendreis á vernos algunas veces?

Antes que el Amante de la luna pudiera contestar, madama Clermont continuò:

—Sí, caballero, venid; porque jamás olvidarémos lo que habeis hecho por nosotras... Esta casa estará siempre abierta para vos. Y si algun dia podèmos seros útiles en alguna cosa... mandad con franqueza, caballero.

—Señora, yo no soy digno de tantas bondades; mas creed que jamás olvidaré estas palabras de vuestra boca.

Despues de haber proferido estas frases, casi temblando, Creps, haciendo un esfuerzo sobre si mismo abrió la puerta y salió precipitadamente de la casa. En seguida se dirigió á donde habia enganchado la cuerda, tira de ella y arrácala de nuevo, despues se la lia al brazo y se encamina á la floresta, volviendo la cabeza atrás á cada instante para contemplar aun la casita aislada habitada por madama Clermont y su hija.

Las conjeturas.

EL dia que siguiera à esta noche tan fertil en acontecimientos, todo Corbeil estaba alborotado.

Madama Michelette con hondos ayes y suspiros, referia por todas partes como sus conejos habian roto el candado y se habian encaminado al jardin. Que su gallo habia cantado desusadamente antes de la media noche y su bodega estaba llena de botellas rotas, como si un terremoto horrible hubiera sacudido la tierra.

Mr. Pastoureau por su parte contaba tambien, con unas palabras tan misteriosas y horribles que hacian erizar el cabello, que recojiéndose aquella noche mas tarde de lo acostumbrado, habia tomado por una callejuela desierta para cortar el camino, cuando repentinamente lo suspenden en el aire por los cabellos y saliendo de la pared tres sombras negras con un olor à azufre endemoniado, le arrancan la guitarra y huyen con ella, dejándolo sin sentido en el suelo.

Todos se horrorizaban de aquella ocurrencia; mas el asunto tomó poco despues otro giro, cuando el criado el criado de madama Bertrand referia habia encontrado la guitarra de Mr. Pastoureau en el balcon de la alcoba de su señora.

El tal doméstico tenia tan mala lengua como su señora, y aumentaba *ciertas cosas mas* sobre este asunto.

Entonces decian todos:

—Hombre, eso indica que el sensible trovador ha pasado la noche con vuestra señora.

—Señores, contestaba el criado, yo no sé lo que indica; mas sí sé, que mi ama me mandò recojer mas temprano que lo ordinario so pretesto de que tenia jaqueca: despues ¡como la noche es tan larga!

Madama Bertrand pasaba ya de los cincuenta años y era seca como una paja; mas todavía la echaba de coqueta; y luego despues, como quiera que Mr. Pastoureau era conocido por un adorador general del bello sexo, confirmaban mas las sospechas del criado y la romántica ocurrencia que habia referido para disculpar la pérdida de su guitarra, la miraban todos como una patraña; particularmente las mugeres decian:

—No son malas sombras negras las que han atacado á Mr. Pastoureau esta pasada noche.

Despues se juntaban ciertas comadres de la aldea é iban á referirle á madama Bertrand los comentarios tan terribles que dirijian contra su reputacion. Entonces la pobre señora se defendia de un modo tan singular, que confirmaba las suposiciones que hicieran.

Por lo que hace á Mr. Pastoureau, á pesar de su escesiva sensibilidad, le fastidiaba infinito que lo creyesen el amante de aquel vestiglo; juraba y perjuraba que habia pasado toda la noche hasta cerca de las dos en casa de madama Sanssonet.

—Y como nos probareis, le decian, que el resto de ella lo habeis pasado en vuestra casa?..

A esta pregunta, el infortunado Pastoureau callaba y no respondia, porque en su casa no habia portero con quien atestiguar.

En medio de toda esta farsa é incesante barahunda, habia solamente dos individuos que callaban como dos muertos, veian y atisbaban como dos perros viejos, metidos y arinconados en su cuarto como si temieran presentarse á la luz del dia. Ya adivinareis, amigo lector, á quienes me refiero, al carpantuno Almenor y al mugriento Saucissard.

En efecto, á la mañana siguiente de esta memorable noche, cuando los dos amigos pensaban en lo que habia sucedido, sentian un frio nervioso por todo su cuerpo. Porque introducirse á la fuerza en una casa para deshorrar á unas mugeres y cometer con ellas mil violencias, no es una broma por cierto, es un crimen. Y luego que el vinito de la mamá Michelette habia dejado de obrar en su cerebro, daban gracias al cielo de que Creps se hubiera opuesto tan decididamente á tan terrible atentado.

Mas estos señores no por eso estaban mas tranquilos. Almenor decia:

—Es imposible que madama Clermont y su hija no nos hayan conocido... Es verdad, que no visitan á mamá... pero nos han visto

una vez en casa de madama Bouchonniér y yo tengo un físico bastante impresionable para que se borre de la memoria.

—Y yo también; añedia Saucissard, yo soy un hombre de nota... lo cual me joroba bastante en este momento... pues quisiera tener una facha ordinaria y comun.

—Si esas damas refieren del modo tan indecoroso conque nos hemos introducido en su casa esta noche y lo llega à saber la justicia, vamos à casa de abuela. Y si mi madre lo sabe, como no será extraño, de fijo nos planta en la calle.

—Nosotros negarèmos à pié juntillos... diremos que esas señoras están delirando y que nosotros no hemos salido de nuestras camas en toda la noche.

Los inseparables amigos pasaron todo el dia metidos en el cuarto so pretesto de tener síntomas de tercianas; mas así que llegó la noche, salieron de la madriguera y se encaminaron à la cabaña de Roberdin.

Apenas llegaron à la batraca, se fueron derecho al establo.

—Señores, donde vais? preguntóles el ladador.

—Pardiez! à buscar al amigo Creps... se ha levantado ya por ventura?

—Toma! ya hay algun tiempo.

—Tan temprano?

—Yo no sè lo que tiene, que no ha dormido nada hoy... no ha hecho mas que pasearse por su cuarto... Qué diablos tendrà?... Lo ignoro completamente. Esta mañana cuando vino á recojerse, quise preguntarle algo sobre lo ocurrido anoche; si las niñas habian suspirado mucho ò poco... y saben ustedes qué me contestó dándome un empellon terrible?

—Qué os contestò?

—Que erais unos miserables... Perdonen ustedes, pues me valgo de sus mismas frases.

—Y qué mas?

—Que de aquí en adelante vâ á impedir que nadie insulte à esas damas, que merecen la veneren como à los santos; y el que se atreva á hacerlo le medirá las costillas con su garrote.

—Eso os ha dicho?

—Como lo estais oyendo.

—Es verdad, maese Roberdin, dijo Almenor, nosotros estâbamos ébrios completamente y no sabíamos las pamplinas que ibamos à cometer.

—Lo que es por mi parte, añadió Saucisard, declaro que estaba completamente embrutecido.

—Ya comprendereis que todo aquello era una broma... y cuando llegamos á la casita aislada, Creps que por encanto recobró sus sentidos, nos hizo ver que era una tontera lo que íbamos á hacer.

—Sí, en efecto, replicó Soucissard, por lo cual nos sonrojamos hasta la punta de las narices.

—Y nos fuimos á nuestra casa y nos acostamos tranquilamente.

—Ese es todo el negocio.

—Lo creo, caballeros; además, á mí no me importa nada eso.

—Sin duda; mas, amigo, silencio sobre esto, que nunca se os escape lo mas mínimo.

—Jamás.

—Perfectamente, y nosotros vendremos á comer y beber aquí. Porque no hay duda que se puede tragar, chillar y reir sin tener necesidad de ir á escalar casas, ni despertar las niñas. Y donde estará Creps en este momento? No lo sabeis?

—No. Una hora hará que abandonó su litera y marchó. No sé nada mas.

Los dos amigos salieron de la cabaña. Almenor, en vez de tomar la ruta para Corbeil, la tomó para la campiña: Soucissard, tirándole del redingote, le dijo:

—A qué diablos vas á buscar á ese hombre tan variable como un niño chiquito?.. Para que nos mida las costillas con su enorme garrote?

—No, amigo, no seas cobarde, es preciso verlo y saber que le dijeron de nosotros las damas cuando desaparecimos.

El harapiento doctor tuvo que conformarse con la voluntad de su amigo, y metiéndose las manos en el bolsillo del paletó, lo seguía con resignacion sin hablarle lo mas mínimo.

Después de dos horas de paseo, vieron en fin al Amante de la luna que, apoyándose en su garrote, se encaminaba hacia Corbeil con paso lento y sumido en una profunda meditacion.

Almenor y Saucissard corrieron á él.

—Eh! camarada, estamos incómodo aun con los amigos? dijo Almenor.

—Todavía me duele la rabadilla de los malditos escalones que rodé: añadió Saucissard.

Creps volvióse, y al ver á sus compañeros de orgía, hizo una terrible mueca.

—Etais quizá, dijo, disgustados de que os impidiera el deshorrar á aquellas damas?

—Oh! no... al contrario, se apresuró á

contestar Saucissard, nos alegrámos mucho de ello, porque...

—Sí, murmurò Almenor, estàbamos ébrios y por eso tomamos tan extravagantes ideas... Pero decidme, no os dijeron ellas nada cuando nos fuimos?

—Me dieron las gracias porque os habia echado á la calle.

—Ya comprendo. Mas de nosotros... acerca de nosotros, no os dijeron: «Vaya que el hijo de madama Michelette y su amigo son dos tunantes de á fóllo.»

—No os han reeconocido.

—Serà posible?... ni al uno ni al otro?

—Ni al uno ni al otro. En medio de su terror no tuvieron tiempo de contemplaros. Me preguntaron quienes erais y yo dije que lo ignoraba; que tal vez fuérais de Paris que viniérais por el camino de hierro á algunas diligencias urgentes.

Almenor se sonrió: Saucissard se crujió los dedos.

—Ah! bravo! tanto mejor!

—Ni vistos ni conocidos.

—Es igual, añadió Almenor, lo que es yo, siempre me acordaré de la muchacha... Que pechera!.. Vamos, sin poderlo remediar me vienen unas ideas!..

—Callaos! exclamó Creps con voz terrible: lo que debeis hacer es olvidar para siempre esa noche fatal.

—Vamos, compadre, no sea usted tan rígido, me parece que hablar bien se puede. Aquello pasó; bueno: mas no nos impedirá por cierto que continuemos nuestros ataques al corral, ni que pesquémos las botellas del rico vino.

—Lo que es conmigo no conteis para nada... Ya se acabaron para siempre nuestras relaciones.

—Bueno, contestó Almenor algo picado, nos las pasaremos sin vos, maldita la falta que nos habeis hecho nunca. Sin duda habeis encontrado otro tesoro y por eso nos la está usted echando en grande. Pero nosotros haremos todo cuanto se nos antoje sin necesidad de vuestra ayuda. Es verdad, Saucisard?

El doctor de la mugre no se atrevió a responder, intimidado por las severas miradas de Creps.

—Podeis hacer cuanto se os antoje, dijo este, sois dueño absoluto de vuestras acciones; pero con tal que no se mezclen en ellas madama Clermont y su hija, porque si desgraciadamente le haceis el insulto mas mínimo... si

llegan à recelar de vosotros... Ah! os lo juro aquí en presencia de los cielos , mi venganza será pronta y terrible.

—Bueno!.. bueno! bastante hemos hablado: respondió Almenor volviendo las espaldas al misterioso personaje.

—No hay duda que ese tunante , murmuró Saucissard siguiendo á su amigo , le ha calentado esta noche los pies á la linda viuda y se nos viene vendiendo por protector.

—Para mí es igual , estoy encantado de que esas damas no nos hayan conocido ; eso nos permitirá que mas tarde... no sé cuando... tengo unas ideas!.. me parece que aun estoy viendo á la jóven en camisa... Ves tú , Saucissard? para juzgar bien de las mugeres , de ese modo es como debíamos verlas.

—Participo de tu opinion. Ese seria un medio infalible para que no nos engañaran.

—Sobre todo , si llevaba uno intenciones matrimoniales... La razon es muy sencilla: vas tú á buscar una nodriza para tu chiquillo, por ejemplo, y te está permitido que le tientes los pechos para ver su abundancia y robustez: pues bien , con cuanta mas razon, si yo quiero escojer una esposa, debia estar me permitido que le viera y tentára todo cuanto quisiera?... La nodriza no es mas que para poco tiempo;

la esposa es para toda la vida... Ya ves si la razon es poderosa.

—Es una cosa justa y cuando se reunan las córtes lo haré presente al senado. Haré que se sancione una ley especial para ello.

Dejémos á los inseparables seguir su camino y vamos al Amante de la luna que, tan luego como los perdiera de vista, siguió sus pasos hácia la casita aislada, habitada por Clemencia Marigny.

Al llegar á la referida casa, el hombre misterioso retiene sus pasos y no se dirige sino con precaucion. No parece sino que teme el ser visto, el ser encontrado; pero la noche está oscura y la campiña desierta. Unos pálidos destellos de luz, se escapan al traves de las persianas e indican que los habitantes de la casita aislada están aun despiertos.

Crepes se aprocsima mas. Los armoniosos ecos de un piano hieren sus oidos. Párase y escucha una escelente y sentimental pieza de Bellini que tocaban con maestria y precision. Despues varios walses de estilo escojido y esquisito. Luego es un acompañamiento: el divino eco de Emelina resuena como la voz de un ángel y la cavatina de *La donna del lago*, de Rossini, es cantada con un gusto y perfeccion extrema.

El hombre de la noche se queda estasiado con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos fijos en el firmamento escucha aun: sin embargo, hace tiempo que la voz ha cesado. Las luces han desaparecido. Un silencio sepulcral reina en la casa. No hay duda, todos se han entregado al reposo y el descanso.

Pero Creps permanece allí todavía y solamente la clara luz del alba es la que lo obliga á retirarse.

Los días renacen y se suceden y luego que la noche esparce su negro manto sobre la tierra, el Amante de la luna, vuelve otra vez á los alrededores de la casita aislada. Tomando siempre las mismas precauciones para aproximarse y ocultándose luego que siente pasos; alejándose también cuando las ventanas de la casa se abren temiendo que alguien salga á ellas y lo vea; acercándose con alegría cuando todo está silencioso y entregado al sueño; no separándose de allí hasta el crepusculo de la mañana.

Mas de una vez Creps ha visto al joven Isidoro Marcelay hablar por la ventana con la tierna y pura Emelina, pero esto no tiene nada de extraño, pues la primera vez también los sorprendió en sus amorosos coloquios. Luego que el hombre misterioso vé á los dos amantes

departir acerca del fuego devorador que á sus corazones oprimen, se para algunos pasos distantes de la casa y parece dispuesto á impedir que nadie turbe tan ardorosos acentos.

Cerca de un mes se pasa de este modo. Estamos ya á último de Noviembre: los dias son cortos, las noches frias y los árboles poco á poco se van despojando de su verde follage.

Mas Emelina é Isidoro, no aperciben el cambio que se ha obrado en la naturaleza, por que su pasion ecsiste, sus corazones arden aun en amorosos incendios y todo lo demás que no tenga relacion con esto, le es indiferente á los dos jóvenes. Dichosos y radiantes en repetirse mil veces que se aman y se adoran, no echan de ver el frio de la noche, ni la copiosa niebla que cubre la campiña. Sin embargo, cada vez que Isidoro habla en secreto con la tierna virgen, le pregunta si puede ya aventurarse á declararse á la mamá y pedir su mano. Mas la hermosa doncella que teme siempre el que su madre rebuse tal oferta y sea causa de un rompimiento con su amado, le suplica que espere que aguarde otro poco de tiempo. Entonces el doncel la mira, còjele la mano la estrecha contra su corazon y ecsalando un abrasador suspiro, se conforma, á su pesar, con las treguas que su amada le propone.

Varias veces Isidoro ha imaginado, el rogar à su prima Elmonda que sondee el corazon de madama Clermont, acerca de sus intenciones con respecto á su hija y que le pregunte si rehusaría à un jóven caballero, que à la par de ofrecerle un corazon apasionado, le ofreciera tambien una fortuna brillante y dichosa.

Pero todas las veces que el jóven ha pronunciado el nombre de Emelina, madama Bouchonnier se ha mordido los lábios con frenesí y ardientes lágrimas han rodado por sus mejillas, con una espresion de dolor tan vivamente pintado sobre su rostro, que el amado primo ha enmudecido y ha tenido que estrecharla contra sí, para poder calmar en algun tanto su penoso estado.

Una noche encaminandose Creps mas temprano de lo acostumbrado, hacia la casita aislada, se sorprendió de ver el silencio tan profundo que reinaba en toda ella y juzgando que seria que estaban todos ya dormidos, se aproximó de una vez hacia la puerta de la calle, en cuyo escalon sentado, pasaba todas las noches en vigilante guardia.

De repente suenan pasos por la callejuela de enfrente, dos mugeres se aprocsiman; son madama Clermont y su hija, que vienen de la tertulia de madama Bouchonnier; el hombre

de la noche las reconoce, levántase y trata de huir sin ser visto, mas ya es tarde, las dos damas lo han reconocido y han corrido hácia él.

—Cuanto me alegro de veros, caballero, dijo Clemencia Marigny con un tono el mas afectuoso y dirigiendo al incògnito una de aquellas sonrisas que le ganaban todos los corazones. Cuanto tiempo hace os esperábamos!.. Cuanto mal nos habeis hecho con no venir à ver à vuestras protegidas.

—Oh! mamá tiene razon, añadió Emelina, hemos hablado de vos infinitas veces y hemos esperado que vinierais. Ah! cuan mal habeis hecho en habernos olvidado!

El Amante de la luna se quedó mudo é inmòvil. Un momento despues inclinò la cabeza y saludó à las dos damas tratando de retirarse. Emelina habia corrido à tirar de la campanilla para que habrieran la puerta y Clemencia que adivinara el pensamiento del hombre misterioso, enlazó su brazo con el del desconocido diciéndole con infinita gracia y dulzura:

—Oh! amiguito, no os ireis asi de ese modo y tan pronto... Huir de unas personas que os quieren tan de corazon y que tanto os deben! Oh! eso seria cruel!.. No somos ingratas, caballero, á los beneficios que nos prodigan... No

es muy tarde aun, entrad y tendrémos el gusto de disfrutar de vuestra amena conversacion.

—Señora, tantas bondades! murmurò Creps con voz sentimental y apagada... no soy digno... no merezco tanto favor... Y si me vieran en vuestra casa... yo! un miserable vagamundo!

—Y bien, caballero, que podrian decir luego que supieran que vos habeis salvado à mi hija?... No es justo que seamos agradecidos: si Dios nos manda que amémos à nuestros enemigos, con cuanta mas razon debe obligarnos al agradecimiento y al reconocimiento de los beneficios?... Y si supieran tambien que os debemos el honor... Mas esto es un secreto entre nosotros y aunque mugeres sabemos guardarlos. Perdonadme, caballero, si de vos abuso, mas creo que... evitais las miradas del mundo, creo tambien que teneis penas y pesares secretos, los cuales no deben salir jamás del recinto de vuestro corazon... y que tal vez por evitar las preguntas indiscretas, con que nos abruma las jentes curiosas é impertinentes, rehusais el trato y amistad del mundo. Si en efecto no me he engañado, lo que es por esto no debeis tener nada de nosotras. Yo sé respetar los secretos de otro... porque tambien los tengo que laceran terrible-

mente mi alma. (Clemencia dió un íntimo suspiro) Y no solicito jamás la confianza de nadie, porque no debo nunca consentir en que obtengan la mia.

Madama Clermont callò. Creps guardò un profundo silencio. Estaba indeciso en el partido que debia tomar mas al fin haciendo un esfuerzo terrible sobre si mismo contestò:

—Mañana, madama, podré venir á visitaros... lo que es ahora, me es absolutamente imposible... sin embargo, creed que todas vuestras palabras se graban en mi corazon como el buril sobre el cobre.

Entonces el Amante de la luna volvió á saludar á la madre y á la hija y se separò de ellas con acelerados pasos.

—Que personaje tan singular! exclamó Eme-
lina, rehusar entrar un momento en nuestra casa... Cualquiera diria que nuestras ofertas le fastidian y nuestra compañía le causa miedo.

—No, no es eso hija mia; ese hombre no es lo que aparenta... Ese modo tan elegante de explicarse no nos anuncia una existencia ordinaria y villana. Sin duda se avergüenza de su presente miseria, comparándola, tal vez, con su antigua opulencia.

—Tienes razon, mamá; por eso oculta tanto su figura, como si su espesa barba no fuera

suficiente para ello. Tal vez si no le hubieramos dicho nada, hubiese entrado un poquito.

—Querida mia, seamos indulgentes respetemos su secreto y dejémos libre sus pensamientos: amèmoslo por el bien que nos ha hecho y roguemos á Dios que no nos veamos mas en necesidad de la proteccion de ese incògnito.



Una proposición singular.

Pocos días después de lo que llevamos referido, el Amante de la luna ha cambiado en algun tanto sus prácticas ordinarias, no es ya solamente de noche cuando sale, es si tambien de dia y á la esclarecida luz de un brillante sol.

Una vez, de las varias que se paseaba por la floresta, vió encaminarse hacia él, un elegante caballero que parecia, sin duda, acababa de apearse del convoy de los caminos de hierro y se dirigia hacia el campo con paso precipitado.

Acada momento, el tal señor, volvía la cabeza atrás para mirar á su rededor, como una persona que esta dudosa, si es aquel ó no el camino que debe seguir.

En una de sus miradas, el elegante individuo reparó en Creps á poca distancia de si; mas este lo observaba con infinita indiferencia. Entonces, el señor, despues de haber mirado un momento à aquel hombre tan extraño, se acercó á él y con demasiada vivesa y acritud preguntóle.

—Sois, buen hombre, del pais?

—Os importa á vos saberlo? contestó Creps por su parte, con aquel tono y aire que solia tomar cuando le acomodaba y que intimidaba al mas político interlocutor.

Lo que es esta vez, no dejó de causar su efecto; pues el estrangero sorprendido del tono con que aquel pobre diablo acababa de contestarle, añadió ahora con voz dulce y sumisa:

—Perdone usted... mas quisiera que tubiera la bondad de darme razon si voy ó nó extraviado.

—Eso es ya diferente. Donde quiere usted ir? yo conozco perfectamente el pais y sus contornos, con que espliqueuse usted, señor caballero.

—Yo quiero ir... á una parte... no es en la

aldea... es en la floresta... á una cabaña... de un tal... el nombre no me acuerdo... mas se me figura es... Roberdin.

Creps tenia un conocimiento profundo del corazon humano, para que no adivinase al momento que toda aquella redundancia de palabras, del elegante caballero, no era mas que un vano pretesto para evadir las sospechas que pudiera inspirar el que un caballero tan peripuesto de Paris, tubiera relaciones con el leñador Roberdin, habitante de una miserable barraca. El Amante de la luna, desentendiéndose de que todo lo hubiera comprendido, respondió:

—Casualmente conozco perfectamente la casa de ese caballero Roberdin.

—Y por donde tomaria yo, para llegar allí mas pronto?... està muy lèjos de aquí?

—Habrá un cuarto de hora de camino... las señas que os diera, por muy claras que fueran, siempre os serian desconocidas... Venid conmigo, yo mismo os llevaré... Eso será lo mejor.

—Ah! tendriais por ventura la bondad de incomodaros por... enseñadme esa cabaña... Yo os recompensaré con generosidad vuestra fina oferta.

—Caballero, yo no pido nada, ni necesito de nada. Ya lo veis no tengo que hacer y me es.

toy paseando un rato... me es indiferente que sea por un lado ò por otro.

Los dos hombres siguieron su camino. Creps, tomando su paso habitual largo y ligero, siempre iba delante del elegante personaje, que parecia poco acostumbrado á una tan larga caminata á pié.

—Perdone usted, caballero, si voy demasiado de prisa; dijo Creps parándose por la tercera vez á fin de aguardar al extranjero, que lo seguia con mucho trabajo.

—En efecto, sois un excelente andarín... yo ya estoy infinitamente fatigado... Llegaremos pronto?

—Si señor; al fin de esta vereda en que estamos, està la cabaña de Roberdin.

—Oh! me alegro, porque me voy poniendo en estado de no poder dar un paso.

Unos momentos despues, el Amante de la luna parábase á unos cuarenta pasos de la barraca.

—Caballero... aquella es la cabaña de el que buskais... no hay con quien equivocarla pues està sola enteramente.

El caballero paróse tambien. Ecsamina la cabaña. Un sentimiento de desconfianza se pintó en su fisonomía y pareció clavar sus pasos en aquel sitio. Creps por discrecion volvió

la espalda y dió algunos pasos para retirarse, mas el elegante extranjero lo detubo:

—Antes de alejatos si quisierais, por un efecto de vuestra esquisita bondad, hacedme un favor.

—Hable usted.

—Yo deseo hablar con ese Roberdin, mas no quisiera entrar en su cabaña... tengo mis razones para ello... Si quisierais ir y decirle que uno lo busca... un caballero que... tiene cosas *muy esenciales* que decirle, lo aguarda aqui bajo estos álamos...

—Con mil amores, voy á desempeñar vuestro encargo.

—Esperad antes, que os gratifique algun tanto.

Diciendo esto el caballero sacó su bolsa y empezó á contar varias monedas. Pero Creps desentendiéndose de tal accion se alejó diciendo:

—Bueno, muchas gracias, dadle eso á Roberdin de mi parte.

El extranjero lo miró con admiracion y guardándose de nuevo las monedas murmuró:

—Que hombre tan original... rehusar así el dinero!.. quien podrá ser ese personaje.

Entretanto Creps habia entrado en la baraca y habia dicho á Roberdin, que un caba-

llero muy elegante lo aguardaba bajo los primeros álamos. El leñador palideció en un principio, mas despues de haber hecho à Creps el retrato de aquel caballero, le dijo concluyendo su filiacion:

—No es así?

—Justamente; parece que lo conoceis bastante.

«Es mi hombre, murmurò Roberdin.»

—Y viene solo? continnò; no lo acompañia ninguno de figura sospechosa... quiero decir, ningun lacayo...

—Solo... enteramente solo; en mi concepto ha venido por el camino de hierro.

—Sí, no habrá querido venir en su carretela quizá por prudencia.

Creps no dijo nada. Roberdin mordióse los lábios temiendo haber dicho demasiado, despues vá allá dentro, entra en su cuartucho y sacando de una antigua gaveta, bastante deteriorada, unos papeles, los cojió y salió fuera... Creps se pone al quicio de la puerta y examina al caballero que estaba paseándose bajos los árboles y à Roberdin que con acelerados pasos se dirigia hácia él.

—Algo tienen de misterioso... murmuró el hombre de la noche, alguna accion infame existe entre esos dos individuos. Mas à mi que

me interesa, allá ellos se entenderán.

Diciendo esto, el Amante de la luna entró en un bosquecillo de amapolas y alelies y recostándose sobre una yedra, se embebió en sus continuas reflexiones y éstasis cotidianos.

El leñador llegando hacia el elegante extranjero se quitó el casquetillo y haciendo una profunda reverencia:

—Buenos dias, Mr. de Riberpré.

—Silencio... Silencio ¡voto é brios! replicó el banquero haciendo una seña á Roberdin para que callara. No veis todas las precauciones que tomo para venir á veros... que ni aun quiero entrar en vuestra choza y os poneis á chillar mi nombre como...

—Caballero, usted ha de perdonar... ha sido una inadvertencia... además estamos completamente solos... os aseguro que nadie nos habrá oído.

—En el campo y cuando los árboles están tan abundantes y corpulentos, es preciso hablar siempre con sigilo y desconfianza. Vamos, acercate ¿y esos papeles?... ya sabrás de los que te hablo?

—Si, señor, los de mi amigo Montriél... Oh! aquí los traigo... adiviné al momento que erais vos quien me llamaba y me apresuré á recojerlos.

—Ese hombre que me ha servido de guía, me habrá conocido por ventura?

—De donde diablos quereis que os conozca, un pobre hombre que duerme de día en el establo de mi choza y de noche se sale á contemplar la luna.

—Bien. Dame los papeles de Montriél.

—Venga los francos estipulados.

Riberpré sonrióse con malicia, toma su bolsa y sacando un billete de quinientos francos lo entrega á Roberdin. Este lo toma con alegría, entregando al banquero los referidos papeles; el cual despues de convencerse que eran efectivamente de Montriél, los guardò con aire de triunfo. Roberdin con los ojos radiantes de gozo y alegría, contemplaba el billete.

—Guardate eso, simplon, no ves que si cualquiera viese tan crecida suma entre tus manos podia creer que... me habias robado.

—Cáscaras! caballero, que estais en todo, exclamó el leñador guardándose el billete en una faltriquera de su blusa.

—Ya hemos terminado el negocio. Eh?

—Sí, señor, ya hemos concluido.

—Bueno. A propósito, madama Clermont y su hija continuan viviendo aun en Corbeil? El leñador sonrióse sardónicamente.

—Si, señor, contestò. Esas damas viven todavía à la entrada de la aldea... la casita àislada de la derecha. Si su merced quiere que lo acompañe... ò mi sirviente...

—No; contestò Riberpré palideciendo un momento; no, tengo razones poderosas para evitar la presencia de madama Clermont... mas quisiera ver à la hija... verla sola un momento... hablarla tambien... Comprendeis?... mas sin que lo sepa la madre.

—Sí, os comprendo; mas vuestro deseo es bien difícil pues esa jóven jamás sale sin su madre.

—No tienen mozo... una criada por ventura?

—Si, señor, tienen una doncella, mas os lo repito, la señorita Clermont no sale jamás sin su madre.

—Vive Dios! que me contraría eso infinito, es posible que vuelva á Paris, sin contemplar á ese modelo de perfeccion tan decantado?... á ese ángel de Corbeil, segun la llaman?

—Calle usted, dijo Roberdin despues de haber reflexionado un momento. Puede ser que hagámos algo, yo conozco un hombre...

—Un hombre!!... quien es pues ese hombre.

—Ese que os ha conducido hasta aquí y ha ido á avisarme que me aguardabais.

—Ah! ese hombre misterioso que tiene trazas de mendigo y rehusa el dinero que le ofrecen?

—Ese mismo; Mr. Creps.

—Mr. Creps!!!, no lo entiendo.

—Ya os lo he dicho, caballero, ese hombre misterioso, que ha juzgar por la ocupacion de su vida, debe estar algo tocado.

—Que relaciones pueden ecsistir entre esas damas y ese ente singular?

—Voy á deciroslo. Una noche Mr. Creps, salvó la vida de la hija de madama Clermont, que se estaba ahogando en el lago y desde entonces acá...

—Ya comprendo.

—Pues bien, si Creps fuera y le dijera que un desgraciado implora su misericordia... y evita las miradas de su madre, porque la tiene muy ofendida en extremo...

—Cáscaras! murmuró el banquero y despues continuó alzando la voz: bien, ya entiendo, lo que es menester que ese Creps lo comprenda tambien.

—Oh! descuidad, es un hombre de entendimiento sutil y puño duro.

—Y puño duro! tal vez, el canalla, confiado en eso tenga tanta uadacia y bachilleria... Y donde estará ahora?

—Pardiez! no le veis allí recostado bajo aquellas yedras... parece que està dormido.

—Pues despertad á ese hombre tan extraño.

No dormia por cierto el Amante de la luna, sino que cuando se entregaba á sus recuerdos y meditaciones, se abstraia tanto del mundo, que bien podia decirse que su cuerpo estaba en la tierra, mas que su alma se hallaba completamente embebida en sus ideas. Mas oyendo que lo llamaban, el hombre de la noche queda sumamente sorprendido, al ver ante si, al estrangero y al leñador.

—Hóla! amigo Creps... aquí teneis á este caballero, que necesita de vos; pero que os recompensará con generosidad... Oh! yo bien sé que no sois interesado, mas este señor, me pagará á mi por vos é iremos así desquitando alguna cosa de vuestro continuo haspedaje.

Creps contemplò alternativamente à Roberdin y al caballero. Este intimidado, algun tanto, por la mirada enérgica del hombre misterioso, hizo señas al leñador para que continuara.

—A este caballero... le han ponderado tanto la belleza de la señorita Clermont...

Al oir, el hombre de la noche, nombrar à la señorita Clermont, hizo un movimiento nervioso convulsivo, mas reponiéndose en se-

guida y disimulando, en cuanto pudo, aquel impetu involuntario de su constitucion violenta, fijó una mirada en el banquero y pareció que leía en su corazon.

Roberdin continuó:

—Como os iba diciendo, á este caballero le han celebrado tanto la belleza de la señorita Clermont... Creo que se llama... Etelvina, ó Ebelina, que sè yo, una cosa así viene à ser; pues bien, este caballero desea verla, mas no quiere ser visto de la madre... El señor, tendrá sus razones para evitar las miradas de madama.

Roberdin pronunció estas palabras, como en disculpa de la reserva del caballero. Riberprè impaciente tomó la palabra:

—Oiga usted, buen hombre, no se trata mas que de saber, si vos podeis hacer salir á esa jóven, sola, de su casa y llevarla á... donde vos digais... para que yo la vea y la contemple un momento à mi satisfaccion. He aquí todo. Podeis vos hacerlo, si ó no.

Creps, con su terrible y escrutadora mirada, contemplaba al banquero. No pudiendo este soportar tan imponente fiscalizacion, asfiadió con despecho:

—No se trata de que me mireis tanto, sino de si podeis ó no.

Creps levantóse y cojiendo su baston respondió:

—A mi me parece que sí.

—Luego me habeis comprendido?

—Pardiez! tengo yo cara de camuezo?

—Oh! el amigo Creps tiene un entendimiento perspicaz, exclamò Roberdin, no os lo dije yo, Mr. de Ri...

Una terrible mirada del banquero, hizo espirar su nombre en los labios del leñador. Despues volviéndose à este, le dijo con tono seco y desabrido:

—Oiga usted, maese Roberdin, ya no necesito de vos; con que así, puede usted retirarse à sus negocios y quehaceres... ahora con este hombre tengo bastante.

Roberdin obedeciò á su pesar, pues hubiera deseado ser testigo de lo que pasara; mas no queriendo disgustar al banquero replicó:

—Ea, amigo Creps, hasta la noche.

Mr. Riberpré y el hombre misterioso, se encaminaron hacia Corbeil. Antes de entrar en la aldea, á unos veinte pasos, paròse el Amante de la luna y enseñando al caballero un banco de piedra que habia á un lado del camino, le dijo:

—No ande usted mas, siéntese aquí, que yo pasaré por este sitio con la muchacha... vos

la vereis y la contemplareis à vuestras anchas y... puede ser que nos sentémos aquí á vuestro lado un poco.

Crepó desapareció.

Mr. Riberpré sentóse en el banco de piedra, que el hombre misterioso le indicara. Un breve rato permaneció sumido en profundas reflexiones; mas sacudiendo repentinamente la cabeza, sacó la petaca y echó un cigarro, como para desechar alguna idea que le disgustara.



La entrevista.

EL Amante de la luna no tardò tres segundos en llegar à la casita aislada: párase, enjúgase el copioso sudor que por su frente corría y tira del cordon de la campanilla. Emelina que estaba bordando en la sala de la calle, asómase á la ventana para ver quien era y dando un grito de alegría, exclamò:

—Ab! mamà es él! nuestro protector, que al fin viene á vernos.

Madama Clermont levántase entonces y se

dirige à la ventana con su hija, vè al hombre de la noche y baja á recibirlo, pues ya Catalina le habia abierto la puerta de la calle.

—Sois vos al fin, caballero? Entrad, dijo Clemencia à Creps, que parecia temeroso de entrar en el salon y estaba apoyado en el quicio de la puerta. Ah! quanto me alegro de veros; pues creiamos que ya nos habiais olvidado enteramente.

Diciendo estas palabras, madama Clermont, con aquella gracia que le salia del alma, estendió su mano para estrechar amigablemente la del Amante de la luna; pero este, como temeroso de cojerla, diò un paso atrás é inclinandose hasta el suelo contestò con su voz seca y desabrida:

—Yo señora me anonado con tanto favor è indulgencia y no se como explicaros la satisfaccion que siente mi alma, por la honrosa acogida que acabais de darme, mas si he venido à vuestra casa, si me he atrevido ha pasar vuestros umbrales, es porque creo que tal vez os serviré de alguna utilidad.

—Cielos! amenazarà á mi hija algun nuevo peligro, exclamó Clemencia echándose en los brazos de Emelina.

—Sosegaos señora, tal vez me haya yo explicado mal... puede ser que no haya nada que

temer y vos misma lo juzgareis si consentís en escucharme un momento á solas.

—Sola, Dios mío! exclamó Emelina á su vez y abrazando con mas fuerza á su madre. Oh!.. entonces será á vos á quien amenaza algun peligro.

—Señorita, repito que lo ignoro todo completamente.

—Querida Emelina, dijo madama Clermont, me parece que no tenemos nada que temer y aunque lo hubiese ¿no contamos ya en este mundo con un celoso protector?.. Venid, Mr. Creps.

Madama Clermont y el hombre de la noche, entraron en una alcobita pequeña y despues de haber cerrado por dentro la mampara, dijo la bella señora:

—Vamos, ya estamos solos, hablad, caballero.

Creps, despues de haber mirado al soslayo, á aquella muger tan hermosa; con una espression de dicha y melancolía y como si tratara de evocar inútiles recuerdos, exclamó al fin:

—Hay pocos momentos, señora, que un caballero muy elegante, como de unos cincuenta y cinco á cincuenta y ocho años y que parecia acababa de llegar por los caminos de hierro, me preguntó por la cabaña de Roberdin... Yo lo

conduje á ella y como temiera entrar en la barraca ; fui y le dije á Roberdin , que lo esperaban. Ellos se quedáron hablando y yo me retiré á pasearme, cuando poco despues vienen los dos, el caballero y Roberdin. Por último, ese caballero que tiene todas las apariencias del gran mundo... aunque la insolencia de sus palabras indican que no es de la alta nobleza, quiere ver á la señorita Emelina.

—A mi hija?

—Sí, señora, no quiere mas que verla para juzgar, segun dice, si es justa la fama que corre de su hermosura... no quiere mas que verla.

—Oh! Dios mio! si...

—Pero parece que teme vuestra presencia... porque desea ver á vuestra hija sola... sin que vos la acompañeis.

—Oh! es él... es él.

—Por último; me dijo, que si yo podria sacar á vuestra hija á dar un paseo por la floresta bajo cualquier pretexto... Esta proposicion me ha parecido, señora, tan singular, que la he aceptado.

Madama Clermont, cuya inquietud y zozobra crecia por momentos, balbució con temblorosa voz:

—Ese caballero está avejentado?

—Nada, señora, tiene todo el espediente de una juventud ardorosa.

—Su figura?..

—Pálido, ojos negros y pelo negro, también; mirada atrevida y altanera, el aire sardónico, la voz seca y la palabra brusca.

—Oh! es él!.. Sí, él es, ese es su esacto retrato.

—Roberdin sabe su nombre; pero parece que ese caballero se envuelve en el misterio. Sin embargo, el leñador iba à nombrarlo por inadvertencia; pues dijo, Mr. Ri... pero nada mas que esta sílaba; la que yo he retenido para ver si de ella podeis tambien deducir algo.

—Oh! sí, estoy convencidísima, quien sino él podia desear ver á mi Emelina y evitar mi presencia... Qué motivo lo traerá por aquí, santo Dios?.. Deberé temer ó esperar... será algun cambio feliz, para mi hija?.. querrà quitármela... Oh! entonces no sobreviviría à tal dolor... Y ese Mr. Duvalin que está malo, hace tanto tiempo... quien me aconsejará ahora lo que debo hacer.

Copiosas lágrimas corrian por las hermosas mejillas de la desventurada Clemencia. El Amante de la luna la contemplaba profundamente conmovido.

—Sufris, señora!.. bien lo veo... que rela-

cion puede tener ese hombre con vuestro destino?... Ah! me arrepiento de mi indiscrecion... si lo hubiera sabido que tanto os habia de molestar!...

—No, al contrario, os doy gracias por lo que acabais de hacer... y de que en secreto me lo hayais dicho... pobre Emelina, es inútil que sepa si se acuerdan de ella ó no... para que atormentarla! para que entristecerla!... pobre niña! me quiere tanto!... seria matarla hacerla que me abandonase y sin embargo, si de este sacrificio depende su dicha y su ventura, lo acepto gustosa. Donde habeis dejado à ese caballero?

—Muy cerca de aquí... sentado en un canapé, situado en la vereda de Champrosay.

—Y aguarda?...

—Que yo pase por allí con vuestra hija.

—Pues bien, ahora mismo pasareis con ella.

—Como, señora, consentis!...

—Sí, amigo Creps, consiento... porque debo consentir en los deseos de ese hombre... yo no puedo ni debo impedir que el vea à mi Emelina, tal vez de esta entrevista dependa su felicidad... no podrá verla sin amarla... Pero os la confío á vos: lo entendeis? confío á vos, lo que tengo de mas precioso en el mundo... porque

ya le habeis salvado la vida y el honor... Oh! pero juradme, caballero, que si ese hombre trata de llevarsela, no lo consentireis?

—Consentirlo!.. antes le ablandaria la mollera con mi nudoso garrote. Mas qué derecho puede tener ese hombre?..

—Què derecho?

Clemencia miró à su rededor, despues apocsimòse aun mas à Creps y continuò bajando la voz.

—Si, os lo confiaré, solamente á vos, ese hombre es... el padre de Emélina; ese hombre es mi esposo.

—Ah!

El Amante de la luna temblò mortalmente: una espesa nube oscureciò su frente y dejando caer la cabeza sobre el pecho, no pudo mas que balbucir:

—Gran Dios! Vuestro esposo... què... existe aun?

—Si, ecsiste... Ah! si supierais cuan desgraciada soy... jamás he tenido un solo amigo à quien comunicar mis cuitas; solamente á Duvalin, mas à ese lo veia de tarde en tarde, yo necesitaba á mi lado un corazon sensible y compasivo, que continuamente derramara sobre el mio, el bálsamo del consuelo... si, las he ocultado hasta á mi misma hija, porque à la

juventud no debe rodearla , sino el placer y la risa: yo me decia: «no entrístezcamos á Emelina con los pesares de su madre!...» Si , padezca yo sola... seré mártir eternamente ; mas que no me separen de mi hija... ¿Me la volvereis , es verdad?

—Os lo repito , señora , no temais nada.

—Si , es verdad , tengo confianza entera en vos. Dadme esa mano , amigo mio... dejad que toque siquiera vuestra mano y tal vez me tranquilice.

Crepes reflexionò ; parecia temiera tocar la blanca y suave mano que se le presentara , pero ya Clemencia le habia tomado una de la suyas con avidez. Al sentir la presion de aquella hechicera mano , el Amante de la luna palideció como un cadáver. Estremeciose terriblemente , cuando sintió cojida su mano por la de aquella muger tan bella é interesante. Sin embargo , el hombre de la noche no pudo resistir mas y la estrechò con frenesi.

Aquella muestra de cariño , pareció tranquilizar á madama Clermont.

—Ya no temo nada , dijo: llamémos á Emelina , pero ocultémosle la causa verdadera ; busquemos un pretesto para que salga ; pues si ella supiera á quien iba á ver... su turbacion , sus temores le impedirian conservar su gracia

acostumbrada... y quiero que él la vea rodeada de todos sus atractivos.

Clemencia llamó á su hija. Emelina corrió al momento. La amable jòven estaba inquieta y aguardaba con impaciencia la llamára su madre.

—Ah! mamá que tienes?... tú has llorado

—En efecto, hija mia, pero no debes por eso alarmarte, por que la narracion que acaba de hacerme tu libertador, es bastante sentimental. Se trata de una pobre muger... sumamente desgraciada.

—Una pobre muger! y no podremos socorrerla?

—Sí, hija mia.

—Cuanto me alegro... Y donde està esa infeliz?

—Aquí cerca... no se atreve á llegar, si no vas tú á asegurarla que yo consiento en verla.

—Ella te conoce?

—No importa; tú irás con Mr. Creps á donde ella esté, mientras tanto, yo prepararè lo preciso para socorrerla.

—Y la traerèmos?

—Sin duda.

—Oh! que alegría!.. es tan dulce socorrer à los desgraciados!.. Venid, Mr. Creps... andad, ya estoy lista.

—Espérate, hija mia... ponte la capota de paja y el camay... ¿A ver los cabellos?... ven acá, voy à arreglarlos.

—Pero, mamá, esa pobre què entiende de peinados?

—Ya, pero puede alguien encontrarte y... quiero que te vean siempre guapa.

Poco le importaba á la jòven que la encontràran fea ó bonita: no habia en la tierra mas que una persona á quien trataba de agradar y esa persona sabia ella que aquel dia no estaba en Corbeil. Sin embargo, la jòven se dejó arreglar y componer por su madre, que no hacia mas que suspirar al contemplarla.

—A la verdad, mamá, que esa pobre muger te ha conmovido infinito; por qué estás tan triste!

—Tiene uno dias, hija mia, en los cuales está nuestra sensibilidad mas ecsaltada... Ea, anda, ya estás bien... Dame un abrazo, vida mia y prontito.

—Señora, cuanto antes.

—Y con la pobre muger: añadió la jòven.

Emelina y el hombre misterioso salieron de la casa. Madame Clermont, asomada en la ventana, no los perdió de vista hasta que torcieron la esquina.

Creps andaba muy ligero; mas asi que

se iba aprocsimando al banco de piedra donde estaba sentado Mr. Riberpré, fué acortando los pasos.

—Es por aquí, donde hemos de ver á esa pobre muger? preguntò Emelina mirando á su rededor.

—Sì, señorita... justamente es aquel el banco donde tiene que esperarnos... mas yo no veo sino un caballero, que no tiene por cieto trazas de mendigo... Pero no importa; lleguèmos... ella vendrà pronto.

Un momento despues llegàron á algunos pasos de distancia del canapé. Creps hacia como que miraba à lo léjos; mas sus ojos se fijaban sobre el individuo que estaba sentado allí y parecia observar la impresion que la vista de su hija produciera en èl.

Riberpré habia visto venir hácia èl, à su hija Emelina, acompañada del hombre discolo (como él pensaba). El banquero la contemplaba con detencion.

En un principio el padre estaba frio é impacible; pero quando Emelina estaba bien cerca de él y pudo ver sus gracias y atractivos, una ligera alternativa se operò en sus facciones.

—Sentémonos un poco en este banco, dijo la jóven, y aguardarémos aquí à esa pobre muger.

—Es verdad , señorita , teneis razon; contestò Creps.

La jóven , despues de haber hecho un saludo de cabeza , sentóse juntó á su padre: el Amante de la luna lo hizo al otro extremo.

—Perdone usted , caballero , si lo incomòdo ; pero es tan pequeño este banco!

La voz de Emelina era dulce como su sonrisa. Riberprè , à su pesar , sintió su influencia y no fué sino con cierta emocion con la que respondió:

—Sentaos , señorita... este banco es de todo el mundo... y segun preveo , me parece que esperais à alguien.

—Sí , señor , una pobre muger á quien mamá me manda buscar para socorrerla... ¡Ea tan buena mi mamá!.. Ah! si ella fuera rica , no habria desgraciados á su rededor!.. Es verdad , Mr. Creps?

Este bajò la cabeza. El banquero se estremeciò sin poderlo disimular. La hermosa jóven , sin echar de ver este movimiento , continuò:

—Pero me parece extraño que no esté aquí esa pobre muger!.. Caballero , no la habeis visto pasar?... no ha llegado aquí?..

Estas palabras eran dirigidas à Riberprè que , contemplando á su hija , se sentia en-

ternecido por las gracias, por el encanto natural de su persona. Al fin, respondió con aire distraído:

—No, señorita, no; aquí no ha venido nadie.

—Ah! si no viniera ¿donde la encontraríamos?

—Lo ignoro, señorita, contestó Creps: yo creo que será necesario renunciar á la esperanza de encontrarla... Pero siempre vuestra accion tendrá el mismo mèrito y la recompensa del cielo será siempre igual.

—Ya, pero la satisfaccion no es la misma... el placer que yo hubiera tenido en socorrerla!.. Puede ser que aun venga todavia.

Creps, al soslayo, miraba à ver la impresion que causaba en el banquero la vista de una hija tan bella y virtuosa; que, sencilla y candorosa, en aquellos momentos estaba manifestando sus piadosos sentimientos. Pero despues de haber Mr. Riberpré considerado á su hija algunos momentos, levantóse de repente, como si temiera dejarse cautivar y llevando la mano al sombrero, murmurò algunas palabras ininteligibles y se alejó con precipitado paso, sin volver siquiera una vez la cabeza atrás.

—Calla! y que despedida tan díscola ha

hecho ese caballero! exclamó Emelina mientras que Creps seguia con la vista al banquero que se dirigia hácia el embarcadero de los caminos de hierro.

—Eso será, sin duda, porque echaria de ver el convoy que va á partir y no querrá detenerse mas.

—Pero esa pobre muger no viene... qué harémos?

—Señorita, me parece que seria infructuoso el esperarla mas, y que mejor seria volvernos á vuestra casa, pues ya la mamá estará inquieta por tan larga ausencia.

—Es verdad, teneis razon; amigo mio... Es la primera vez que salgo sin ella!

Emelina se levantó: Creps lo hizo tambien. La bella jóven, al volverse para sacudir las arrugas de su vestido, vió una moneda de oro en el sitio donde habia estado sentado el banquero.

—Ah! mirad una moneda de veinte francos... No son esos veinte francos?... Sin duda que se le han caido á ese caballero que estaba aquí sentado... Si pudiéramos llevárselos!.. pero está tan lejos!..

—Me parece enteramente inútil; contestó Creps que en aquella moneda veia el pago de la accion que acababa de hacer al banquero.

—Oh! tengo una idea. Ese caballero tan elegante, nos ha oído hablar de esa pobre muger que queríamos socorrer y habrá dejado aquí esos veinte francos para que se los demos... Oh! no hay duda que es eso... y así se fué tan ligero, para que nosotros no le obligáramos á que recogiese su dinero... Si, eso es: ¿no es verdad, Mr. Creps?... *Haz bien y no sepas á quien...* Oh! que corazon tan generoso!... Vea usted aquí lo que es juzgar á primera vista: ese caballero me parecia á mí sumamente servero y discolo en un principio... mas si ahora lo encontrara me parecería mejor.

Creps escuchaba á la tierna virgen y admiraba; como una alma inocente y generosa, veia una buena accion en lo que comunmente no es mas que el cálculo del egoismo ó de una accion infame.

Emelina entregó la pieza de oro al hombre misterioso y le dijo:

—Tomad, y os encargo que procureis indagar el paradero de esa muger y le entregueis esto de mi parte.

Los misterios.

EL Amante de la luna seguia à la divina jó-
ven sumido en una meditacion profunda.

«Hablar à su hija (pensaba) y no sentir en
su corazon el deseo vivo, el ansia de estre-
charla contra sus brazos... Tener una hija tan
divina, tan bella y virtuosa y abandonarla sin
dirigirle siquiera una palabra afectuosa... Ese
hombre no es digno de su dicha. Ah! si yo
algun dia encontrara tambien!.. Pero esto es
una quimera, una ilusion... Que diferencia,

tal vez... yo tendria quizà que avergonzarme, mientras que él, puede estar envanecido de su hija.... Mas á que atormentarme con recuerdos tan dolorosos!

En una inquietud viva y violenta estaba ya madama Clermont: la ausencia de su hija le parecia demasiado larga: pálida y temblorosa, contaba los minutos y á cada instante se asomaba á ver si la veia venir.

La hija llega al fin: su madre la abraza la besa, la oprime contra su pecho con amorosos trasportes. La hermosa jòven, cuenta el resultado de su paseo. No olvida nada; ni el encuentro del caballero, ni el olvido de la pieza de oro, y como es de suponer, la madre la oye con un interés profundo y le hace repetir varias veces unos pormenores que parecen tan indiferentes.

—Tú lo ves, mamá, dijo Emelina concluyendo su narracion... volvemos solos: la pobre muger no ha parecido...

—Y ese caballero no te ha dicho nada?

—No, mamá... Pero nuestro amigo Creps la encontrará, la socorrerá de nuestra parte.

—Sin duda... Y te miraba mucho?

—Quien, mamá?

—El caballero que estaba sentado contigo.

—Si... mucho, me estaba observando de

pies á cabeza... eso en verdad me incomodaba bastante.

—Y no parecia... turbarse?

—Turbarse? tenia un aspecto tan seco y tan duro!... Bueno, à mí me importa eso poco; asi como asi, ha dejado veinte francos para socorrer á esa infeliz... que es lo que me interesa...

—Pero no te...

—Mamá, ese caballero parece que te interesa mucho... Lo conoces por ventura?

—Tal vez, murmuró Clemencia volviendo la cabeza. Mas siendo asi, que ese caballero nada te ha dicho, anda para arriba y continua tu bordado.

Emelina dió un beso à su madre y saludó con amabilidad á Creps, retirándose à su aposento; pero las repetidas preguntas que su madre le habia dirigido sobre el estrangero y la entrevista secreta que su protector tuvo con su madre, los lloros de esta y todo lo ocurrido, le obligaban á creer, que el objeto de su salida no habia sido sino un vano pretesto, y que todo aquello encerraba un profundo misterio.

Clemencia y Creps quedaron solos.

—Habeis sido testigo de la entrevista... sabiais que era su padre, que deseaba conocer

á su hija... lo habeis observado... habeis leído en su alma... Y bien, qué?

—Se ha visto obligado à hacer justicia à las gracias y belleza de... vuestra hija... No hay duda que se ha sorprendido... lo he leído en sus ojos... Mas tranquilizaos, confio en que no os separará de Emelina.

—Què os obliga à pensar así?

—Hay en el corazon de ese hombre otra pasion que lo ciega y lo violenta... En vez de entregarse à la dulce emocion, que à su pesar sentia, al ver á su hija tan bella é interesante; levantóse bruscamente y apresuróse á huir como si temiera dejarse llevar del sentimiento paternal que experimentaba... Os lo repito, señora, no os privará de vuestra hija.

—Oh! tanto mejor!.. tanto mejor!.. y sin embargo, soy una egoista en desear esto; pues conmigo mi hija es pobre; mientras que con él seria rica.

—Pero con vos dichosa. Y bien lo sabeis, madama, *qué es la riqueza junta con el pesar?*

Creps saludò á madama Clermont y se dirige hácia la puerta. Clemencia lo detiene.

—Ya nos abandonais?

—Y qué falta hago yo aquí?

—Es decir, que no quereis vernos mas que cuando necesitamos de vos.

El Amante de la luna sonrió con tristura.

—Convenid , señora , que si me vieran amenudo en vuestra casa , mis visitas no es harian favor alguno... estos vestidos tan miserables!

—Yo no miro la ropa , amigo mio , sino el corazon.

Despues , tendiendo una mano à Creps , continuó:

—Ahora conoceis perfectamente el misterio que rodea mi ecsistencia y la tristeza que tan amenudo oscurece mi frente... Yo no deseo saber vuestros secretos ; mas me seria tan dulce el poder consolaros!

—Es verdad , madama , que el consuelo es un bálsamo calmante para las heridas del alma... pero cuando uno mismo es el autor de su ruina... entonces , señora , es bien difícil olvidar las desgracias , y sobre todo , el contarlas. Sin embargo , desde que os volví á ver... es decir , desde que os ví por vez primera , sentí que podia vivir aun , para la dicha y la vventura... Porque si por un lado me ha humillado mi posicion triste y miserable , por otro el deseo de seros útil y serviros de algo , ha reanimado mi valor decaído... Ya lo veis , madama , yo tambien os debo.

—Y no querreis deberme aun mas?... Entre

amigos no es un placer servirse mutuamente; es sí, una obligacion...

Clemencia bajó los ojos; no sabia como continuar: sin embargo, tenia un vivo deseo de ver á este hombre singular, bajo un vestido menos miserable.

—Tomad, caballero, continuó con firmeza y haciendo un terrible esfuerzo; y no penseis que por esto trato de humillaros. La pension que mi marido, en un principio, me asignara, no era sino bastante módica en verdad; pero gracias á las representaciones de un amigo que se interesó por mi hija y por mí, la actual pension me basta para vivir con decencia y hacer algunas economias. Pues bien, probadme que me mirais como á una amiga... aceptad esta suma... la rehusais... No será sino como un préstamo si quereis... me la volvereis mas tarde... Caballero Creps, sed mas razonable, recibid esta corta cantidad de unas amigas que tanto os deben... Lo que una vez entregué á Roberdin era tan poco!

—Cómo! exclamó Creps mirando atónito á Clemencia: habeis dado á Roberdin dinero para mí ¿y ese miserable lo ha recibido?

—Lo ignorábais?

—Ah! señora!... vos habeis querido pagarme porque habia salvado á vuestra hija...

vos habeis creído que para mí, el placer de hacer una buena acción, era nada, sino estaba acompañada del interés... sino me la pagaban... Pero sí, debiais creer todo eso... mi facha y mi aspecto miserables, os daban derecho para pensar así de mí; porque la pobreza, según el gran mundo, no debe conocer buenos sentimientos... La grandeza de alma... la generosidad... la humanidad... la caridad fraterna!... ¿pueden los desgraciados conocer todo esto?... Pero recibir el dinero de vos... de vos... ah!

Y el hombre de la noche, ocultando su rostro entre las manos, se abandonó á un dolor acerbo. Clemencia se aproximó á él y tocándole en la espalda con dulzura, le dijo con unas palabras que partían del corazón:

—Es de mí quizá de quien rehusais los servicios?... habeis de ser siempre vos el que nos los ha de rendir? Bien, caballero, sea así como lo quereis; nosotras seremos de otra idea que vos; porque seremos siempre dichosa en deberos algo, de estaros obligadas: esto es tan verdad, amigo mío, que si cualquier peligro nos amenaza, mi hija y yo no dudaremos en dirijirnos á vos y rogaros que nos liberteis. Prueba de ello, que os he hecho confianza del secreto de mi vida; de quien era

esa persona que queria ver á Emelina... por que tengo confianza en vuestra amistad... confianza entera... Ved aquí la diferencia que existe entre nosotros dos.

Estas dulces palabras cambiaron en algun tanto el estado doloroso del hombre singular; que , cojiendo con avidez las manos de Clemencia y estrechándolas contra su pecho , exclamò:

—Perdon , señora , perdon de mi arrebatò; pero el infortunio nos hace injustos y desapiadados.

Despues volvió á saludar á madama Clermont y se retirò con acelerados pasos; dejando á esta , muda y pensativa , de quien podia ser este misterioso personaje , que siempre que lo miraba volvia la cabeza para evitar el encuentro de sus ojos.

Entre tanto , Creps , con tápido paso , se dirigia hàcia su morada. Entra en la cabaña y arrojándose sobre Roberdin que , descuidado hasta el extremo , estaba bebiendo y fumando ; lo arrastró hasta sus pies y cojiéndolo por el pescuezo , le dijo:

—Malvado!.. has recibido dinero para mí, de aquella señora à quien salvè su hija!..

—Si... en efecto... de madama Clermont... murmuró Roberdin que quedó como una ove-

ja; pues sabia que era en vano cuantos esfuerzos hiciera por salvarse de aquel alcides.

—Sí, de madama Clermont, miserable!..

—Es verdad... pero ya de eso hace mucho tiempo... No me apreteis tan fuerte, hombre de barrabas!.. Sí, me acuerdo... el tunanton de Garguille me aconsejó que me lo guardara y lo partiera con él. Pero yo os lo devolveré... no os incomodeis... ahora mismo si queréis...

—No, yo no quiero el dinero, lo que quiero es romperte la cabeza.

—Romperme la cabeza!.. delirais, amigo Creps... estais chocheando... Soltadme que me estrangulais.

—Sí, voy à romperte la cabeza, como no me contestes à una pregunta.

—Hablad... hablad pronto.

—El nombre de ese caballero que ha estado contigo hoy por la mañana.

—El nombre... del particular... Es que no quiere que lo sepan.

Creps sacudió á Roberdin y enarboló el garrote.

—Riberpré!.. Mr. de Riberpré... banquero de Paris, calle de san German... Canario! vaya el señor á paseo. Seria una friolera que por él me dejara yo ablandar los sesos.

—Está bien, dijo Creps soltando á Roberdin, toma esos veinte francos, que me dió por el servicio que le hice esta mañana... mas tarde me contarás que relaciones ecsisten entre tí y ese caballero tan elegante.

Dijo y tiró al leñador la pieza de oro, retirándose à su dormitorio.

—Vaya un hombre original, murmuró Roberdin guardándose el dinero; queria ablandarme la cholla porque me habia quedado con su dinero y ahora me dá el que acaba de recibir... Decididamente que este hombre está tocado... loco de remate... bien hacen en apellidarlo el Amante de la luna.



El desengaño.

EL jóven Isidoro Marcelay , desde que ha consagrado todos sus momentos à la amable Emelina y los cortos que le quedáran sáfos, à su prima Elmonda , se puede afirmar que habia olvidado completamente á la bella, cuanto apreciable Felicia.

Sin embargo , la linda andaluza amaba aun al jóven doncel , á pesar de sus desvios y á pesar , tambien , de estar íntimamente convencida de que adoraba à la angelical Emeli-

na; no obstante, ella se habia informado que las relaciones que ecsistian entre los dos jóvenes eran puras. Con paciencia esperaba que aquella llama, puramente plantónica, se extinguiese, como le sucede à todo fuego que le falta el aliento.

Y el deseo de la venganza que fermentaba en el fondo de su alma, se habia mil veces contenido á la sola idea de que su rival era una joven inocente: sabia bien, que era todo el amor y la esperanza de su madre. Por que Felicia, abandonada por la suya, miraba siempre con veneracion y respeto aquellas felicidades domésticas y maternas y no se atrevia à turbarlas.

Hace quince dias que Isidoro no vá por casa de Felicia. Jamás ha estado la ardorosa joven tanto tiempo sin verlo. Su resentimiento habia llegado al estremo. Ya no podia sufrir mas. Felicia corre á su gaveta, coje una pluma y escribe estas palabras:

«Caballero Isidoro: os suplico que tengais la bondad de venir á verme, aunque sea por la última vez; pero á lo menos que sepa yo hemos concluido: quiero oir de vuestra boca, que no ecsisten relaciones entre nosotros. Mirad que sin falta os espero.—FELICIA.»

Despues de haber entregado este billete á su camarera para que lo llevara á casa de Isidoro, sentóse en el sofá y ocultando su rostro entre los cojines, derramó, desesperada, copiosas y ardientes lágrimas: al llanto siguióse una convulsion nerviosa, en la cual se hizo tiras el pañuelo de batista, que en su mano tuviera, y mordióse la preciosa colonia que sujetara su canezú: despues, inmóvil y lívida como la cera, aguardaba á la criada. Esta no tardó en entrar y en participar á su señora que, Mr. Isidoro estaba en su casa y le habia contestado que dentro de cinco minutos estaria en la de Felicia.

— Al fin vá á venir: exclamó la jóven renaciendo en su pecho la estinguida esperanza y corriendo por su cerebro como una ecsalacion, todavía, de amor y ventura.

Despues corre al tocador y arregla su peinado, quítase las dos rosas que á cada lado tuviera y pónese un elegante adorno de violetas y jazmines. Pobres mugeres! como se afanan! Y para qué? para parecernos bien y cautivar-nos. Cuando saben que son amadas y correspondidas, se encuentran bien de cualquier modo; mas cuando temen, cuando recelan algo de su dueño, entonces, mientras mas se componen, mas feas se parecen.

Isidoro llegó en efecto. El jóven amante, que maldito si sentia por Felicia la menor inclinacion, cedió, al fin, á la súplica para decirle (segun ella le prevenia en el billete) «que sus relaciones se habian estinguido completamente.»

—Era pues preciso que yo os escribiera... que enviara á buscaros? dijo Felicia con voz tierna y celosa todavia. Sin esto, jamás hubiérais venido ¿es verdad?

Antes de contestar, hizo Isidoro mil saludos. No hay duda que es menester tener alma firme, para decir, de boca, á su querida, á la que os ha prodigado mil caricias y deleites: «Ya no os amo; estoy mas frio que un vaso de mantecado.» El paso era pesadillo para el jóven caballero. No obstante, Isidoro reflexionó que, despues de todo; sus relaciones con aquella muger no podian ser eternas, que ella misma podia figurárselo, que sus extremos eran ridículos, que Felicia se consolara pronto con otro, como es la práctica general de esas damas, y que si deseaba casarse y ser feliz, no debia continuar unas relaciones que jamás podian tener este resultado.

Entonces, tomando una silla y sentándose junto á la jóven, cojió una de sus manos y le dijo con bastante dignidad, para sus pocos años:

—Querida Felicia , he estado siempre por la franqueza, tanto en amor, como en amistad. Engañarse mutuamente es una cosa bastante criminal... Cuando uno deja de amar un objeto... lo que no es por cierto un crimen, supuesto que muchas veces se opera este fenómeno á disgusto de nuestra amistad: convenid conmigo que es mejor declararlo de una vez y desengañarse mutuamente... Mi buena amiga , nada hay eterno sobre la tierra ; sobre todo , las relaciones... formadas por el placer... Me dispensareis el que os devuelva vuestra libertad... que mas tarde la hubièrais tomado por vos misma... y vos me dejareis á mí tambien mi libre albedrío. ¿No es cierto?

Felicia tembló y palideció , retirando suavemente la mano que Isidoro aun tenia entre las suyas y contestando al doncel con voz sorda y miradas de sombrío fuego.

—Conque es decir , que ya no me amais?

—Mas... si no siento amor por vos , creed que tampoco me sois indiferente... y que mi amistad...

—Basta , caballero , basta... yo no os pido vuestra amistad... la rehuso y no quiero nada de vos... Mas , creedme , hace tiempo que leo en vuestro corazon vuestra indiferencia y desvio ; y lo hace tambien , que conoz-

co la pasión que os domina y por la cual me sacrificais.

Isidoro hizo un movimiento de sorpresa: Felicia continuó, agitada por profundos sentimientos:

—Sí, sí, lo sé todo... conozco vuestro romance amor por esa joven de Corbeil... Sé que adorais á vuestra Eméline... tambien sé su nombre... ¿lo ois?... Oh! no creais que me engañabais, no, todo lo sabia; pero esperaba, sí, esperaba á que esa llama se extinguiera en vuestro pecho, como todas las que han dominado vuestro corazon, tan susceptible al amor como al olvido. Pero nada, ya lo veo, teneis razon; concluyámos de una vez... Ah! dadme gracias de que no he turbado vuestros amores... Pero he tenido piedad... no de vos, joven perjuro, sino de esa pobre niña, de esa inocente vírgen, que es las delicias de su madre, sinò...

Felicia lanzó á Isidoro una furibunda mirada. El joven estaba mudo de sorpresa.

—Sed dichoso, continuó la joven con aparente calma, casaos con ella... amadla... adoradla... y procurad sed mas constante con vuestra esposa, que lo habeis sido con vuestra querida.

Isidoro trató de responder algunas frases;

mas la iracunda jóven , enseñándole la puerta del gabinete , le dijo con imperiosa voz:

—Marchaos.

Entonces el doncel , con la cabeza baja y las orejas coloradas , como dos amapolas , cogió el sombrero y sin decir *amen* , tomó el portante.

Luego que Felicia dejó de oir los pasos de Isidoro , que bajaba la escalera , dió rienda suelta á su dolor , se tuerce las manos desesperada , se dá cabezones contra la chimenea y jura y grita como una poseida.

—Dios mio!.. decia , es posible?.. ya no me ama ; si , él mismo me lo ha dicho... me ha abandonado para siempre... ya no lo veré mas... Ah! si lo hubiera abrazado , si lo hubiera estrechado contra mi corazon... tal vez hubiera vuelto á mí... y lo he dejado partir!.. Dios mio!.. como tengo de vivir ahora?.. El ama á otra!.. à otra!.. oh! que crueldad!.. Matadme , Dios mio!.. muera yo mil veces , antes que...

Felicia no puede continuar y cae anonadada en el sofá ; la puerta del gabinete se abre y una mojer corre à la desventurada jóven y al verla en tan penoso estado , exclamó:

—Qué tienes?.. què es eso?.. què te ha sucedido?.. Vamos , Felicia , sosiégate... habla...

respóndeme... es Adela... es Tintin... tu amiga... Oh! será posible que padezcas tanto?... un ataque de nervios! . voy à mandar que te hagan una taza de tila... que traigan espíritu de naranja...

Felicia detiene á Tintin , diciéndole con voz estenuada:

—No... no quiero nada... nada... es inútil.

—Pues dime lo que tienes , morena... confíate á tu verdadera amiga... Lloras , sí , lloras, eso te desahogará algun tanto y despues cuéntamelo todo... será quizá por tu amante por quien asi te desesperas?

Felicia levantò la cabeza , dió un profundo suspiro y exclamò derramando copioso llanto:

—Ya no me ama... él mismo ha tenido la barbarie de decírmelo...

—Bá! bá! bá! y es por eso por lo que lloras?... Una muger de talento como tú y haces esas niñadas... Creías que te iba à ser constante *hasta la muerte* como ellos dicen? Desengáñate , ninguno que se viste por los pies es bueno. Yo les tengo guerra declarada.

—Si , yo creía que me sería siempre fiel... yo lo amaba entrañablemente y...

—Lloras por un amante! vaya una boberia! En mi vida creo que he derramado una

lágrima... nó, ahora me acuerdo que he llorado también; una vez, por un gato que se cayó por la ventana à la calle, y como era el cuarto piso, podia haberse matado... pero no se hizo nada; los indinos tienen siete vidas: otra fué una noche, estando perfectamente vestida para ir al baile, zás! me encajé todo el quinquè en el traje de seda y me lo llené de aceite; y como quiera que no tenia otro para mudarme, llorè porque me veia obligada à quedarme en casa. Sí, yo convengo que se llorè, pero por cosas que merezcan la pena... pero por amantes!... Yo daría seis por un pastelillo de ostiones.

—Adela, tú no comprendes el amor... tú no coñoces lo que es una pasión. Es en vano que trates de convencerme... tú no eres cual yo... no posees mi alma, ni mi corazón... Si así fuera, comprenderías el sentimiento que siento por Isidoro... verías que es un amor verdadero y absoluto... Lo adoraba, lo idolatraba... el ingrato no me amò mas que una noche.

—Bien poco, por vida mia.

—El era mi ídolo, mi vida, mi existencia, todo para mí... porque mi alma ardiente tenia necesidad de amar, y yo que no tenia una madre... un padre à quien hacerlo, le habia entregado á él la llave de mi pecho; pe-

ro sola... enteramente sola... abandonada de todo el mundo...

—Lo que es por mi parte, como quiera que cuando chica mi madre me peinaba con un demonio de peine que parecia una rasqueta y me desollaba viva, la verdad, el recuerdo que de ella tengo es muy poco agradable por cierto... Los parientes! fuego con todos... Luego mi padre, cuando no sabia la leccion de ortografía, me hacia bailar la mazurca al son de un terrible chicote, á quien él llamaba Mr. Franconi, que me daba un julepe bueno... Mas volviendo á tu ex-amante, cuéntame, chica, cuéntame.

—Está enamorado de una jóven que vive en Corbeil con su madre. Sábia... bien educada... hermosa... ah! se casará con ella de positivo.

—Ah! entonces no me digas nada; por que cuando esos babiecas dan en la mania de ser padres de familia, el demonio que los aguarante. A mí mil veces me han dejado, diciéndome: «Amiga, se acabó el tiempo de la broma, voy á casarme.» Entonces yo les respondia: «Bueno, muchas espresiones á la señora y decidle que estoy pronta á informarla de vuestras *cualidades secretas*.» Pero la infamia es, que dicen eso y luego no se casan; sino

que... ya tú me entiendes. Puede ser que el tuyo también...

—Oh! conozco perfectamente á la jóven que él ama y sé que jamás consentirá en ser su querida.

—Ya, pero eso no prueba nada... como él tiene otras relaciones!...

—Otras relaciones? preguntó Felicia con avidez. Cuéntame, por donde sabes eso?

—No te lo he dicho antes, porque no me gusta enredar; mas ahora que se ha concluido... Pero ha sido del todo?

—Sí, para siempre; habla sin cuidado.

—Yo no lo sé por mí misma; sino un día, la niña Leonis... tú sabes quien es la Leonis, esa muchacha que walsa tres horas seguidas sin parar?

—Sigue...

—Y una pícara lengua, entre paréntesis, pues bien, ponderándole yo una vez tu fidelidad por Isidoro, me dijo: «Buena tonta es Felicia en eso; porque él se la pega en grandola, como que yo lo he visto.»

—Leónis ha dicho eso?

—Como lo oyes.

—Y qué más?

—Como quiera que no me interesaba y la infidelidad de un hombre no me parece cosa

extraordinaria, no le pregunté mas... hablámos de otras cosas.

Felicia se levantó, coje el sombrero y el schal y le dice à la Tintin:

—No sabes tù donde vive Leonis?

—No... hace bastante tiempo que no la veo.

—Adela (con imperio) yo quiero ver á Leonis hoy mismo, al momento... Vamos á buscarla... es preciso, indispensable el encontrarla.

—Aguarda... yo no sé donde vive Aglaura. Aglaura es ahora la querida de Mr. Pigeonnac... Ella ha dejado à Courtinet, ó Courtinet ha dejado á ella... eso no importa... Mr. Pigeonnac era antes el amante de Leonis, de modo que por èl, sabrémos donde esta vive.... Además, que *el que tiene boca á Roma vá.*

—Ea, pues sobre la marcha.



Venganza de una muger.

LAS dos damas salieron , subieron à un fiacre y Adela Rotin dió al cochero las señas de la grande Aglaura. Llegan al fin , Tintin baja del cabriolè entra en la casa y sale otra vez subiendo de nuevo al carruaje y diciendo:

—Ya no vive aquí , ha mudado de domicilio. Esa Aglaura es como yo , jamás puedo vivir mas de un mes en una casa. Cochero, calle de los Màrtires , número 25.

El fiacre vuelve à partir. Durante el cami-

no, la amable Tintin trata de distraer á su amiga, motivando mil conversaciones á cual mas halagüeñas y divertidas; pero Felicia no tiene mas que un pensamiento; el de hablar á Leonis y hacer que esta le cuente todo cuanto sepa acerca de Isidoro.

Vuelve á parar en el nuevo domicilio. Adela Rotin baja sola y entra en la casa. Esta vez la ausencia se prolongó; al fin sale, una jòven la acompaña. Felicia dá un grito de alegría al reconocer á la señorita Leonis.

La intrépida bailarina tenia la figura bastante animada y estaba en completo desórden. Tintin se apresura á hacerla subir al fiacre, diciendo:

—Por san Luis que llegué á tiempo!.. Qué es lo que encuentro en casa de Aglaura al entrar?.. A Leonis, que se disponia á saltarle los ojos... Cuando noté que la conversacion estaba en este grado tan alarmente, me interpuse entre las dos damas, á pique yode recibir algunos bofetones... me vi y me deseè para separarlas... por fin, coji à esta por un brazo y me la he traído... A propósito, donde vamos ahora?

—A mi casa, contestó Felicia.

—Oh! es igual! murmurò la señorita Leonis arreglándose los bucles. Ya veré á esa gran

pilla y me las pagará todas juntas... Robarme à Mr. de Pigeonnac y con él, una saboneta de repetición que ese caballero me habia prometido... Ah! vive Dios! que...

—Se trata de un reloj? preguntó Tintin: entonces escuso tu cólera... Pelearse por un amante es un absurdo... pero por un reloj de repetición es ya diferente... Yo prefiero su movimiento... Y tal vez Pigeonnac, ha hecho la barbaridad de dar la muestra á Aglaura?

—Sí, querida, pero mas barbaridad es, que ella la haya aceptado; bien sabia que era para mí; pues delante de ella misma me la habia ofrecido... Una saboneta esmaltada de piedras y montada sobre diamantes!

—Oh! eso es afrentoso... robar un amante à una amiga suya... no està muy bien, pero pase... mas robar una muestra de repetición... ah! ese es un tráfico de cocineras. Imperdonable, chica, imperdonable.

Felicia, dejó á Leonis arrojar todo el fuego de cólera que oprimiera su pecho, pues por experiencia supiera que en aquel estado no podia responderle como ella quisiera; mas luego que llegan à su casa, luego que Leonis se ha bebido tres vasos de horchata para refrescar la sangre, entonces Felicia le explica el motivo que ha tenido para buscarla y le ruega le

cuenta todo lo que sepa acerca de Isidoro Marcelay.

—Lo que yo se, exclamó Leonis, es que es un tunante como todos y que has hecho bien en romper con él.

—Ya, pero yo quiero datos, pruebas de su infidelidad.

—Pruebas? Lo he visto en juego redondo con una muger.

—Cuándo?

—Bien fácil es decir la época... justamente al día siguiente del baile de coristas de la ópera... dado por Tintin... No te acuerdas?... pues tú estuviste en él.

—Sí, ¿y qué mas?

—Al día siguiente del baile, era domingo, me acuerdo muy bien... Pigeonnac estaba de guardia... Calla!... era Pigeonnac?... no, no, era otro... era...

—Parece que te embrollas; su nombre no hace al caso: replicó Tintin.

—En fin, el amante que tenía en ese tiempo estaba de guardia y me había dado una cita en los campos-Eliseos, à donde vino à buscarme con su uniforme de guardia-nacional: por último, llegamos à casa de Petit-Moulin, pastelero de los Campos-Eliseos, y entrámos en un gabinete. Poco tiempo hacia que esta-

riámos en èl , cuando entráron unos individuos en el inmediato. Yo , como soy tan curiosa , lo confieso , me fui de puntillas hasta la puerta del gabinete vecino , à ver si podía guipar algo ; pero tenian la puerta cerrada: en su defecto, apliqué la oreja y conocí la voz de Isidoro Marcelay.

—Su voz!.. podias haberte engañado.

—Oh! no me equivoco tan fácilmente... y su querida , segun creo , era su parienta; por que èl la llamaba *mi querida prima*.

—Su prima!.. su prima!.. infame!

—Cuando se acabò la fiesta , la dama salió la primera ; entonces miré por la ventana y tomè su filiacion: bajita de cuerpo , gruesa, vestido de seda verde perla , un camay de seda negra , un sombrero de paja de Italia y un velo blanco que la cubria toda... Por último , sale el caballero ; entonces sí que lo conocí , era tu amante Isidoro.

—Su prima! exclamò Felicia levantàndo los ojos al cielo , en los cuales se hallaba pintado todo el despecho , todo el deseo de su venganza. Su prima era su querida y ni había yo adivinado... y lo creia enteramente ocupado en su romanezco amor... Que tanta era yo en pensar que un amor platónico seria bastantepor sí solo á llenar los deseos de un corazon ardien-

te!.. Cuanto se habrá reído de mi credulidad, cuando le dije que conocia el objeto de su amor!.. Oh! pero se lo juro, no reirá por mas tiempo; porque me voy á vengar terriblemente.

—Y harás bien, dijo la Tintin.

—No lo difieras mucho, añadió Leonis.

En este momento sonò la campanilla y la camarera se presentó en el gabinete, entregando una carta á su señora. Esta, despues de haberla leído rápidamente, escapó una amarga sonrisa y exclamó:

—Oh! esta vez le aseguro que ha de recibir contestacion. Rosa, espera alguién?

—Sí, señora, aguardan la respuesta.

—Dí que espere un momento.

Rosa salió. Felicia, enseñando la carta á sus amigas, añadió:

—No sabeis quien me escribe?... Mr. Bouchonnier.

—Al gordo papaito?

—El primo de Isidoro?

—Justamente, el marido de la querida de Isidoro. Vean ustedes lo que me dice el muy habieca:

Felicia desdoblò el perfumado billete, escrito en papel vitela con relieves de oro, el cual estaba concebido en estos terminos:

«Hasta cuando, muger hermosa, habeis de poner estribos á mi amor y freno á mis deseos?.. Soltad las bridas, yo os lo suplico, y galopemos los dos por el audaz campo de la voluptuosidad.»

—Es posible! exclamò Leonis, parece que ese señor està dando lecciones de equitacion. Sigue.

Felicia continuó:

«De la voluptuosidad... Y ese desgraciado chaleco de franela... ha de ser siempre una eterna silla sobre vuestro pecho? (Se cree que llevo puesto su chaleco). Una sola esperanza sino me desboco... una sola palabra... concedme solamente una hora y tened piedad de un hombre que habeis puesto en combustion.—

«TIBURCIO BOUCHONNIER.»

—Perfectamente, dijo Felicia; vamos à contestarle.

Diciendo esto, la linda jóven fué á la gaveta, cojió la pluma y escribiò. Poco despues tomò el billete y dirigiéndose á las dos damas, replicò:

—Escuchad lo que le contesto:

«Caballero: yo no amo ni á los tontos ni à los presuntuosos, cuando me probeis que no sois ni lo uno ni lo otro, recompensaré vuestro amor. Vuestro primo Isidoro me ha engañado y me ha despreciado no solamente por la señorita Emelina, cuyo honesto amor le hubiera perdonado, sino tambien por vuestra muger, que es su querida. Sí, con vuestra muger, con la cual... se desayunó y &c., en la pastelería de Petit-Moulin, en los Campos-Eliseos, el domingo, dia siguiente del baile dado por Tintin, en union de las coristas de la òpera. Y no creais que sea ilusion, los han visto perfectamente. Vuestra señora iba vestida del modo siguiente: Trage verde-perla, camay de raso negro, sombrero de paja de Italia y velo blanco. El resto es bien fácil inferirlo; ahora lo que os toca es, vengaros y vengarme à mí justamente.—

«FELICIA.»

—Muy bien, dijo Leonis, es un escrito lleno de fuego!

—Pierdo las orejas, si esos caballeros no se baten, añadió la Tintin.

—Y luego, otra casa desbaratada... otra muger perdida... Oh! es admirable, continuó Leonis.

—Ya vas demasiado lejos, murmuró Adela... eso de perder una casa... la paz matrimonial turbarla por una galantería...

—Y qué, dijo Felicia, tienes tú en nada lo que él me ha hecho sufrir.

Tintin calló, Felicia llamó á la camarera y entregó la revolucionaria respuesta: después se tiró con arrogancia sobre el sofá y exclamó mas consolada:

—Tienen razón en decir que, *la venganza es el placer de los dioses.*

—Oh! que idea, exclamó Leonis levantándose y corriendo hacia la puerta, yo también quiero vengarme... Yo conozco una costurera, á la cual Aglaura le debe dinero y que no sabe donde esta vive; yo iré y se lo diré y añadiré, que puede pagarle, supuesto que tiene una rica saboneta de repetición, que la empeña ó la delate al comisario... Oh! que placer, ahora me las va á pagar todas juntas esa gran bribona.

Leonis salió como un relámpago.

—Allá va esa otra aturdida, dijo Tintin.

—Esa muchacha me gusta por su impetuoso genio.

—Volviendo á los amantes, no me acusa la conciencia de haber sido jamás causa de ningún duelo. Me parece que el remordimiento será cruel.

—Y el placer inefable de la venganza?

—No entra en mi cálculo: estoy por las prácticas de madama Mazzepa.

—Sí, de esa mari-macho. Que muger!

—Mari-macho ò mari-hembra, esa sí que lo entiende. Ahora tiene puesto en su casa una especie de hostería, donde no se hace mas que almorzar à tres francos el cubierto.

—Que especulacion!

—Por supuesto que hay una reunion de artistas dramáticos y operistas de Rusia, de mil demonios. Quieres venir y almorzaremos allá?

—No, querida, gracias.

—Yo, cuando no quiero encender candelas, me encajo allá y nunca falta quien me pague el desayuno. Anda, chica, ven y te distraerás.

—Distraerme! mi dolor está en el corazon: ese no encuentra tan fácilmente consuelo.

—Pues yo, hija mia, voy allá. Con tu pèrmiso.

—A Dios, mi querida Adela.

La Tintin partiò: Felicia quedò sola. Despues de una larga meditacion, acompañada de continuos suspiros, levantóse y corriò de nuevo à su gaveta.

—Una intriga descubierta... un marido desengañado... no es bastante para mi ven-

ganza ; no , necesito tocar otro registro mas sensible. Es indispensable que desengañe tambien à esa pobre jóven que se cree amada. Este es un bien que le hago ; pues le manifiesto el perjuro corazon de ese Isidoro. Escribámos pues.

La airada jóven tomó una pluma y escribió:

«Señorita: Mr. Isidoro Marcelay, os jura que os adora y que no ama mas que á vos sola... y sin duda dareis crédito á sus palabras. Pero una persona que se interesa por vos, cree es un deber demostraros que ese hombre os engaña. Hace tres meses es el amante de su prima y no va á Corbeil sino por verla y estar á su lado. Creed lo que os digo , jóven incauta, y romped con ese hombre indigno de vuestro cariño.—

«Una amiga incógnita.»

Felicia doblò la carta y la cerró , guardándola con precaucion en su bolsillo.

Despues de un momento de meditacion esclamó:

—Como haré yo para que esta llegue á sus manos?... me parece bien dificil... Mas no importa ; yo iré allá y esperaré hasta que se me

presente una ocasion favorable. Paciencia y esperanza y la venganza será mia.

Cinco minutos despues , la bella Felicia salia para Corbeil ; llevando (no sabemos con que intencion) un par de pistolas cargadas.



Un marido persuadido.

YA sabemos que el gordo Bouchonnier sigue cada vez mas enamorado de Felicia y por la décima quinta vez, le habia escrito un enorme billete ; bien es verdad , que hacia otro tanto siempre que iba á Paris. Esta última , despues de enviar á su comisionado de confianza , se retiró á un café inmediato, à esperar. Sentóse , pidió una copa de cerveza y arreglando sus favoritos (los cabellos) reflexionaba pagado de sí mismo:

—Bàh! ahora tampoco me contestará... apuesto cualquier cosa... me parece, sí, y lo hago; es la última vez que le escribo á esa damisela... pues entonces, para qué pagar quinientos francos por mi chaleco?... Mas las mugeres son tan caprichosas!.. Nada, la pícara, como vé que la adoro, se estiende terriblemente... Yo debia haber finjido que huia de ella... haber parodiado al casto José... y puede ser que entonces ella, á manera de la muger de Putifar, me hubiera cojido por el paletò.

Entre tanto volvió el criado: esta vez traia una carta; Bouchonnier se la aplicó á las narices con avidez... puff! apestaba á tabaco, como un diablo, de las manos del comisionado y despide á este para leerla mas à sus anchas.

Sin embargo, el contenido, como sabemos, estaba bien lejos de agradarle. A medida que èl avanzaba en la lectura del billete, su cara se iba poniendo como una escarlata: por último, acaba de leer y dándose una palmada en la frente, exclamó:

—Será posible!.. Mi muger me... con Isidoro!..

Como nadie le repondiera, empezó á leerla de nuevo y á evocar sus ideas.

—En los Campos-Eliseos... casa de Petit-Moulin... el dia siguiente del baile de las co-

ristas de la òpera... Pero no era á mi á quien habian dado esta cita?... No fui yo mismo quien propuso á Isidoro fuera en mi lugar?... sí... en efecto... cuando la encontré en el convoy para Corbeil llevaba vestido de seda verde, camay de raso negro, sombrero de paja y velo blanco... Sí, ese es su esacto retrato... Ay! siento un sudor friol... Mi muger se llamará quizá tambien madama de Nápoles?... Yo nunca le he conocido semejante nombre!.. Pero siempre es á mi á quien me escribiera... á mi á quien aguardara... no tenia tramoyas con su primo, supuesto que él ignoraba todo... Yo no soy ningun tonton ni ningun fátuo, como la señorita Felicia me supone... Si uno fuera á dar crédito á esas mugeres, siempre estaríamos con la espada en la mano... Pero por qué Isidoro no me diria que era mi muger la que encontrò en casa del pastelero?... Soy un babeiaca, pardiez. Porque mi muger se lo prohibiria... porque era á mi á quien queria pescar en el garlito... Ah! cuantas ideas se me agolpan!.. las otras cartas anónimas... la cita de la Bastilla!.. la de la ópera. Sí, mi muger, siempre mi muger... que es celosa como una leona y me espía constantemente... Pobre Elmonda! Ved aquí lo que son las apariencias... me adora y sin embargo, parece que me engaña... mientras

que hay otras que parecen gatitas muertas y en secreto hacen sus carabanas en grandola... Oh! necesito desengañar à esa jóven.

Bouchonnier pidió el recado de escribir y contestò á Felicia:

«Señorita: estais completamente equivocada ; es à mí à quien habian citado á la pasteleria de Petit-Moulin. Mi muger , por celos, trataba de someterme á una prueba. Yo fui quien envié à Isidoro en mi lugar y estoy seguro de la ira de mi muger al verlo entrar en vez mia: Què tiene eso de particular? Hay algo criminal en esto? Estad segura de que Isidoro no quiere à nadie mas que á su Emelina y yo à vos ; que no siendo ni tonto , ni fatuo, como me suponeis, podeis amarme sin comprometeros.—

«TIBURCIO BOUCHONNIER.»

El gordo caballero sale del café y esta vez remite la contestacion por la estafeta. En seguida corre por los caminos de hierro y se apresura á volver á Corbeil , donde espera sorprender á Isidoro y à su mujer y divertirse á su costa.

Isidoro estaba en efecto en Corbeil en casa de Bouchonnier , desde que Felicia lo plantó

•

en la calle. Sabia que el gordo caballero no vendria tan pronto y asi es que, los dos primos se habian ido á... charlar á un cuartito que habia inmediato al dormitorio de Elmonda. Acerca de lo que hablaban, lo ignorámos completamente; tal vez cantasen un dúo; pero era sin acompañamiento de piano, supuesto que no habia ninguno en la estancia.

De repente suenan pasos en la escalera, luego en la antesala: Bouchonnier al llegar ha preguntado donde está su muger: la sirviente que no es ninguna tonta, le ha contestado que madama está en el jardin: así que el marido ha corrido á buscarla entre las alamedas, sube ella á donde sabe muy bien que está su señora. Pero no se atreve á abrir la puerta y llama muy quedito.

—Señora, el amo acaba de llegar de Paris y pregunta por vos.

—Ah! mi marido!..

.

Pocos momentos despues, Elmonda y su primo se daban de boca con Bouchonnier en una encrucijada del jardin.

—Gracias á Dios que os he encontrado, dijo el marido sonriéndose... Saben ustedes que no hace tanta calor como para pasearse por el

jardin?... Ya! pero á eso me respondereis: «Dos amantes jamás tienen frio.»

El primo y la prima mudaron de color y temblaron á su pesar. Un hombre de mediano entendimiento, podia haber sacado de esta circunstancia el descubrimiento de la verdad. Pero la divina Providencia ha permitido que ciertas faltas sean invisibles hasta para los ojos mas perspicaces. Circunstancia fatal para los engañosos y engañados.

Bouchonnier soltó una carcajada al ver la figura que hizo su muger y el aire tan zote de Isidoro.

—Ah! pensábais que yo no descubriría la verdad?... que no penetraría yo vuestras amorosas intrigas? Ustedes dirian: «Todos los maridos son unos topos; no ven nada.» Pero yo lo sè todo... Qué temblais? mis queridos angelitos, já! já! já!

Y Bouchonnier reia mas fuerte, y como por lo general los maridos mas filósofos no saltan ni brincan cuando saben que sus mugeres se la pegan, Elmonda, con el instinto de una muger poca ducha en lances de este género, adivinò que su marido, al decirles la verdad, no sabia jota de lo que hablaba.

—Caballero, dijo Elmonda algo incómoda; ignoro que clase de broma es la que nos

estais dando en este momento ; la cual no es muy chistosa en verdad: conque así explicaos. Vos lo comprendéis , Isidoro?

—Yo maldito si comprendo nada de lo que dice ; pero le aseguro que me va cargando en demasia.

—Cómo! replicò Bouchonnier haciendo una profunda cortesía á su muger. Madama de Nápoles no se acuerda ya de su desayuno en los Campos-Eliseos en la pastelería de Petit-Moulin?

Elmonda palideció y sintió que sus fuerzas le abandonaban. Sin duda hubiera caído al suelo si su esposo no hubiera añadido en seguida:

—Ya veis que lo sé todo... todas vuestras tramoyas y enredos... Pero pardiez! yo bien conozco que no hay ningun mal en eso ; por que al fin madama de Nápoles era à mí quien escribia... Ah! buena pieza! ya conozco la autora de los pasados anònimos que he recibido... eras tú... tú siempre. Y para que yo no penetrara el secreto, así que vistes á Isidoro en lugar mio , le encargarias que no me dijera que eras tú... Eh!... y ahora , lo sé todo , señora mia?

—Sí , amigo mio , es así , lo sabais todo, enteramente todo.

—Palabra de honor... que lo sabes á las mil maravillas, dijo Isidoro; pero quien diablos ha podido enterarte tanto?

Ahora le tocó à Bouchonnier temblar y palidecer.

—A mí... balbució... á mí... una casualidad... uno de mis amigos... que vosotros no conoceis... y que pasaba casualmente por la pastelería... vió salir á mi muger, la conoció y yo adiviné lo demás.

Esta esplicacion no era demasiado clara por cierto; pero por lo pronto, era preciso disimular y no poner resistencia à nada. Bouchonnier volvió à sus risas y á sus fiestas: jamás habia estado tan contento y divertido. Elmonda è Isidoro se vieron obligados à participar tambien de su alegría y esta aventura en lugar de tener un trágico desenlace, como esperaba la persona que habia escrito al marido, tubo un final de placer y regocijo; tanto que, tratándose de ir el venturoso primo, el marido y la señora, le rogaron que no se fuera por aquel día.

Poco despues de Bouchonnier, llegó Felicia á Corbeil. Su primer cuidado fué el ir à pasearse al rededor de la casa de este señor, como para hacer la guardia al jòven Isidoro; pero vino la noche y hubo que mudar le faccion

y como quiera que ella esperaba hubiera una gresca entre los dos parientes, contaba ver salir á Isidoro con la cabeza abierta.

Habiéndole salido mal su primer espionaje, tubo que retirarse á una posada; justamente lo hizo á la hostería donde Almenor y Saucissard recibieron tan opíparos banquetes del Amante de la luna. En seguida pidió un aposento y algo de comer; pues aunque no tenia ningun apetito, sabía muy bien que en una posada, para atraerse la voluntad de su dueño, no hay como hacer gastos espendiosos.

El huesped andaba solícito en extremo: Felicia, con aquel tino y precision peculiar suya, hizo caer la conversacion sobre los principales vecinos de la aldea. No tardaron pues mucho en llegar á Bouchonnier.

—Qué! exclamó la jóven afectando gran sorpresa. Mr. Bouchonnier vive en Corbeil?.. Ah! lo ignoraba... Mas será el que yo conozco?.. Un caballero, jóven todavia... algo gruero.

—El mismo, señorita, que tiene una esposa muy guapa, que pone aquí la moda con su elegancia esquisita.

—Sí, son los mismos que conozco... Sabe usted si están aquí?... ó en Paris?

—Aquí están... lo que es el caballero no puedo asegurarlo.

—Y como pudiéramos saberlo de fijo... sin dar que recelar?

—Oh! es bien fácil... justamente mi primer galopin es un muchacho de diez años, sumamente despierto y sobrino del portero de ese señor... De modo, que irá à su tío y le preguntará si ha venido ya Mr. Bouchonnier.

—Oh! perfectamente... Quisiera tambien saber si están solos ó no; pues, á la verdad, deseo visitarlos, pero si hay alguien... comprendéis?

—Muy bien, el muchacho se informará de todo.

Felicia dió gracias al hostelero por su finura, encoiniando y ponderando de esquisitos los vinos y manjares. El hostelero que jamás le han alabado tanto sus efectos, salió inclinandose hasta el suelo, é intimamente persuadido de que aquella jóven era una gran señora de la corte.

Al cabo de pocos momentos volvió à entrar acompañado del muchacho, hecho una basura desde los pies à la cabeza; pues era menester unas tenazas para cojerlo; pero en su defecto era un excelente parlanchin; el cual dijo, que hacia cuatro horas habia llegado Mr. Bouchonnier de Paris y que no habia nadie mas que un pariente, el cual pasaria alli la noche.

Felicia dió gracias al galopin , regalándole al mismo tiempo cinco francos por su eficacia y despidiéndolo al momento ; pues el tal marmiton echaba un olor á sebo y mugre , poco agradable para una jòven chorreando esencias aromáticas.

El muchacho , atónito por tanta propina , estaba como quien vé visiones ; cuando el hostelero que lo seguia para dentro , le dijo con seca voz:

—Ya comprenderás , simplon , que eso no es todo para tí ; pero en el supuesto que has hecho bien el encargo , te darè seis sueldos y un vaso de vino.

La airada y furibunda jòven no podia creer lo que poco ha oyera. Bouchonnier volver à su casa , hallar en ella à Isidoro y no desafiarlo , era para Felicia un imposible. Venir el marido y no echar de su casa al amante de su muger , era cosa que no entraba en su cálculo.

Su ira , su resentimiento , habia llegado al extremo y no encontrando en quien desahogar su cólera , empezó á tirar vasos , botellas , copillas , platos y cuanto titere tenia delante. El hostelero que oyera el alarmante ruido de tanto tiesto , sube arriba y entra des-pavorido.

—Señora, señora, qué tiene usted?.. estais tocada de...

La jóven no lo dejó acabar y enseñándole la puerta del aposento, le dijo con imperiosa voz:

—Salid, salid al momento; aquí no haceis falta.

El hostelero se retiró y cerró la puerta, murmurando:

—Cáscaras con la señora! pertenecerá à esa clase de individuos que asi que acaban de cenar lo tiran y rompen todo... No hay duda, es una inglesa la tal dama.

—Pero ese hombre es un burro! esclama Felicia paseándose con precipitacion. No tiene sangre en las venas: sabe que su muger lo engaña, que Isidoro es su querido, y sin embargo, lo retiene y duerme en su casa... Oh! parece mentira... Y no hay duda que ha recibido mi carta... Ese hombre es un gallina!.. Isidoro está en Corbeil, bien lo sè; es decir, que esta noche irá á ver à su Emelina... Cómo pudiera yo entregarle mi carta?.. Cómo desengañar á esa inocente paloma?.. Tal vez la casualidad me ausilie... Vamos, pobre Felicia, no pierdas tiempo y apresúrate à quitar la máscara á ese monstruo engañador.

Hacia tiempo que era ya de noche. Felicia

baja cubierta con un gran manto y se encuentra al hostelero que le hizo una profunda reverencia.

—No duerme usted aquí, señora?

—Puede ser... aguárdeme usted hasta las once...

—Ah! yo comprendo: vá usted á casa de Mr. Bouchonnier...

—A vos no os interesa nada... Cuanto os debo?..

El hostelero presentó una enorme cuenta de todos los efectos gastados, rotos y por romper. Felicia le puso sobre el mostrador una pieza de oro que revasaba la suma total y salió de la hostería, dejando al hostelero con un palmo de narices, admirado de las maneras de aquella jóven.

Felicia conocia perfectamente la morada de madama Clermont y su hija; supuesto que supiera la pasión de su amante por Emelina, habia tomado sus informes y mas de una vez habia venido á Corbeil á rondar la casita aislada.

Son las nueve de la noche. Una espesa niebla cubre toda la campiña. Felicia, envuelta en su espeso manto, se adelanta con paso firme. Todo está desierto. La soledad de la floresta no le amedrenta. Conocemos acaso el

miedo luego que una pasión violenta se apodera de nuestra alma?

Algunos pálidos destellos de luz se escapaban al través de los cristales de las ventanas de la calle.

—Todavía no se han acostado, dijo Felicia, sin duda lo esperan... Esta joven lleva su virtud hasta el extremo de no recibirlo sino en presencia de su madre... Mas que me importa su virtud!.. esperèmos.

El tiempo pasa. Las luces desaparecen: poco despues reverberan en las ventanas del piso alto.

—Van à acostarse, observó Felicia. Esta noche quizá no venga... su otra querida no se lo habrá permitido: se lo habrá rogado: y qué sabèmos? tal vez el marido haya unido sus instancias à las de la muger.

Y no iba la joven muy descaminada. Bouchonnier no habia querido que Isidoro volviera à Paris aquella misma noche. Las tier-nas miradas de Elmonda se habian juntado à las sùplicas del marido y el jòven doncel se habia visto obligado à quedarse sin encontrar siquiera un pretesto para poder ir à ver à su Emelina. Mas como quiera que no era dia de los que acostumbraba venir à Corbeil, estaba con vencido de que su amada no lo esperaria.

Felicia aguardaba en vano y sin embargo, no se atrevia á alejarse. Las luces se extinguieron de una vez. Un silencio sepulcral reinaba en toda la campiña. La jóven oye pasos tras de sí, vuelve creyendo sea Isidoro y dase de cara con el Amante de la luna.

A pesar de todo su valor, à la siniestra vista del misterioso personaje, Felicia temblò y palideció; sin embargo, tomó aliento y se aventurò á preguntar:

—Qué quereis?

—Nada. Y vos?

—Yo!.. yo no os busco por cierto.

—Ni yo á vos tampoco. Pero buskais probablemente à alguno de esa casa; pues hace mas de una hora que estais aquí acechando.

—Y cómo sabeis eso?.. Me espiais por ventura?..

—No puedo yo sin espiaros pasearme por aquí?.. Usted por un lado y yo por otro.

—Es que yo tengo un motivo...

—Y quien os ha dicho que tambien yo no lo tengo?

El tono de Creps impuso á Felicia. Después de haber examinado algun tiempo al hombre que ante sí tenia, metió la mano en el bolso y sacó una pieza de oro.

—Tomad, dijo al Amante de la luna.

Este se sonrió con tristura y sacudiendo la cabeza, contestó:

—Os engañais, yo no soy ni mendigo, ni ladrón.

—A fé mia que, teneis trazas de lo uno y de lo otro. Mas al fin sereis cualquier cosa.

—En otro tiempo sí, hoy día no soy nada.

—Sois del país?

—Por qué?

—Queria un favor de vos.

—Cual?

—Quisiera entregar una carta á la jóven que vive en esta casa... á la jóven solamente, á la jóven: entendeis?

—Entiendo: respondió Creps observando á Felicia.

—Por qué me mirais así?

—Porque trato de adivinar que relaciones puedan ecsistir entre vos y esa señorita que vive ahí.

—Sois curioso en demasia. En todo caso debéis saber que el billete no será nada lisonjero, por cuanto yo soy una muger.

—Esa no es razón. Podiais traerlo de parte de algun caballero.

—No soy tan caritativa ni indulgente. Me sirvo à mí sola, pues en amores agenos no me meto.

—Tanto mejor. Eso es mas agradable. Venga la carta.

Ya iba Felicia á meter de nuevo la mano en el bolso y á sacar el billete, cuando deteniéndose repentinamente. Un rayo de luna esclareció la figura barbuda que ante sí tuviera, é intimidada por su siniestro aspecto, exclamò:

—No, no os confiaré mi carta; porque leo en vuestros ojos que no se la entregareis.

—Quizá tengais razon.

Despues de estas dos personas tan indiferentes, al parecer, la una para la otra, haberse mirado contemplativamente, se alejaron.

Felicia para Corbeil, envuelta en su espeso manto. Creps hácia un tronco de árbol en el cual sentándose, empezó á vigilar y guardar la casita aislada.

Un presentimiento instintivo le hacia temer á aquella jóven misteriosa.

Fin del tomo tercero.



T. IV. Biblioteca económica popular.

